TORRENDELL

EL PICAFLOR



JUAN TORRENDELL

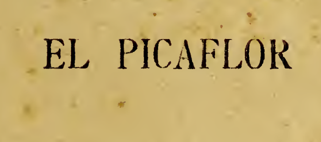
EL PICAFLOR

(CUADROS MONTEVIDEANOS)

NOVELA ORIGINAL



MONTEVIDEO
«Joya Literaria» de Cuspinera, Teix y C.ª
Calle 18 de Julio, 109 (esquina Arapey)
1894



EL PICAFLOR

JUAN TORRENDELL

EL PICAFLOR

(CUADROS MONTEVIDEANOS)

NOVELA ORIGINAL



MONTEVIDEO
«Joya Literaria» de Cuspinera, Teix y C.ª
Calle 18 de Julio, 109 (esquina Arapey)
1894

Establecimiento tipográfico de «La Tribuna Popular».

AL SEÑOR DON

FRANCISCO PIRIA

PRENDA DE GRATITUD Y CARIÑO

J. T.

JUAN TORRENDELL

SEMBLANZA LITERARIA

I

Confieso ingenuamente que al principio me fué sumamente antipático, á pesar de no conocerlo ni de vista ni de nombre siquiera. La primera noticia que tuve de él, fué un artículo suyo, que cayó en mis manos el mismo día de publicado y que me fastidió lindamente. Recuerdo que trataba de crítica teatral, por la que siempre he tenido debilidad, y que lo devoré con avidez, sin masticarlo casi, pues se refería á una obra estrenada la noche anterior en Solís, sobre la cual había yo también escrito mis cuartillas, pobres como mías, pero que salieron á luz como si tal cosa, orondas é impávidas como las mejores. Coincidimos en la manera de apreciar la comedia y hasta condenamos las mismas escenas, el poco tacto artístico demostrado por el autor, y creo, si no me engaña la memoria,

que tuvimos ambos una censura para el lenguaje empleado en el diálogo, poco digno de quien meses antes se había hecho aplaudir en una producción cuyo principal é indiscutible mérito correspondía á la parte literaria. Esta igualdad de pareceres no disminuyó la antipatía que despertó en mí el tal artículo. Provenía mi aversión del estilo presuntuoso y autoritario que se usaba en él, de la frase seca y descarnada que saltaba en cada párrafo, como si así se quisiera impresionar al lector, y, finalmente, de las opiniones absolutas que, sin paráfrasis ni circunloquios, se exponían allí, sostenidas con una lógica poderosa y casi, casi, irrefutable, pero también manifestadas con un derroche de franqueza y una claridad en el decir que, sin herir personalmente, causaban pésimo efecto y sacudían involuntariamente la epidermis menos delicada.

Sentí deseos de conocer al crítico que á tanto se atrevía, y dos días después satisfice mi curiosidad. Estaba yo en Solís, fijos los ojos en la localidad que aquél debía ocupar, según me habían informado, cuando entró en la sala un joven delgaducho, de rostro pálido y cuerpo enjuto, que avanzaba lentamente, mirando á todas direcciones con indiferencia y desprecio, mientras que con la mano derecha, una mano muy fina y muy nerviosa, se retorcía los bigotes, y con la izquierda se quitaba el sombrero y lo sostenía á la altura del pecho. Era el que esperaba: era el feroz crítico. Ocupó su asiento, sin echar más que una rápida mirada á sus vecinos, y concentró todo su interés en la escena. Pude observarlo entonces con atención. Su físico armonizaba perfectamente con su estilo. Sólo un joven como aquél, nervioso, de figura puntiaguda y de rostro afilado como hoja de

espada, era capaz de escribir tan audazmente como lo hacía, descargando anatemas literarios contra quien tenía adquirida reputación envidiable en nuestro reducido mundo de letras y gozaba, por lo tanto, de esas inmunidades á que da derecho el talento, aunque las otorga mucho más, quizás demasiado, el exagerado elogio de los amigos. Durante todo el espectáculo continué el examen. Pregunté su nombre y me lo dijeron: se llamaba Juan Torrendell á secas, era catalán y hacía algún tiempo que residía en Montevideo. Dos ó tres veces dirigió hacia mí sus ojos negros, míopes, mirándome al desgaire al través de sus lentes, unos lentes pequeños, rodeados de finísima cinta de oro, que hacen aún más duras sus miradas de acero y dan el toque definitivo á su perfil irónico.

Desde aquella noche leí con interés todo lo que Torrendell escribía, é insensiblemente se disipó la prevención que me había inspirado, si bien nunca llegué á transigir con su estilo impetuoso, casi brutal, que aun hoy me produce el efecto de un látigo que chasquea furiosamente y azota sin piedad. El frecuente contacto que por medio de la lectura se estableció entre ambos, yo advirtiéndolo y él quizás ignorándolo, estrechó las distancias que nos separaban, á lo que contribuyó poderosamente una secreta atracción que se inició de pronto y que vino á ser como el prólogo de la sincera amistad que había de existir más tarde entre nosotros. En muchas cosas nos parecíamos y esta semejanza nos aproximaba cada vez más. Pronto fuimos amigos, y amigos de verdad. ¿Quién nos presentó? Esta pregunta nos la hemos hecho muchas veces sin acertar con la respuesta. Recuerdo que una noche, estando ambos en los pasillos del Politeama,

antes de darse comienzo al espectáculo, nos encontramos frente á frente, departiendo como dos antiguos compañeros, sin caer en la cuenta de que habíamos saltado por cima de las fórmulas sociales y cometido el crimen de iniciar relaciones sin necesidad del eterno amigo encargado de la presentación.

Fué larga, muy larga, la entrevista aquella. En tanto que de adentro, del fondo de la escena, partían gruesas voces que se desgranaban por la amplia sala y llegaban á nuestros oídos débilmente, confundidas con los aplausos del público de platea y los taconazos y gritos que allá en lo alto, junto al descolorido cielo-raso, lanzaban los entusiastas amantes del canto robusto, nosotros recordábamos nuestra *amistad antigua*, haciéndonos confidencias que tenían el doble mérito de la sinceridad; unas confidencias interminables, que duraron todo un acto de ópera y que no fueron interrumpidas ni por el alud de concurrentes que después de caída la cortina se desbordó por los corredores, arrastrándonos de un lado á otro en su incesante movimiento de mar agitado, ni por las espesas nubes de humo de tabaco que flotaban pesadamente en la atmósfera, en ondulaciones azuladas, y hacían poco agradable la estancia en aquel paraje. Y cuando, agotado el tema, terminado el capítulo de las expansiones, nos separamos hasta el siguiente día, llevamos en nuestros oídos el rumor vibrante de aquella inmensa sala que palpitaba al compás de la música italiana, y en nuestros espíritus la grata impresión que produce una amistad nueva y deseada, que nace al calor de esa confianza íntima que aleja todo temor de un desengaño doloroso.

II

En literatura, Torrendell es un realista convencido. De prisa, casi corriendo, se ha iniciado en el movimiento operado en estos últimos años, y él, que allá en sus principios, cuando aun hacía palotes literarios y enviaba tímidamente, por correo, sus primeras producciones á *La Ilustración Ibérica*, en cuyos abultados volúmenes se encuentra su nombre perdido entre infinidad de grabados y oscurecido por firmas que se cotizan á tipos subidos en el mercado de las letras, se abandonaba á vuelos románticos y á sinfonías puramente imaginativas, convirtióse de pronto á la moderna escuela, á la que escudriña y copia la vida con exactitud y arte, no como pueda hacerlo una máquina fotográfica de sistema perfeccionado, según algunos creen, sino como un pintor de pincel vigoroso y temperamento profundamente artístico y observador, que á la vez que arranca á la paleta sus más ocultos y delicados colores, refleja en la tela los detalles más menudos, los hilos más tenues que tejen la realidad.

Frecuentando el Seminario de Palma de Mallorca, en cuya ciudad nació el 31 de Agosto de 1866, aprendió allí Torrendell los primeros rudimentos de literatura, sin llegar á conocer, aun en sus últimos años, otro autor de la época actual que Pedro Antonio de Alarcón, el ameno escritor guadijeño, que le encantaba con su estilo suelto, sencillo y animado, genuinamente castizo, y las hermosas descripciones, poetizadas siempre, que se encuentran en sus novelas y en sus libros de viajes, muchas de aquéllas saturadas de perfume romántico, y otras impregnadas de lejítima y pura esencia

realista. A punto de terminar la carrera eclesiástica, á que se había dedicado más por obligación que por devoción, casi en víspera de tonsurarse, abandonó á Palma, embarcándose para Montevideo, donde puede decirse que ha cultivado su espíritu y su inteligencia, iniciándose en la nueva manera literaria y estudiando con especial interés el teatro, que ha llegado á subyugarle por completo.

Hay un hecho en la vida de Torrendell que, aunque insignificante en apariencia, merece citarse aquí, pues señala el fin de sus ideas románticas y el principio de las realistas. Apenas se vió libre de los estudios de teología, quiso satisfacer un anhelo disimulado durante mucho tiempo: conocer á los novelistas franceses, de quienes tanto malo oía decir, y convencerse por sí mismo de la sinceridad y lógica de los ataques que se les dirijían. La casualidad, más que otra cosa, le trajo á las manos *Le petit Chose*, esa hermosa obra tejida con sucesos de la agitada infancia y adolescencia de Daudet, el delicado novelista francés á quien, según Zola, «la benévola naturaleza ha colocado en ese punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.» La lectura de aquel libro le impresionó vivamente y dió un golpe de gracia á sus romanticismos y lirismos, firmemente arraigados. El golpe fué brusco, pero provechoso, hasta el extremo de que hoy puede exclamar, como Flaubert después de escribir su *Madame Bovary*, que aquel día le estirparon de raíz el cáncer lírico.

De ahí en adelante, todo su afán, toda su ambición, ha sido el estudio de la realidad, de esa realidad tan sencilla en apariencia, que está presente á todo el mundo y que, sin embargo, muy raros son los que saben verla y

explicarla. Si ha realizado una parte, ya que no el todo, de sus aspiraciones, lo demuestran bien á las claras sus muchos trabajos de crítica y una de sus obras dramáticas estrenada meses atrás, que han motivado unos y otra, encontrados juicios de los pocos literatos que aquí, en Montevideo, se dedican á discutir y no prefieren despellejar al enemigo de viva voz y por la espalda. En los artículos de crítica se advierte el poco amor que tiene al estilo pulido, y el deseo, que no oculta, de ser claro y conciso siempre, aun cuando á veces se exponga á parecer brutal y presuntuoso. De ahí que se diga por muchos que Torrendell no sabe escribir y que quiere echárselas de *magister* en todas las cuestiones que discute ó juzga; lo que no deja de ser un pobre pretexto, porque aquél es, ante todo, un enemigo declarado de todas las fórmulas retóricas, que cuando critica ó discute presenta sus ideas tal como le afluyen al cerebro, en sucesión lógica, eso sí, pero desnudas de todo ropaje ó engarce vistoso. Es fuera de duda que no atrae ni seduce por su estilo, pero también lo es que se impone por la franqueza y buena fe con que combate. En *La ley y el amor*, drama en cinco actos, estrenado en Abril del corriente año en el teatro Solís, probó, sin embargo, que cuando quiere, sabe rimar en prosa y que la misma pluma que escribe con arrebato y energía, borda páginas brillantes, en que forman espléndido conjunto las líneas vigorosas con los tonos suaves.

Y ya que he citado ese drama, primer trabajo de aliento de Torrendell que se conoce, bueno es que diga dos palabras á su respecto, que encajan sin dificultad en esta semblanza. Su estreno fué un éxito, por más que algunos dijeron lo contrario. Torrendell concibió el argumento de la obra y titu-

beó en aprovecharlo. Sus ideas católicas entraron en lucha con sus ideas literarias y, después de rudo combate, que duró algún tiempo, la victoria correspondió á las últimas. El drama fué escrito con valentía y representado ante un público escaso, que, si bien prodigó expontáneamente su aplauso al autor, no dejó de sorprenderse de la audacia de aquel joven que no sólo se atrevía á llevar á la escena un hecho real, verdadero, sino que, sublevándose contra las añejas reglas escénicas, rompía con todos los convencionalismos para ceñirse puramente á la verdad y á la lógica, expuestas artísticamente. Al siguiente día las críticas llovieron, sinceras algunas, y apasionadas, destilando hiel, otras. Literato hubo que sin haber concurrido al teatro desmenuzó el drama sin piedad, descargando toda una tempestad desenfrenada contra aquel autor á quien no conocía más que de nombre, pero que desde aquel instante era su enemigo, puesto que osaba presentarse ante el público en busca de un aplauso que él no había tenido aún el valor de solicitar. Hubo más: hubo articulista que juzgó el drama por el número de espectadores que asistió á la representación, sin olvidarse, en su profundo criterio artístico, de mencionar á los profesores de orquesta, y otro que escribió agriamente porque sí, para confesar, poco tiempo después del estreno, que la obra no era mala y que su descontento, así como el de los demás censores, se debía á que el autor era ante todo un crítico severo y que como á tal se le había juzgado! Sin desanimarse por esta mala voluntad, pero tampoco interesado en desvanecerla, continuó Torrendell sus tareas literarias, trabajando siempre con fe, con esa fe robusta que constituye la principal base de su carácter y le

fortalece para seguir adelante, sin temores ni vacilaciones. Dos obras más ha escrito para el teatro: *Pasión*, drama en cuatro actos, con argumento de un libro de Belot, y *Currita*, una preciosa comedia que ha de proporcionarle nombre y provecho y cuyo asunto y personajes pertenecen á la novela del P. Coloma, *Pequeñeces*... En ellas tiene Torrendell el mayor elogio que pudiera hacerse hoy á sus méritos y la mejor recompensa á sus esfuerzos.

III

Conversando en cierta ocasión con Domingo Arena, el feliz cuentista, éste me decía con esa ingenuidad que refleja todo su carácter bondadoso y abierto:

—¿Has observado en los pocos amigos literatos que tiene Torrendell? Mira...—y empezó á contar con los dedos—uno, dos, tres, cuatro....; todos escogidos, aunque escasos, ¿no es verdad?

En efecto, muy pocos amigos son por la cantidad, pero muchos y buenos por su excelente calidad. Estos le aceptan sin reservas ni dobleces y para ellos es para quienes guarda aquél todas las delicadezas que forman su verdadero carácter, delicadezas que sorprenderían á los mismos que le juzgan equivocadamente y que sólo se pueden apreciar en esos coloquios íntimos, sostenidos durante largas horas, en que, según Galdós, el espíritu parece más expresivo que la palabra. En uno de esos coloquios me convencí de que Torrendell engaña por su aspecto exterior y por la nerviosidad de sus escritos, y que detrás de su rostro descarnado y cortante hay un alma sencilla y bondadosa, un alma de niño, inclinada

siempre al bien é incapaz de abrigar ni un mal deseo ni una ambición innoble.

Chasco grande se llevan, por lo tanto, los que creen que á ese buen mallorquín le hacen perder su serenidad los ataques que se le dirijen en el ardor de una polémica ó en el arrebato que produce el despecho: él los recibe con estoica indiferencia, no llegando nunca ni á alterarle el color del semblante ni á entibiar el entusiasmo que siente por la literatura. Así discute y escribe un día, y otro, y otro, con perfecta calma, sin enorgullecerse si triunfa, sin abatirse si le derrotan en la contienda. El contraste es raro y resulta más raro aun por tratarse de quien batalla siempre con encarnizamiento y parece demostrar en sus producciones una dureza extremada, un temperamento excesivamente vivo y predispuesto más á la intolerancia que á la bondad, más á la ironía amarga é incisiva de Tourgueneff, el novelista eslavo, que á la ironía tierna y melancólica de Henry Heine, el melodioso poeta del Rhin. Y cosa más extraña aún: ese empedernido realista, que no transige con los enemigos de la escuela á que pertenece, que parece estar eternamente apretando los puños en ademán de enojo, es un romántico desesperado á veces, que se pasa horas enteras con los ojos velados, dejando que su espíritu flote en ese espacio imaginario donde no llegan los ruidos de este mundo ni se sienten los punzantes anhelos de la materia. Estas crisis, felizmente para él, son poco frecuentes, y cuando sale de ellas encuentra aún más hermosa, más llena de encantos la *triste realidad de la vida.*

Torrendell es un activo trabajador, que no descansa. Actualmente da lecciones de latín y se ocupa en reunir mate-

riales para varias obras en proyecto. Una idea dulce acaricia incesantemente: la de regresar á su patria y dedicarse á la escabrosa carrera de las letras, que aquí, entre nosotros, no ofrece en recompensa más que amargas decepciones. Su propósito es estudiar el teatro, sorprender sus secretos y llegar, á fuerza de constancia y desvelos, á ser uno de sus cultivadores. A veces, en los momentos de expansión, cuando rodeado de algunos amigos habla de sus esperanzas y de sus intenciones futuras, deja entrever su afición á la novela de costumbres, y un deseo íntimo de afrontarla algún día, por más que le seduzca por entero la escena y sus triunfos inmediatos, y abrigue cierto temor de poner la planta en dominios que sólo conoce ligeramente. Sin embargo, dotes no le faltan para ello, y esto es mucho para quien además tiene una fe ciega en sus propias fuerzas y cree en literatura como los católicos fervientes creen en Dios.

EDUARDO FERREIRA.

Montevideo, 26 de Agosto de 1893.

LIBRO PRIMERO

I

Enfin. . . . . seuls!

Era la media noche, cüando el celador de la parada hizo sonar el pito, que fué contestado por otros y otros y otros que se perdieron como lejanos ecos, y ya en esa hora eran contados los curiosos que aun quedaban observando desde la calle la gran fiesta que se celebraba con pompa inusitada en los fastuosos salones del doctor Velázquez, el elocuente orador parlamentario, el Castelar uruguayo.

Aquéllos y los cocheros que se habían dividido en dos grupos: los de los lujosos carruajes particulares cerca del zaguán de la casa, objeto de las miradas de todos los transeuntes, y los de los coches de alquiler agrupados mucho más lejos, atentos casi siempre á las posturas y modales de los primeros, á quienes procuraban imitar, eran las únicas personas de aquellos contornos, que habían oído las doce campanadas que el mecánico

martillo del reloj de la Matriz arrancara al bronce, cuyo sonido se extendió por todos los ámbitos de la ciudad, como se acerca á las orillas de espacioso lago la onda circular que produce la caída de pesado cuerpo sobre la tersa superficie de las tranquilas aguas.

Si no imposible, por lo menos, muy difícil era que oyeran la metálica voz de la campana, con ser ésta de grandes dimensiones, los numerosos invitados que se habían hecho un honor en asistir á las comentadas bodas de Maruja, la hija mayor del doctor Velázquez, con Benjamín Migliore, el primer crítico concienzudo, elegante escritor, erudito notable, literato de campanillas, excelente periodista, abogado que acababa de *recibirse*, lo cual era lo de menos, y futura lumbrera nacional, que esto era lo más importante.

Allí no podía enterarse úno de lo que pasaba fuera: tampoco nadie se lo proponía, porque la concurrencia selecta y distinguida, como había dicho Guido Rivière, el cronista social de *La Patria,* estaba suficientemente arrullada por las caricias de la tibia atmósfera, en la que había ráfagas de embriagadores perfumes de jardín y brillanteces de refulgentes rayos de sol meridiano, y se sentía, además, como transportada á mansión de bienestar nunca soñado, á causa de las

melodiosas armonías que se escapaban ora de la pequeña pero afinadísima orquesta, colocada debidamente en un rincón del patio, adornado con plantas de invernadero y esculturas de obscuro bronce y de mármol blanco, ora de las tirantes cuerdas del piano de cola que en el salón principal hacía las delicias de las considerables parejas que no se cansaban de dar vueltas, ya rápidas y vertiginosas, como las del wals, ya sosegadas y voluptuosas, como las de la mazurka.

Bien pocos eran los que no habían bailado aquella noche, como que hasta dieron sus vueltecitas el seriote de Velázquez y la vieja señora de Migliore. Es cierto que la cosa era como oficial y por cumplimiento, y con la intención de no reincidir, como había hecho Benjamín, quien había bailado con las muchachas que lucían trajes más artísticos y teatrales, según su autorizada opinión. Una de las elegidas fué Anita Pionini, la notabilísima diletante, poseedora de preciosa voz de *soprano*, que cantaba con la excelente escuela del maestro Sanguetti, el de los bigotes retorcidos, á pesar de sus sesenta y pico, y el mejor de los tenores que, en tiempos remotos, cantara en el teatro Solís la ópera *Ruy Blas*. Naturalmente, Anita estaba encantadora, era una nota muy original en aquella reunión de la elegancia y la distinción.

Como no había aún transcurrido el tiempo del luto que por muerte de una madre señalan las conveniencias sociales, presentóse en traje completamente negro con encajes, adornos de terciopelo, sumamente escotado, y salpicado todo el corpiño de brillantes lentejuelas. Pareciase, según ramplona frase del poco feliz cronista de *La Patria*, á un cielo obscurísimo tachonado de titilantes estrellas. Pero á Benjamín le había recordado á una de las bailarinas que salen en el grandioso *ballet* de *Gioconda*, representando *la Noche*. Esta semejanza era suficiente para que fuese por completo de su agrado: era artístico, muy teatral. Le gustó tanto que había bailado ya dos veces con ella, no obstante cierta seriedad sorprendida en el agraciado rostro de Anita, cosa no acostumbrada

Estos desahogos de Benjamín, necesarios para la extremada nerviosidad de que estaba atacado desde algunos días, no impedían que á cada momento corriera al saloncito de descanso en que se encontraba la recién casada, acompañada de unas pocas de sus íntimas que, aun contra su voluntad, la entretenían con su charla, pesada aquella noche, y la distraían de ciertos pensamientos que, desde una semana antes, se habían apoderado de su cerebro con la horrible insistencia de molesta pesadilla. Reclinada en un sofacito de color obscuro, sobre el cual se destacaban

con mayor intensidad su traje de blanquísima seda y su velo sutilísimo, que estaba colocado en el otro extremo del sofá por el mismísimo novio, quien encargó en voz baja á Maruja que de allí no lo tocasen, miraba ésta con ojos de pupila vaga ya á sus compañeras que se sucedían en los otros asientos de tarde en tarde, ya á las flores de azahar que la adornaban en caprichosa curva desde el palpitante seno hasta el borde de la falda que descansaba sobre un pie encerrado en reducido botín de raso.

De la corona de azahares que adornara su artística cabeza, su cabeza griega, de Cleopatra, según observación de Benjamín, había arrancado ya varios pimpollos: dos que guardó en una cajita, regalo de su pobre mamá, en la cual estaban depositados otros dos de ésta, y los restantes que fueron repartidos entre sus mejores amigas.

—¿Cómo te encuentras?—era la pregunta de su esposo cada vez que entraba en aquella salita, á donde llegaba apagada la ensordecedora algazara de la reunión. Y, casi sin esperar respuesta, se fijaba instintivamente en un hermoso grabado del célebre cuadro de Tofano que tiene por titulo: *Enfin.... seuls!* Tanta insistencia hizo sonreir á varias muchachas que, en el afán de no perder ningún pormenor, ponían atención en todo, y, al re-

parar que Benjamín levantaba los ojos, habían seguido la dirección de éstos hasta dar con el grabado, en el cual se veía á dos recién desposados, estrechamente abrazados y dándose apasionado beso, el primero quizás. Este descubrimiento arrancó imperceptibles sonrisas y miradas inteligentes que entrañaban picarezca ironía.

Y, después de haberse bromeado un instante con alguna conocida, desaparecía, porque no era cuestión de dejar olvidados á los tertulianos, ya que Maruja, pretextando cansancio y ligero roce de jaqueca, no quiso ir á los salones á demostrar su *savoir faire* de dueña de casa, dejando encargada de tan difícil tarea á su buena hermanita Delia, el encanto de toda la buena sociedad, fuego para muchos corazones tiernos y frescura para muchos pechos agostados, y á él, Benjamín de nombre, y *Benjamín* de apodo, por ser el niño mimado de aquella sociedad voluble que levanta hasta las nubes al que tiene la suerte de agradarla, y que es capaz de abismar á todo el que no le cae en gracia Aquella noche quedó bien comprobada esta estimación exagerada é injustificada hasta cierto punto, que algunos envidiosos negaban. *Todo Montevideo*,—así con letra bastardilla y todo, como lo escribía Rivière,—correspondió á la artística invitación ideada por Benjamín. Todos le sonreían, todos

le estrechaban la mano que ocultaba fino guante blanco, todos se mostraban contentos y satisfechos. Parecía que se trataba de un acontecimiento que á todos interesaba, que tuviera relación con la historia patria. Y la tenía sin duda. Se había casado un escritor nacional. No se disponía de tantos literatos, de tantas glorias producidas por las letras, aunque fueran futuras, para que no se celebrara dignamente y con extraordinario placer.

Así lo hizo observar, si bien con un tono bastante protector y como de quien quiere ser condescendiente, el conocido *Fénix* (seudónimo de Rivière) que no era *el de los Ingenios*, pero sí el de los escritores decadentes, cuya pluma *describía arabescos* y *burilaba frases*, cuando no sacaba á relucir metáforas inconcebibles, ó cuando no avergonzaba el castellano con galicismos de *remarcable* evidencia, que de todo esto era capaz.

—Benjamín es ya uno de los mejores escritores entre la generación que sube, que avanza, para llegar á ser quizás el más notable literato de nuestra futura historia, si el tálamo conyugal no lo encadena con sus blandas..... y blancas cadenas (en voz baja á los del grupo que lo rodea), ó si el aroma de la amistad y el incienso de la crítica no lo embriagan y aturden envolviéndole en sus aéreas

y vaporosas nubes; — había dicho Rivière apuntando en su carterita los nombres de los invitados, y alzando la voz al final, dirigiendo imponente mirada á todos. Sus palabras fueron recibidas entre frases de aprobación y aplausos débiles y apagados. Después cada uno de los oyentes glosó, como mejor le dió á entender Dios, la elocuente *tirada* de *Guy* Rivière, como le llamaban algunos para demostrar que sabían francés.

El aludido había oído algo, y, cual si fueran estas palabras plumas de ligeras alas, le obligaron á moverse con más velocidad de la que le era característica. Entraba en todos los grupos, dirigía una *flor* á cada una de las señoritas, se acercaba á sonreir á su papá-suegro, el gran político Velázquez, con cuya hija se había casado, — no había que olvidarlo — y pasaba medio serio al lado de su padre, *il signor* Migliore, el antiguo platero de la calle Sarandí, el cual le decía moviendo la cabeza:

— ¡ Ah *fanciullo, fanciullo!* — Añadiendo después á los que con él formaban un grupo: gente toda del alto comercio, al cual pertenecían ó habían pertenecido, ya que su hijo apenas si le oía — A *questo* muchacho me lo *va á pérdere il Dottore* Velázquez y sus *amicos.... Ma....*

Y esto lo decía con cara como de quien comunica algo muy grave y sensible, pero realmente sintiéndose satisfechosísimo más por

verse admirado de sus compadres como amigo del *diputato* Velázquez, que por el bienestar alcanzado por su hijo. Esto no lo veía él muy claro; pero era así, en efecto, como lo sentía en el más recóndito repliegue de su corazón, que él no había desdoblado nunca. No le gustaba tampoco pensar mucho.

—Hace una hora que te estoy buscando;—dijo á Benjamín un mocito correctamente vestido, que se hacía notar desde luego por un defecto muy feo que tenía: cerrar y abrir los ojos, unos ojos pequeños, de una manera contínua, fastidiosa, que le atacaba á uno los nervios. Lo dicho por Mario Gutiérrez (que así se llamaba el de los ojos en movimiento continuo), no era cierto como se supondrá, porque en una hora Benjamín era capaz de dar treinta ó cuarenta vueltas por toda la casa, con la sonrisa en la boca y apretando las manos á todos.

—Che, *vení;*—añadió Mario pasando el brazo por la cintura de Benjamín y hablándole en voz baja.—La gente quiere retirarse ya, porque es muy tarde y... antes de irse desea oir cantar á Anita.

Bueno; que cante, que cante. ¿Por qué no canta? No me había *apercibido*.

—Es que se lo hemos rogado una porción, y no hemos conseguido nada. Es muy terca. Si tú quisieras...

—¿Cómo nó? A ver. ¿Dónde está Anita?

—Allá, en el salón.

Y en dos saltos Benjamín se había colocado delante de Anita, á la cual rodeaban infinidad de jóvenes de ambos sexos que rogaban, pedían, exigían sin conseguir nada.

—¡Hágalo por mí, Anita!

—No nos desaire, señorita Pionini.

—No seas mala, querida.

—¡A ver!—Era la voz chillona de Benjamín. Pronto se abrió un camino que lo puso enfrente de la diletante Esta quedóse un poco sorprendida.—Hoy no me puede negar nada, Anita. Yo le suplico con todo mi corazón que me deje algún recuerdo de usted; le pido el eco de su preciosa voz. ¿Quiere?

Anita se levantó en seguida y pronto, como quien ha formado una resolución. Sonó nutrida salva de aplausos y dejáronse oír frases de satisfacción. La aficionada tomó el brazo que le ofrecía el novio, quien la condujo al piano.

¿Y Sanguetti? ¿Dónde está Sanguetti?

—Acá, acá. Yo lo traigo.—El incansable Gutiérrez lo había previsto todo, y ya traía de la mano al maestro, moviendo más y más los párpados, señal evidente de suma satisfacción.

Benjamín, apenas sentado el ex-tenor delante del piano, desapareció como por encanto, mientras que toda la concurrencia se apiñaba

para entrar en el salón. Aquel se había retirado al ambigú, no sólo para descansar un momento, sino también para tomar alguna cosa. La verdad es que estaba muy cansado. Aquello era cuestión de nunca acabar. ¿Por qué no se iría la gente? ¡Cómo se conocía que ellos no habían pasado unos días agitadísimos, y principalmente uno como el de las bodas, que lo dejó nerviosísimo! Como que hasta las piernas casi se le doblaron, cuando tuvo que pronunciar el *sí* delante del cura. ¡Qué vergüenza, si se hubiese caído! Un rápido estremecimiento sacudió todo su cuerpo al pensar en esto. ¡Malditas piernas que siempre le temblaban en momentos críticos!

De pronto sus ojos quedaron bien fijos en las luces de un enorme candelabro de plata, sus dientes clavados en un dulce que apenas se llevara á la boca, y quietas su mano derecha en que sostenía el dulce, y su pierna izquierda que en rápido movimiento hacía crujir el botín de charol cuya punta estaba apoyada en el suelo. La potente voz de Anita hacía llegar hasta sus oídos el agradable *ritornello* de la melodía de Tosti: *Non m'ama piú*. ¡Qué bien decía el quejumbroso *Lieto ricordo d'un amor che fu.....!* ¡Y con qué angustioso grito hacía resonar la palabra *amor!* El la había querido á aquella muchacha, alegre, retozona, artista por los cuatro costados. Así le gustaban á él. Sí, bueno;

pero también eran de su agrado las que no eran tan... vamos, tan teatrales. Allí estaba Maruja con quien se había casado, y ésta era todo lo contrario: seria, romántica, muy formal, aunque de cabeza artística, eso sí, y que siempre lucía trajes también muy artísticos. Sí, la amaba mucho á Maruja, á la hija mayor de Velázquez, como él pensaba al acordarse de su esposa. ¡Su esposa! Aun no lo era muy bien. No lo sería hasta que realizase su sueño dorado; hasta que él y ella diesen vida á aquel gran cuadro de Tofano: *Enfin.... seuls!* con el cual tanto soñó. Todo lo tenía preparado. El velo estaba allá, la palmera había sido colocada detrás del sofacito, y el grabado suspendido de la pared. Dentro de un momento.... ¡paf! *tableau.*

Lieto ricordo d'un amor che fu: el ritornello volvía á oirse, y esta vez la palabra *amor* había sido dicha con una especie de despecho. ¡Caramba! ¿A qué estaba enojada la *gringuita* porque él no la amaba como hace tres años, es decir, cuando eran niños?

—¡Pucha con la terca! Aquello era un carácter.

El edificio casi tembló. ¡Qué modo de aplaudir!

—¡Bravo, bravo!

—¡Es toda una artista!

—¡Es una voz de ruiseñor!

—¡Nunca había cantado con tanto *fuoco!*

—*¡Molto bene signorina!*—Esto lo dijo Sanguetti apretando entre las suyas velludas una mano blanquísima y temblorosa, en aquel momento, de la cantatriz.

—Ha tenido usted arranques que sólo había conocido en la Patti, decía Benjamín, quien acudió á los primeros aplausos. Y la miraba con los ojos extremadamente abiertos, y que pretendían decir *algo* que arrancó una sonrisa á los labios de Anita, hasta entonces bien tranquilos.

—¿Nos vamos, Anita?—preguntaba la madre de Benjamín.

—Sí;—fué la contestación de la aludida, sin fijarse bien en lo que decía y devolviendo á Benjamín una mirada arrebatadora, que éste sólo había visto en los ojos grandes y rasgados de aquella mujer-artista.

Y, mientras la concurrencia iba disminuyendo, y arreglándose para salir los que aun quedaban, él pensaba en que le hubiera gustado pasar un momento con su amiga de la infancia, pasearla por el patio, dar vueltas por los caminitos que señalan las plantas y las esculturas. ¡Qué zonzo! Ahora *se apercibía* de su descuido. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—*¡Benjamino! ¡Fanciullo! Io* me voy. Me has *tenuto cui mocho* tiempo. ¡Pícaro!—gri-

taba el viejo Migliore dando golpecitos sobre la espalda de su hijo, á quien iba á perder Velázquez con sus elogios.

—¡Juicio, papá!;—le había contestado Benjamín en voz baja. Ya entonces no era necesaria semejante recomendación, porque no era posible que á tan altas horas de la noche se le ocurriese á su viejo hacer lo que antes había pensado: llevar á su casa, ya que no podía ser á la del *dottore* Velázquez, á sus antiguos amigos y compatriotas, beber un buen *barbera* y comer una fuente de *rabioli*. Pero *¡per Bacco!* á su Benjamín no le había gustado la cosa, y, temiendo que llevase á cabo su pensamiento, le exigió que estuviese allá hasta muy tarde, si bien le había permitido que invitase á los pocos de sus compañeros más decentes y que tuviesen frac, como se pedía en la invitación.

La despedida fué rápida. No le gustaban á Benjamín las situaciones trágicas más que en el teatro, y esto porque entonces sólo sufría superficialmente, como quien dice.

—Vamos;—dijo muy serio el novio al besarse Anita y la recién casada, si placentera ésta, medio disgustada aquélla.

—Sí, *andiamo;*—añadió, como un eco, la grave voz del señor Migliore que daba el brazo á su esposa. Benjamín acompañó á Anita, y tuvo tiempo de agradecerle, sin que

nadie lo oyera, la delicadeza de haber asistido á la fiesta, pues se había casi obstinado en no ir, según le comunicó su madre, á quien debía realmente que tuviera el placer de haberla visto cerca.

—Sí, es verdad, contestó Anita, ya usted ve: el luto, después completamente sola...

—Sube, niña;—decía la señora de Migliore.

Y un instante después rodaba por la calle 25 de Mayo, en extremo silenciosa y obscura, el último de los carruajes que habían formado dos cadenas de puntos refulgentes en una extensión de varias manzanas.

Al entrar de nuevo en el patio, lo encontró ya á obscuras, recibiendo sólo la claridad que despedían las luces de ciertas habitaciones laterales abiertas. La servidumbre daba à entender que deseaba descansar de las fatigas de todo el día. Hasta Velázquez, después de haber besado á sus hijas y haber acompañado hasta su nueva habitación á su *pequeñita* Delia, retiróse también á su dormitorio.

El, entonces, como el muchacho que se dirige á una cita ardientemente deseada de mucho tiempo atrás, escurrióse por el saloncito de descanso en donde había pasado la noche su mujercita. Esta ya no estaba allí. ¿Y en dónde? El no había previsto aquello. En el salón tampoco estaba; las luces del

gas acababan de ser engullidas por los picos. ¡Ah, ya, en el dormitorio! Una sonrisa rizó los labios de Benjamín.

Fué allí. ¡Cómo! ¿Tampoco? La sorpresa se retrataba ya en su rostro encendido.

—¿Maruja?—balbuceó bajito y después escuchó con refinada atención.

—Ven;—suspiró una voz delicada y velada por fuerte emoción de sentimientos encontrados. Había sido mejor un suspiro que un vocablo.

—¿Qué haces acá?—preguntó Benjamín á su esposa, después de haber acudido al sitio de donde partiera aquella voz deseada. Se había ido á esconder en el tocadorcito contiguo al dormitorio.

Ella se abalanzó á su cuello, depositó su cabeza sobre la reluciente pechera de su esposo y dijo con voz melosa y llena de ternezas inexplicables:

—¿Me quieres, Benjamín mío?

—Sí, china mía;—contestó él estrechándola suavemente y con desgano. Es claro; aun no había llegado el momento suspirado. Ella había desbaratado sus planes. Era preciso llevarla.

—Vamos, mi hijita.

—¡Nó, aun nó!—repuso ella bajando la cabeza y respirando con frecuencia.

El comprendió en seguida y sonrió. Nó, él

no había querido decir que fuesen al dormitorio. Antes era preciso realizar una ilusión de mucho tiempo. No era más que una simpleza; pero quería hacerlo. De todos modos nadie lo sabría. Por ventura ni siquiera Maruja lo comprendería. Entonces le puso una mano en la frente y le dijo:

—Che, muchacha, tú tienes la cabeza como una fragua. Vamos á tomar el fresco un momento. *¿Querés?*

A ella no le importaba tener fiebre, porque era fiebre de amor. ¡Lo amaba con tanta pasión! Lo que quería eran besos, abrazos, caricias, sentirse amada, muy amada, verse adorada por el hombre á quien se entregaría con alma y cuerpo. Y Benjamín, aquella noche, debía de sentirse muy aturdido, pues no estaba tan cariñoso y expresivo como era su costumbre.

—¿Me quieres?—insistió Maruja con ansiedad.

—¿Que si te quiero? Mucho, mucho;—y entre tanto la tomaba del brazo y la arrastraba hacia el dormitorio, que atravesó con sorpresa de la joven, hasta conducirla á la salita de descanso, que estaba absolutamente á obscuras.

—¿Quieres reposar un momento?—preguntó Benjamín, dirigiéndose á buscar la lámpara que había en la alcoba, y que trajo emocionado de placer.

—*Benone;*—exclamó, mientras la depositaba

sobre lujoso velador.—¡Ah! está aquí,—añadió involuntariamente, fijándose en el blanco velo, olvidado en el sofá.

Lo tomó con suma delicadeza, lo extendió medio abandonado sobre la rozagante cola del vestido nupcial, como quien ha efectuado repetidas veces igual operación, y, una vez visto el efecto que producía, hizo levantar á su esposa que miraba callada todos los movimientos de su Benjamín, el cual la abrazó tan rápida y estrechamente que ella no tuvo tiempo de pasarle los brazos por el cuello. Simultáneamente depositó en los rizos que se entrelazaban sobre la frente de la joven, un beso largo, ruidoso y ardiente, como nunca se lo había dado ni él, ni nadie. Es verdad que tampoco había habido ocasión más que para rápidos roces.

—*Enfin... seuls!*—exclamó, por último, Benjamín, que se sentía verdaderamente emocionado, con un nudo en la garganta, el corazón palpitante, las manos temblorosas, las piernas, las malditas piernas que ya aflojaban y los ojos llenos de lágrimas. Sí, por fin se realizaba su sueño color de rosa, se veía dando vida él, él mismo, á aquel cuadro de Tofano que tantas veces contemplara en su cuarto de soltero. Y la semejanza era exactísima: la habitación era muy elegante, *confortable*, arreglada con *chic*, con sus cuadros al óleo, su palmera diminuta, sus lujosos confidentes; la novia con el preciosísi-

mo traje igualito, —verdad que todos son parecidos, — el velo caído sobre la larga cola, como desprendido de la cabeza que hasta entonces velara sutilmente; la novia, de estatura más pequeña que alta, de rostro si no bello, por lo menos agraciado, como el del cuadro; y últimamente, el novio correctamente vestido, alto, con un ricito perdido por la frente, lindo de cara, con su barba cortada en punta, y los brazos apretando á la dulce palomita. *Tableau*, decididamente *tableau.*

El se había propuesto llegar, y estaba ya junto á la meta. Su buena estrella resplandecía con mayores destellos. Era feliz.

—*Enfin... seuls!* —repetía el hijo del antiguo platero Migliore, y el sentido de estas dos palabras no era el mismo que le daba Maruja, la romántica hija del gran Velázquez. Ella se hallaba en la mayor explosión de su felicidad, porque veía á Benjamín, á su lindo Benjamín, contentísimo, radiante de placer, y después se sentía amada como nunca por el dueño de su corazón, del cual se había apoderado fácilmente y con placer inmenso.

El, en cambio, se veía amo absoluto de una joven que no era otra que la hija mayor del elocuente orador Velázquez; niña envidiada de muchas amigas, deseada de infinidad de jóvenes ricos, gallardos, distinguidos, pero no tan sabios como él; ya estaba en el palacete lujosísi-

mo, uno de los pocos de la capital, con sus artísticos cortinajes, su preciosa sillería, sus paredes cargadas de cuadros pintados por notabilidades europeas, su suelo cubierto de alfombras del mismísimo Oriente, ó de rarísima madera de dibujos soberbios; en fin, había sido capaz de vivificar—como él decia—la bien pintada tela de Tofano, que él no había visto, pero cuyo grabado se lo indicaba palpablemente. La prueba no podía ser más evidente. Ahí estaba él mirando el *Enfin.... seuls!* del gran artista; y ahí estaba la copia exacta, que resultaba mejor que el original, porque aquélla tenía vida, mucha vida, y sus personajes hablaban de amor.

—¿Me quieres, bien mío?—decía Maruja, que no se cansaba de estar en los brazos de su esposo.

—Con toda el alma;—contestaba frenético Benjamín.

Entonces ella se apartó de él, le echó los brazos á los hombros, y, mirándole fijamente, le preguntó con una ingenuidad arrebatadora.

—¿Siempre, siempre?

—Siempre, sí, siempre.

Y ambos, puestas las manos de uno en las mejillas del otro, se dieron en la boca un beso intensísimo, uno de aquéllos en que se comunican el alma toda, uno de aquéllos en que toma parte el cuerpo todo.

Sí; Benjamín la amaba mucho, se sentía es-

clavo de aquella mujer, se hubiese echado de rodillas, las piernas iban á hacerlo; pero nó, aquello era demasiado romántico. Era preciso acabar.

—Vamos;—dijo él, y esta vez ella se dejó llevar al gabinete donde iban á entonar el idilio del amor.

Entraron, y el dormitorio estaba vagamente alumbrado por una vela que daba ya sus últimas bocanadas de vida.

A Maruja la impresionó fuertemente aquella luz siniestra, y, abrazando á Benjamín, exclamó con voz plañidera:

¡Ojalá que nuestro amor nunca acabe!

Benjamín le cerró la boca con ardientísimos besos.

II

Historia de Benjamín

Al día siguiente de las bodas, en casa del doctor Velázquez almorzóse muy tarde, aunque no se tratase de un banquete. Todo al contrario; el almuerzo de aquel día fué más frugal que lo acostumbrado, si bien no lo parecía por el aspecto de la mesa, según pensó Benjamín.

Todos se habían levantado muy tarde, como que en todos los relojes de la casa las manitas metálicas se acercaban á porfía al número romano XII, cosa no común á los habitantes de aquel palacete, los cuales, por el contrario, solían madrugar.

Resolvieron, pues, no comer hasta la una y media ó las dos, ya que los desposados no probarían ningún comestible hasta el día siguiente, porque no solían tomar nada en los viajes por mar. Mientras llegaba la hora indicada, el Dr. Velázquez salió á dar cua-

tro pasos y á ojear los diarios de la mañana, que encontraría en la Redacción de *La Idea;* los esposos noveles se ocuparían en acomodar dentro de varias maletas la ropa más necesaria para pasar unos quince días en un pueblecito de los alrededores de Buenos Aires; y Delia se entretendría en teclear el piano y en dar varias órdenes, ya que ella iba á quedar ama de casa y era preciso enterarse de todo mientras Maruja estaba aún allí.

El almuerzo fué rápido y ligero. Nadie tenía apetito. Maruja, más cariñosa que nunca con su buen papá, le invitaba á que comiera más, de lo contrario creería que estaba enojado porque ella se marchaba; y no era así; él había propuesto este viajecito, y estaba muy contento de sorprender la alegría en el rostro de su *viejita* Maruja. Benjamín bromeaba con Delia, la que interiormente estaba bastante triste por ser la primera vez que se iba á separar de su querida *Ujita*, cómo le llamaba cuando tenía la lengua de trapo, y como seguía llamándole en los momentos de tristeza y de intimidad de las dos hermanas. Sin ella quererlo, sin casi notarlo, las bromitas de su cuñado le disgustaban, y hasta le contrariaba ver á aquel extraño, dueño de *algo* muy suyo y que, á su parecer, le arrancaba á viva fuerza.

Hacía un rato que en la mesa reinaba profundo silencio: el padre saboreaba con fruición largo y aromático habano, echando poco á poco hacia arriba el humo azulado que subía formando espiral; Maruja estaba cortando con un cuchillo de postres, de mango de plata, una càscara de banana que había dentro de su blanco plato con cenefa dorada de color muy claro; Benjamín, con las manos en los bolsillos del pantalón, y columpiándose en la silla, tenía los ojos fijos en un bonito cuadro al óleo en que se veían unas perdices muertas y colgadas de un clavo por las patitas; y Delia rompía, sin advertirlo, el encaje de su delantillo, que bien pronto tendría que acudir á enjugar los ojos, que amenazaban convertirse en fuentes de lágrimas.

Pedro, que siempre servía en el comedor, llegó á tiempo; desde la puerta dijo:

—Señorita, acá están los *changadores*.

Todos se levantaron como movidos por un mismo resorte; y ninguno de los cuatro reparó que el sirviente se había olvidado del nuevo estado de la ya *señora* de Migliore.

Las hermanas se dirigieron, cogidas de las manos y después de darse un beso, á la habitación en donde estaban las maletas debidamente cerradas; Velázquez salió del comedor, se puso el sombrero y se fué al estu-

dio que tenía en la calle Rincón, no sin antes haber dicho á sus hijas que estuviesen arregladas á las cuatro, hora en que él volvería para ir á embarcarse, y Benjamín quedóse paseando por el comedor, puestas las manos detrás, los ojos sin fijarse en ningún punto y el pensamiento vagando por la dilatadísima llanura de su pasado, para él ni despreciable ni digno de envidia.

Sin embargo, ¡cuántos jóvenes de su edad, de igual talento, aunque no de igual bienestar material, hubieran deseado encontrarse en parecidas condiciones, y entonces no sufrieran como él, ni, como él, se quejaran de su suerte! Hijo único de unos padres italianos que poseían halagadora fortuna de treinta ó cuarenta mil pesos, aunque sin pertenecer por esto á la sociedad distinguida, á aquella sociedad que se veía en todas las grandes fiestas en que se gasta mucho por la entrada y mucho más por los trajes que allí se exhiben, á aquella sociedad, cuya veintena de nombres se encontraba en orden distinto, pero los mismos siempre, en las empalagosas crónicas del francesito Riviére; Benjamín había gozado de la vida en el sentido de que no tuviera ninguna necesidad material, ya que sus padres lo habían criado y educado para *dottore*, para que vistiese levita, usase *calera* y calzase guantes, — según

frase del *signor* Migliore,—pero no se había visto, como él deseó, en medio de la opulencia, acariciado por las auras perfumadas de los salones y deslumbrado por los colores variadísimos y los destellos vivísimos de luces y cuadros, flores y espejos, tal como en sueños veía él algunos palacios encantados.

Es verdad que no siempre se había dedicado á semejantes pensamientos, ni cuando jovencito había sentido ambición de comodidades y lujo, ni había en otros tiempos ya lejanos tenido deseos de vanidad, ni hambre de elogios. ¡Cuán lejos veía ahora aquella edad en que nada de notable se encontraba, aquella edad que bien podría ser comparada á una lámina fonográfica que está llena de *cosas* y en la cual, sin embargo, nada, absolutamente nada se descubre.

Estudió con mucho provecho todo el bachillerato, sacando al final de cada curso la nota de sobresaliente, y hasta con felicitación de la Mesa Examinadora en la asignatura de Gramática Castellana y Filosofía del Lenguaje. A los quince años era bachiller. En seguida empezó la carrera de abogado, no porque la vocación lo condujera por ese camino, sino porque era necesario, según desde pequeño le había imbuído su padre, que delante de su nombre hubiera la mágica pa-

labra *Doctor* que halaga mucho el oído del que lleva este título, hace levantar la mano del pobre hasta el sombrero y abre pronto camino entre la gente entonada. Luego que, según el *signor* Migliore, el dueño de la mejor *Platería* de la calle Sarandí, con un solo escrito de Doctor se ganaba más dinero que el que él, á fuerza de economías y de actividad, había podido juntar en más de quince años. Era preciso que su *hico* no fuera tan *disgraciatto*, como él, siempre junto al mostrador, regateando con los marchantes, ó sentado delante de la mesita de trabajo haciendo algunas composturas. Esto no quería decir que Benjamín se echara en los brazos de la holganza, nó; pero su idea consistía en que siguiera una carrera con la cual se ganara *la plata* más fácilmente, estuviera mejor mirado en la sociedad y pudiera llegar á ser *diputato* en la patria americana, sin que tuviese que disminuir su capitalito para darle una parte. El no sabía por qué lo guardaba, *ma voleva* guardarlo.

A Benjamín nunca le habían parecido del todo mal tales razonamientos hasta la noche aquélla en que tan aplaudido fué en el notable concierto celebrado en el *Colegio de Montevideo,* en donde se había educado él, al lado de los niños de las familias más distinguidas y acomodadas. Ya entonces algo del

buen gusto y la delicadeza, peculiares á los ricos, se le había pegado, pero sin que él lo advirtiera, instintivamente. Había recitado una poesía, unos alejandrinos, muy sonoros, con bastante *ritmo musical*, muchos ripios, algunos *metaforones* y un asunto halagador á todos: *La Patria*. No es que él fuera muy patriota; no había sentido á su alrededor el fuego del patriotismo; no había pensado aún bien en qué consistía la patria. Todo se reducía á juntar muchas palabras cadenciosas, muchas frases que había leído, muchos nombres propios: Las Piedras, Sarandí, Ituzaingó, los Treinta y Tres, Artigas, Lavalleja.

Retiróse muy tarde, y tampoco tenía ganas de dormir. Las sienes le latían fuertemente, y, una vez metido en la cama, su imaginación empezó á vagar por el florido campo de la fantasía. Pensó mucho, mucho; y soñó mucho más. Al otro día su trabajo poético fué publicado en el popular diario *La Idea*. Gracias á la deferencia de aquella Redacción, Benjamín pudo ser felicitado tiempo después por el Doctor Velázquez, que no celebraba más que los escritos literarios admitidos por este periódico. Sus versos eran lindos, no cabía duda; una vez impresos, se lo parecieron más. A su padre lo que más le gustó fué la última linea: *Bachiller Benjamin Migliore*. La primera palabra lo tenía entusiasmado; ¿qué

sería cuando ésta fuera cambiada por la tan ansiada, por la que tantos pesos le costaría, por la de *Doctor*? El platero Migliore tenía la neurosis de los títulos.

Aquella poesía le abrió las puertas de la Redaccion de *La Idea*. Fué á dar las gracias al director de este diario, y desde entonces fué muy bien recibido en aquellas oficinas. Allí conoció personalmente al renombrado Doctor Velázquez, allí se hizo amigo de muchos jóvenes de la *high-life*.—*La Idea* era el diario de los salones, de los hombres ilustrados y de los amantes de la civilización, todo de un golpe,—allí empezó á ser hombre, á tomar gusto á la literatura, á ser escritor, á hablar de arte, y, por tanto, á ser artista. ¡Felices recuerdos! Después de todo, se estaba muy bien en aquella Redacción. El edificio había sido construído á propósito; era necesario que las ideas liberales tuvieran un órgano *bien afinado*, ya que los católicos no se dormían sobre las pajas. Los hombres ilustrados hicieron un esfuerzo y se publicó *La Idea* que en nada se parecía á los otros diarios liberales, hijos de la rutina y del *cliché* periodístico. En éste todo era original y hecho con *chic* En la planta baja del edificio estaban la Administración y los talleres tipográficos; en el piso único se había colocado las mesas de redacción: aquí la mesa

larga y con varios tinteros para las *reporters*; allí en una salita decentemente arreglada había varias mesas para los redactores y cronistas; en frente de esta habitación, un saloncito amueblado con bastante lujo era destinado á las visitas de cumplimiento y á las *soirées* que á veces se celebraban por la llegada de un artista ó para la lectura de alguna obra literaria; por último, más arrinconado que los otros, estaba el cuarto del Director, chiquito, pero convertido en una monada, en un despachito de señora, elegante, tranquilo y abrigado. Las otras piezas eran de poca importancia. En la antesala había siempre un negro, que, al salir á la calle, usaba una gorra con visera, en la cual había un letrero en que se leía *La Idea*. Era la mejor Redacción de los diarios de la capital. A Benjamín le gustaba mucho.

Por aquel tiempo empezó á escribir algunos artículos que fueron muy alabados, principalmente por la forma, que revelaba á un buen estilista, conocedor profundo de la lengua castellana en todas sus múltiples géneros y variados matices. En cierta ocasión se había recibido un tomo de poesías de un joven desconocido. No había quien quisiera leerlas. Se le invitó y él aceptó. Dos días después, *La Idea* publicaba una crítica de Benjamín con el seudónimo de *Gladiator*. El artículo estaba

muy bien escrito, y era un tremendo mazazo sobre la cabeza del novel y desconocido poeta. *Por tanto*—decía Velázquez—había resultado un buen crítico, porque, dígase lo que se quiera, aquí, en el *páis,* no había poetas, no podía haberlos, porque la prosa lo arrasaba todo. Prosistas sí; allí estaba él, que en sus mocedades había publicado la notable novela *El grito de la Patria.* Sí, señor; *de la Patria;* en los pueblos jóvenes todo ha de converger á ensalzar á la Patria—así, con mayúscula:—todo, la poesía, la novela, la pintura, la escultura, no se hable del diario y de la oratoria, y hasta la música y la ciencia.

¡Ah! Pero Benjamín no sabía que el Doctor Velázquez fuese autor nada menos que de una novela nacional. Había que leerla.

—¿En qué librería se halla en venta?—preguntó el nuevo crítico al viejo literato.

—En todas—había contestado el aludido.—¿V. quiere leerla?

—Con mucho gusto.

—Le voy á regalar un ejemplar.

¡Oh! Esto era demasiado honor para el hijo del platero de la calle Sarandí; pero, en fin, si el Doctor era tan amable......

De palabra, sí, lo fué; mas de hecho, nó. Benjamín esperó varios días, y la novela no llegó. Estaba demasiado impaciente para aguardar. El padre le dió dos pesos y fué á comprarla.

—¿*El grito de la Patria*, del Doctor Velázquez?—preguntó al librero.

—¿De qué edición lo quiere: de la primera ó de la segunda?

La pregunta lo había dejado algún tanto perplejo, porque no comprendía que se publicase la segunda edición sin haberse agotado la primera.

—¿Cómo?

—La segunda es con grabados.

—Bueno, sí, de esa.

La leyó de un tirón, de una sentada; le gustó bastante, aunque... pero, en fin, la obra del Doctor Velázquez no podía contener las faltas que él encontró. Sería él que estaba equivocado. La cuestión es que, sin venir al pelo y porque estaba entusiasmado con la novela, quiso publicar una crítica encomiástica, después de muchos años de la publicación de *El grito de la Patria.* Nadie protestó; al contrario, Benjamín fué muy felicitado; y desde ese día *Gladiator* fué proclamado el primer crítico nacional. Ya era hora de que saliese alguno.

Por aquella época tuvo un alegroncito. El piso que había sobre la *Platería* de su padre,—conste que era de su padre; ya empezaba á disgustarle la tal tiendecita;—quedó desalquilado, y una mañana su mamá le dió la noticia de que irían á vivir allá la viuda

de Pionini y su hija Anita, sus antiguas vecinas. Volvían otra vez á los primitivos *pagos*. Benjamín hacía tiempo que no había visto á su amiguita de la infancia; pero su madre le aseguraba que se había puesto muy mona. Se alegró, sin saber por qué.

Efectivamente, Anita era preciosa. Uno la miraba y no se cansaba nunca de ver aquel rostro de cutis delicado, aquellos ojos negros y soñadores, aquella cabeza cuya cabellera, de color medio castaño, estaba siempre artísticamente peinada, aquella boca de labios bien rojos y aquella bàrbita redonda, á cuyo lado izquierdo había nacido un lunarcito que añadía un encanto más á aquel conjunto de gracias. Como su boca estaba de continuo sonriendo, mostraba blancos dientes de una uniformidad sorprendente, pequeños y colocados en dos ramitas de coral. Era una cara hermosa, que en seguida atraía y que por su perfil picaresco arrancaba risa de placer. Si á esto se añade que aquella beldad sabía sacar de su garganta, que por lo común mostraba en toda su blancura y extensión, notas potentes, bien timbradas y que revelaban á una futura *soprano*, se comprenderá que aquella niña cautivase á todo individuo de buen gusto, de aficiones al arte y de imaginación de poeta. A Benjamín le habían sorprendido tantas perfecciones acumuladas en

una sola criatura. Anita era un imán muy poderoso de corazones, no ya tiernos y sencillos, sino también endurecidos y de muchos pliegues. No es extraño, pues, que el crítico de *La Idea*,—Benjamín era ya considerado como de la casa y tenía permiso para escribir cualquier cosa,—se entretuviera gustoso y se sintiera como en la gloria sentado en la pieza en donde Anita tenía el piano y, por lo tanto, en donde daba la lección de canto con el maestro Sanguetti. Desde aquellos días se despertó en él la vocación á la música. Para aprenderla era ya tarde, pero, siempre que podía, canturreaba *á piacere*. Y esto sucedía muchas veces: todo el día, menos las horas dedicadas al estudio. Por la calle caminaba de prisa, tarareando; llevaba el compás con el brazo derecho; cuando encontraba un piano callejero, dejaba á un lado su empezada cantinela, se ponía al paso del compás marcial del piano y á veces se detenía enfrente de algún escaparate hasta que los *gringos* se iban con la música á otra parte. Era seguro que, si llevaba un vintén en el bolsillo, había de ser para los dueños del piano. ¡No haber advertido á tiempo que tenía vena de músico! ¡Quién sabe si ahora sería ya un consumado artista!

Con tales ideas y sintiéndose llamado á ser algo en arte ¿por qué no había de ser también

crítico musical? No dejaba pasar ningún día sin que subiera á presenciar la clase de Sanguetti, en la cual se discutía á veces el modo de decir una frase, se disertaba acerca de las escuelas italiana y clásica, ó se repasaba multitud de óperas, y de éstas principalmente los *duos de soprano* y tenor; pues aun conservaba el maestro su miajita de aquella voz que enterneció y conquistó á la sociedad montevideana de quince años atrás, de la cual conservaba infinitos y muy ricos *recuerdos*. A Benjamín le gustaba mucho hablar con Sanguetti, que usaba una gerga especial, muy enfática, hiperbólica y sumamente melosa. A tal lenguaje cuadraba bien su *físico*, no tan artístico como antes: estaba ya bastante canoso, gordinflón, pero conservaba aún la tiesura de su cuerpo, que fué muy elegante, y lucía también sus rubios bigotes, cuyos extremos terminaban en dos aritos que hacían pensar en el fuego y las tenacillas. Muchos de sus movimientos delataban al antiguo artista; sin embargo, en uno estaba pintado: en los pasajes de una romanza, aria ó cavatina, impregnados de ternura y delicadeza, después de golpear una octava grave, levantaba suavemente la mano izquierda, agarraba la muñeca de Anita que cantaba con toda el alma, la apretaba fuertemente mientras balanceaba todo el cuerpo y estiraba el cuello, como el

náufrago en sus últimos momentos, y la miraba amoroso, poniendo los ojos en blanco. Ya se sabe que estos ademanes eran puramente externos y sin resultado por parte del corazon,—Sanguetti era ya de cierta edad y tantas batallas artísticas le habían obligado á retirarse al cuartel de inválidos,—pero á Benjamín le hacían maldita la gracia, y si bien tampoco él amaba á Anita, era muy capaz, no obstante, de quererla más y mejor que aquel viejo, y hasta con más verdad, y en fin, le parecía que él tenía más derecho sobre la amiga de la infancia. No estaba celoso, pero......

En el invierno siguiente, Ferrari hizo abrir las puertas de Solís, el primer coliseo, el teatro escogido de la buena sociedad: presentó una compañía de ópera por todos conceptos notable y la *high-life* corrió á abonarse á palcos y sillones. Benjamín no se podía abonar por toda la temporada, porque su padre no estaba para tales desembolsos; pero pensaba no perder las partituras que más elogiadas fueran por el maestro Sanguetti y que más gustasen á Anita. Fuése un dia á la *Librería Española*, con la idea de comprar todos los libritos que allí encontrara. ¿Y si el director de *La Idea* le diera una entrada? ¿Cómo nó? El *illustrato giornale,* según decía el secretario de la empresa, tenía un palco de primer piso y cuatro entradas. Una de ellas había de

ser para el cronista. Benjamín se comprometió á escribir las críticas, con la condición de que había de manifestar su parecer con toda independencia. Estas llamaron la atención de todos los aficionados, por lo bien escritas, por el acertado criterio y por la desenvoltura y franqueza con que decía las *verdades del barquero* á los artistas. Está bien: continuaba siendo el crítico independiente. Ya se cuidaban en la Redacción de poner en el diario algún sueltito encomiástico para que la empresa no se enojara, y no les quitase el palco y las entradas.

Una noche fuése á Solís, y sucedió que antes de subir al palco de *La Idea* dió desde la puerta de la platea una ojeada al teatro, que presentaba hermoso aspecto. ¿Qué? ¿Su palco estaba ocupado? Y nada menos que por el Doctor Velázquez y sus hijas: Maruja y Delia. Su primer pensamiento fué de contrariedad. ¿A dónde se iría á sentar ahora? ¡Ah! Allí, en un palco de enfrente, estaba Guido Rivière. Aquél sería el palco de *La Patria*. Menos mal. Fuése allá siendo muy bien recibido por los amigos. Hasta se le cedió la silla de honor. Aceptó.

En el primer entreacto tuvo ocasión de saludar al Doctor Velázquez; después se pasó el cuarto de hora mirando á Anita que estaba con su mamá en la *cazuela*. ¡Qué mona

era! ¿La amaba? El no lo sabía, porque aun no había pensado en aquello del amor. No había tenido tiempo. ¡Había estado tan ocupado con sus estudios, con sus críticas y luego con su afición á la música, afición que acabó por ser al teatro, al arte en general!

Durante el segundo acto advirtió que la hija maysr del Doctor Velázquez le apuntó varias veces los gemelos. Él no podía atenderla. Un crítico serio no puede distraerse para *dragonear*, aunque sea en broma. ¡Era, sin embargo, extraña aquella insistencia! ¡Caray! ¡El no se había *apercibido*!

Una vez bajado el telón, levantóse Benjamín y fué á saludar á su catedrático de Derecho, y amigo, el Doctor Velázquez. Este se cuidó de presentarlo á sus hijas, y luego dijo que iba á fumar un cigarro, quedándose Benjamín en ceremoniosa conversación con las señoritas Velázquez, principalmente con la mayor, Marujita, que, quizás por ser la más seria y juiciosa, lo atendía muchísimo más que la chiquilina Delia, que gustaba de pasar revista á los trajes de sus amigas, y de paso miraba á los mozos que estaban lo más contentos con sus fraques, como niños con zapatos nuevos, según frase de la aturdida Delia; frase que puso colorado á Benjamín, porque en aquella temporada había estrenado él el suyo, que, por cierto, le sentaba espléndidamente.

El Doctor Velázquez volvió al palco al tercer aviso del timbre: Benjamín se dispuso á salir, despidióse y se fué, á pesar de haberle indicado Velázquez que se quedara. No podía bajo ningún concepto. ¡Qué diría en la crónica, si no escuchaba atentamente y no se fijaba en todo? Eso de la crítica era un *affare molto serio*, según decía muy bien su padre, dándose ínfulas de inteligente. Era una de las pocas veces en que su viejo acertaba. Sin embargo, aquella niña del palco lo distraía bastante y le hacía perder muchos pormenores, porque él correspondía á sus miradas, aunque contra toda su voluntad. Por fin acabóse el acto, y pudo distraerse á sus anchas. Pasó el entreacto dirigiendo sus gemelos á Anita y á Maruja. En la comparación que mentalmente hacía Benjamín, de las dos muchachas, salía victoriosa la primera. ¡Ah! en cuanto á linda lo era sin disputa mucho más su amiguita. Maruja tenía una cara desmasiado seria, los ojos estaban muy hundidos, los labios sin sangre, pálidas las mejillas y un cuello sumamente delgado. Había de estar mejor sin el escote. Dos cosas en Maruja le agradaban: el pelo negrísimo, bajo una capa de polvos, y muy desflocado alrededor de la frente y sienes, y su traje elegante, original, raro, artístico. A Benjamín le satisfacía la unión de colores casi opuestos y que á veces rabiaban de verse

juntos. Le parecía que esta amalgama era muy teatral. ¿Tendrían gustos iguales? ¡Qué casualidad!

A la salida del teatro, dudó si esperar que pasara el Doctor Velázquez con sus hijas para saludarlas, ó ir á la escalera de la *cazuela* para acompañar á Anita. Hizo lo segundo. Aquella noche se sentía con ganas de estar cerca de alguna mujer; estaba muy satisfecho: si tuviera allí algún amigo, se iría *por áhi.*

Por fin bajaron Anita y su madre.

—Por acá, por acá,—les gritó Benjamín; y las dos mujeres rompieron el cordón formado por los guardias civiles y los espectadores que estaban detrás. Dió el brazo á la joven, que sacaba su carita de cera por entre una nube blanca y vaporosa representada por un tul de punto de Inglaterra. ¡Brrr! Un estremecimiento de aquella niña le indicaba que hacía frío. El no se había *apercibido.* Empezaron á hablar del desempeño de la ópera cantada, de la *Aída* de Verdi, de aquella música extraña y voluptuosa, de los amores desgraciados de *Aída* y *Radamés.*

—¡Ah! ¿Quién era aquella señorita del palco?—había preguntado Anita, parada en el umbral del zaguán de su casa, mientras su mamá subía la escalera.

—¿Cuál?—preguntó á su vez Benjamín, medio sorprendido, como el que ha sido descubierto en una mala acción.

—Aquella á quien fué á saludar y que llevaba un vestido tan extraño.

—La hija de mi catedrático.— Y mientras decía esto, habíase acercado bastante á Anita, en cuya cara estampó un beso silencioso que hizo retroceder á la joven y le arrancó una exclamación que fué pronunciada con cariño, más que con disgusto:

—Atrevido,—y le alargó la mano derecha para contenerlo, mientras que con la izquierda buscaba la media puerta para cerrar.

Benjamín titubeó un instante entre entrar en su casa, que tenía á un paso, ir á ver á alguna de sus *amigas*. No tenía sueño. Así es que se fué; pero volvió en seguida, regresando á paso lento, pensando mucho y sintiendo ya bastante el frío de una noche serena de invierno.

Acostóse y no se durmió en seguida, como tenía por costumbre. Estaba muy pensativo. La cosa merecía la pena. Dentro de año y medio acababa la carrera, tenía más de veinte años, y aun no había pensado en tener novia. ¡Ah! ¿pero no creían sus padres que ésta era Anita, no lo parecía, no lo había sentido así él algunas veces allí, en lo más íntimo de su corazón? ¡Era tan mona aquella criatura! ¿Por qué nó? Para empezar tenían bastante: ella había de traer de dote algunos miles: á él no le faltarían otros tantos; y luego ganaría

pronto, muy pronto una buena cantidad para vivir bien, cómodamente, y hasta con lujo. ¡Quién lo dijera, Benjamín, amigo de lo elegante, de lo fastuoso, de lo aristocrático; él que toda la vida se la había pasado en un cuartucho de la trastienda, dedicado al estudio y sin pretensiones vanidosas! Nó; es que á él no se le había presentado ocasión de mostrar sus gustos. El los tenía y muy refinados como cualquier *dandy*, el más empingorotado. ¿Por qué se sentía tan bien en la Redacción de *La Idea*, si no era por el *confort* que allá había? ¿Cómo tan fácilmente se había puesto el *frac* y lo llevaba con tanta desenvoltura, si no es por que su cuerpo tenía todas las líneas de la distinción y la elegancia? El ya estaba convencido; era preciso vivir en una casa bien amueblada, espaciosa y artística. El modo de conseguirlo, no lo veía muy claro, pero ya lo arreglaría. ¡Si su padre quisiese! Nó; esto no podía ser. Ni quería pedir, ni tampoco lo había de alcanzar. Además, sus padres en aquel palacio soñado desentonarían. El había de vivir solo, es decir, solo nó; con la diosa de su cielo artístico, vestida como Maruja...... ¡Ah!........ Gran idea. Pero.....¿y por qué no?

Al día siguiente, delante del escaparate del Bazar Maveroff, había mucha gente, contemplando un grabado, al parecer. Benjamín se paró también. Miró y quedó embobado. La lá-

mina de cartón representaba el primer abrazo de dos recién casados. Debajo del grabado se leía estas palabras: *Enfin...... seuls!* Tanto le gustó que fué á buscar dinero y lo compró. Fué colocado en bonito marco y suspendido sobre su mesa de estudio.

Desde aquel día su pensamiento daba vueltas alrededor del cuadro de Tofano; él quería ser el protagonista; sólo casándose con la hija mayor del reputado abogado, Doctor Velázquez, podría llevar á cabo su propósito.

Manos á la obra. Presentóse en todos los sitios frecuentados por Maruja, la estudió, la encontró algo romántica, procuró agradarla, le prestó novelas, escribió poesías, dedicadas á ella, publicó artículos y críticas para hacerse célebre, ya que á ella la complacía el renombre, y á él también; influyó para entrar á practicar la abogacía en el estudio del Doctor Velázquez, aduló al que él llamaba su querido maestro.....y alcanzó lo que deseaba.

En dos cosas principalmente puso mucho empeño: en entregarse por completo á Maruja, á la niña suspirada por muchos y envidiada por muchas, y en hacer cerrar la *Platería* á su padre. Para lo primero, no perdía de vista á su novia cuando estaba cerca de ella, la complacía en todos sus caprichos, la amaba mucho, porque eso sí, terminó por amar extraordinariamente á su Ma-

ruja, que estaba tan embobada con él que ni siquiera se había fijado en que Benjamín era hijo de un platero. Nó, eso no podía ser. Ya que él había subido tanto, era preciso que su padre no lo avergonzara con su comercio á cuestas. ¡Qué diantre! El, casi el Doctor Migliore, el futuro yerno del afamado político Velázquez, no podía vivir en una tienda, no podía despedirse de un amigo, de un periodista, de un diputado, junto á los escaparates; vamos, esto para él era una especie de deshonra. Su padre lo comprendería desde luego, aunque se le había de hacer cuesta arriba.

A la tal noticia el *signor* Migliore puso mal gesto, hasta se enojó un poco; después se lamentó y, por fin, se sometió á lo que su hijo, su *dottore*, le imponía. Y se lo venía á decir precisamente cuando él iba á realizar una idea que de cierto tiempo á esa parte le hacía cosquillas en la cabeza: pensaba en hacer pintar de nuevo toda la tienda, en cambiar el letrero *Platería*, por el de *Joyería*, como se leía en las tiendas nuevas del ramo, y en hacer un pedido de joyas acá nunca vistas. Pero, en fin, su *hico* tenía razón: un consuegro del *diputato* Velázquez no podía ser tendero. *¡Cuale disgrazia!*

Algún tiempo después se liquidó la *Platería* del antiguo comerciante Migliore por retirarse á la *vidaprivada*, no sin antes quedarse

con ciertas alhajas muy buenas y principalmente un collar de diamantes que guardaría para su nuera. Durante aquellos dos ó tres días, Benjamín no apareció por su casa hasta muy avanzada la noche, respirando á sus anchas cuando le dijo su padre que había buscado una casa excelente en la calle Uruguay.

Ya empezaba á ser persona decente; ya podía recibir cuando quisiera, á sus amigos, en una casa medio regular y que en algo se parecía á la habitada por su querida Maruja; ya estaba más cerca de ella, hasta le parecía que la amaba más, por pertenecer á su clase.

Pronto llegó el tiempo de recibirse de *Doctor*, aunque no tan pronto como Maruja deseaba, por que hasta que esto sucediese su papaíto no consentía que en se casase. Y efectivamente se casó con la hija de su maestro, el Doctor Velázquez, y hasta realizó su idea del *Enfin... seuls!* y fué dueño de aquel palacete por él tan ansiado. ¡Sí; lo era! Allí estaba él, paseándose por el hermoso comedor del Doctor Velázquez.

III

La primera flor.

Dos meses hacía que los jóvenes esposos Migliore regresaran de un viajecito á Buenos Aires. No habían podido permanecer en el pueblo de Belgrano más de quince días, por que la *chiquilina* Delia, en sus largas correspondencias, mandaba decir que su papaíto estaba triste, cuando lo que realmente pasaba, era que ella había caído en una dolorosa nostalgia que borró de sus labios coralinos la sonrisa que siempre los rizaba. Los viajeros no deseaban menos volver al sitio de sus ensueños. Maruja sentía el deseo vivísimo, si no de estar al lado de los queridos seres de toda su vida, ya que se encontraba junto al dueño idolatrado de su corazón, al menos de respirar la atmósfera perfumada de su tocadorcito, sentarse siquiera un instante en el gabinete que guardaba la primera esencia de sus amores de esposa, y visitar las cuidadas

macetas de flores exquisitas que ella misma sembró en días para ella de grata recordación; y Benjamín anhelaba verse de nuevo en el palacio con el cual soñara un año entero, arreglar lujosamente su cuartito de trabajo, señalar los días de recibo para encontrarse rodeado de la buena sociedad en el salón que dos semanas antes habíase convertido en el teatro de su mejor y más grande triunfo, y recibir á sus numerosos admiradores para leerles sus notables producciones, convidarles con té, tomado en tacitas de cincelada plata, y deslumbrarles ya con su privilegiado talento, ya con su envidiable bienestar.

Esto último no pudo realizarlo inmediatamente después de su regreso, como hubiera deseado, porque su mujercita lo tuvo secuestrado por completo, encadenándolo con extraordinaria suavidad mediante unos lazos formados de hechizadoras caricias y atrayentes monerías, capaces de esclavizar y enloquecer al más amigo de rodar por calles y plazas y matar el tiempo en clubs y teatros. Durante esa época de infinitas dulzuras y arrobadores enternecimientos, ambos esposos se entretuvieron en arreglar el gabinete en que el literato Benjamín, la gloria futura de las letras uruguayas, había de producir los frutos de su ingenio para que sirvieran de solaz á sus compatriotas y de provecho á todos los estudio-

sos. Maruja quiso que estuviera dentro de su tocador, en el sitio más íntimo de su casa; pero unas pocas reflexiones de Benjamín le hicieron comprender que tal pensamiento no era factible. Decidieron, pues, colocarlo en la habitación inmediata al *boudoir*, para que á Maruja le fuera posible llegar hasta allá, cuando su esposo trabajara de noche, y se olvidase éste de irse á acostar. Ella entonces se levantaría y, arrebujada en blanco peinador, iría á buscar á su Benjamín á quien bajaría del cielo de sus inspiraciones, rodeado por sus bien modelados brazos y atraído por el imán potente de sus besos.

Durante aquellos dos meses no se había presentado ninguna ocasión de realizar tan artística idea, que encantara desde luego á Benjamín, porque ella no le permitía tomar la pluma, ni leer libro alguno, ni le quitaba los brazos del cuello á la vuelta del teatro, á donde iban solitos unas veces, y otras con Delia y su papá. En esas noches, no se fijaban casi nunca en la concurrencia que llenaba el teatro, y les parecían bonitas todas las obras representadas y hasta excelentes los actores ó cantantes que salían en escena. Benjamín no se enteraba entonces de los nombres de los artistas, ni se fijaba en las producciones de los autores. Se encontraba en una etapa como de amodorramiento producido por el opio dul-

císimo del amor en toda su madurez.

Un día leyeron en *La Idea*, y vieron confirmado en los *Ecos de Sociedad* que escribía *Fénix*, que, de paso para la República de Chile, daría seis únicas funciones en el teatro de Cibils una compañía lírico-italiana, cuyo conjunto era de segundo y hasta tercer orden, pero que tenía una tiple ligera, muy jovencita, que iba en camino de rivalizar con la Patti. Desde la lectura de tan halagüeña noticia toda la familia Velázquez se dispuso á asistir á las mencionadas funciones. Pero, ¡qué casualidad! Maruja se indispuso un poco precisamente la noche misma del estreno, por lo cual fué imposible ir. Esto contrarió bastante á Benjamín, quien ya se había acostumbrado á pasar las noches en el palco ó en la platea de algún teatro. Esperóse otra función, con la idea de que Maruja se sentiría bien, pero, ¡caramba! no sucedió así. La recién casada estaba bastante decaída, no tenía ganas de comer, y cualquier trabajo la fatigaba. Una laxitud abrumadora habíase apoderado de su cuerpo y un extraño cambio se había operado en todo su sér. Era necesario llamar al médico; mas la enferma dejaba pasar los días. Parecía que iba á componerse. La noche del beneficio de la Mecher, la aplaudida tiple que había entusiasmado con su delicada y bien timbrada voz al inteligente Rivière, Benjamín

pasó por la Redacción de *La Idea*, cuyos muchachos le comprometieron á dar su opinión acerca de la renombrada artista, y, como aquella noche era la última en que la Mecher cantaba, era preciso que el crítico *Gladiator* fuera á Cibils. Por esto le daban la entrada. Por otra parte, parecía increible que todo un *amateur*, como Benjamín, dejara de ver aquella *petit etoile*.

Por todas estas razones, Benjamín, después de la comida y de haber preguntado por octava vez durante el día cómo se encontraba su Maruja querida, manifestó á ésta entre besos y caricias que se iba al teatro.

—¿Sin mí?—exclamó la joven entre sorprendida y enojada.

—Como tú no te animas á salir, á pesar de ser la noche tan buena.

—Por la misma razón no debieras irte.

Pero ella había de comprender su difícil situación. Ella misma, si se fijaba bien, le aconsejaría que fuera, porque así lo exigían su reputación, la fama de la cantatriz, la necesidad de que él aprendiera, la promesa dada á los de *La Idea*. ¡Cómo le iba á gustar el artículo que al día siguiente escribiría! Era la verdad; no había vueltas que darle; por eso Maruja se sometió y, antes de irse, se dieron apasionadísimos besos. ¡Cuánto se adoraban!

Aquella velada, la primera desde su casa-

miento, que pasaba lejos de su amado Benjamín, le pareció muy triste, muy larga y muy obscura, con ser una preciosa noche de Noviembre, serena como todas las estivales y convidando á saborear las dulzuras de la vida. Mientras su hermanita Delia estudiaba la lección de piano, Maruja se fué á su dormitorio, con el intento de registrar los cajoncitos de su *secretaire*, un mueblecito fino y elegante con incrustaciones de nácar y adornos de plata en las cerraduras Allí guardaba, como oro en paño, los recuerdos de su vida junto con los que le dejó en herencia su madrecita que de seguro estaba entre los santos del cielo.

Antes de ir á donde su deseo le señalaba, levantóse del sillón en que estaba sentada, cerca del piano, de cuyas cuerdas arrancaba Delia dulces melodías, abrió el balcón, por el cual entró una ráfaga de aire caliente que hizo chocar entre sí los caireles de una de la arañas que había en el salón, y, una vez apoyada en la balaustrada de mármol, quedóse pensativa mirando por el lado del mar. No podía consolarse de su abandono, á pesar de haberse convencido de que era la cosa más natural. Entonces vislumbró un porvenir confuso y lejano, como lejano y confuso era el horizonte que tenía ante su vista. En el fondo de aquel abismo negro le pareció ver brillantes colores y luces resplandecientes y en me-

dio de aquel deslumbramiento á Benjamín cuya cabeza ya encanecida estaba coronada de laurel. Luego se estremeció porque le pareciera que se caía de cabeza en el abismo negro con fondo deslumbrador. Retiróse del balcón y se fué á su dormitorio en donde registró, cómodamente sentada, los cajoncitos de su *secretaire*.

Allí estaban juntos cuatro pimpollos de azahar: los dos suyos sumamente blancos, semejantes á dos botoncitos de nieve; los otros dos amarillos, secos y exprimidos como dos pasas. ¡Cuán cruel era el tiempo! ¿Acaso ella, como su buena madre, sufriría dolores y desengaños, así como se fueran marchitando aquellos dos emblemas de la noche más feliz de su vida? Porque, sí, Maruja recordaba, aunque bastante esfumado, que su mamá lloraba mucho, cuando ella aun era muy niña, y que la apretaba contra su pecho una vez sentada en su regazo. Le parecía adivinar que las dos iban muchas veces á la iglesia para recibir una especie de consuelo, de alivio. Por lo menos ella reparó que su madre salia un poco más sosegada, después de haber llorado, escondiéndose de todos, hasta de su hijita. Y á ella le gustaba mucho permanecer un rato en San Francisco, allí, en medio de aquel silencio sólo interrumpido por el chisporroteo de alguna lámpara cuyo aceite se acabara, ó

el siseo de alguna beata que rezaba maquinalmente *Padres Nuestros* y *Ave Marías*. Por esto sería que hubo una época en que iba continuamente á la iglesia, se confesaba cada mes y le gustaba ir á todas las fiestas religiosas, no teniendo ojos más que para leer su *Devocionario*, viejo ya de tanto usarlo — ¿á ver? debía de tenerlo en aquel cajoncito; sí, aquí está; — y para no perder ningún detalle de lo que se hacía en el presbiterio. Después, como su mamá se enfermó y estuvo en cama cerca de dos meses, empeorando cada día más, no pudo seguir aquel método de vida, que abandonó poco á poco, porque su madre se había muerto, — ¡oh Dios mío! ¡cuántas lágrimas derramó! — Tampoco el luto le permitía salir, y después su papá — ¿era él que hacía sufrir tanto á su pobre madre? ¿quién había de ser? — se encargó de su educación y.... la cosa tomó rumbos nuevos.

Estuvo mucho, mucho tiempo sin salir de casa. Por esto no volvió más al colegio de aquellas Hermanas que eran tan buenas, tan cariñosas y que le enseñaron á hacer tantas labores y á tocar el piano. Durante la época del luto, su papá le hizo estudiar idiomas con una institutriz y con otra siguió aprendiendo la música. ¡Qué carácter triste tenía ésta última! ¡Qué amante de las piezas melancólicas! Desde aquella época siente algo

en su interior que á veces la oprime, la oprime, y acaba por arrancarle un suspirito que la deja un poco sosegada.

Tiempo después, se acabó el luto, y su papá quiso presentarla por primera vez en la sociedad. Dióse en casa de su tía Carmen una espléndida fiesta, á la cual concurrió lo más granado de Montevideo. Tenía entonces dieciseis años y ya hubo un jovencito que se mostró muy atento con ella. Después supo que era hijo de un Ministro extranjero. Pero ella no sabía nada relativo al amor. ¡Vivió tan retirada del mundo y de la sociedad en la que entraba tan tarde! ¡No tuvo amigas con quienes hablar de *aquello* que ella presentía, del amor, de que le hablaron primero los libros devotos y después las novelas que su papá tenía en la biblioteca!

¡Las novelas! ¡Cuántas leyó! ¡Ah! Pero hubo una que las superó á todas; le gustaba muchísimo, le entusismaba, la tomaba en sus manos, la abría por cualquier lado y leía hasta terminar, allí, en su cama, en medio del silencio de la noche. Se titulaba *Oscar y Amanda.* ¡Qué bonitos nombres! También deseaba ella amar como se amaban aquellos jóvenes, y sufrir como ellos, y pasearse por un jardín cuyas plantas eran plateadas por la melancólica luna, y escaparse con algún mozo como el de la novela. Nó; eso de huir quizás no

lo hubiera hecho nunca, porque fuera punible crueldad, abandonar á su papaíto que tanto la quería. Desde la muerte de su madre, la mimaba mucho, quizás más que á Delia que era muy chiquita, aunque más traviesa y machona. Ella era de cuerpo más débil, más enfermizo. Cualquier capricho suyo era inmediatamente realizado. Quiso ir al teatro en cierta época, y su papá se abonó por toda la temporada. Allá, en el teatro, á donde acudían todas las clases sociales, comprendió todo lo que representaba su padre en su tierra. Era saludado de todos, pocos eran los que no le sonreían, los de su edad le tendían la mano, los más jóvenes lo miraban con cierto respeto. Algunas veces había oído decir: —Allá está la hija mayor del Doctor Velázquez;— de modo que no sabían su nombre, si no él de su padre. ¡Qué satisfecha le ponía ésto! ¡Con qué placer salía del teatro dando el brazo á su papá, al diputado Velázquez, al gran político, como le llamaba *La Idea!* Desde entonces se hizo asidua lectora de ese diario que por cierto la entretenía sobremanera.

De las funciones de teatro las que más le gustaban eran las de ópera, tanto porque era muy aficionada á la música, principalmente á la melodiosa, á la italiana, cuanto porque deseaba ver los trajes de distintos colores, exagerados y raros de las artistas. Parecidos á

aquéllos se los mandaba hacer; sus figurines eran las cantantes del teatro. Las óperas que más le gustaban, eran las primeras de Verdi, las de Bellini y las de Donizzetti. Es decir: todas las que tenían argumento triste y música melodramática. Las compañías de comedia no la hacían feliz; y sólo le procuraban noches agradables las que representaban dramas en que la dama joven sufre muchas contrariedades y triunfa en el último acto. Durante la representación lloraba muy fácilmente, y se ponía bastante nerviosa. Pero le gustaba. Lo que no la hacía sentir, para ella era muy malo. Por esta razón estaba convencida de que la novela de su papaíto: *El Grito de la Patria,* era de las mejores, si no la mejor. Aquello era escribir, aquello ponía los pelos de punta, carne de gallina y el corazón en un puño. ¿Por qué no escribiría más novelas? No era ella sola que lo pensaba. También lo preguntaba en *La Idea* aquel *Gladiator* que escribía tan buenas cosas de su papaíto y de su libro. ¡Cómo lo comprendía aquel crítico! ¡De qué modo gozó Maruja leyendo y releyendo el artículo que tanto alababa y ensalzaba al Dr. Velázquez, al eminente novelista uruguayo!

Que estaba muy bien hecho aquel *juicio crítico*, lo decía también su papá. El muchacho prometía bastante, sería capaz de subir

alto, muy alto, hasta ser una celebridad nacional. No cabía duda de que el que tenía suficiente ingenio para desentrañar las bellezas contenidas en *El Grito de la patria*, su preciosa novela, valía tanto como el autor, con tener éste subidos quilates. ¡Oh! Benjamín Migliore era un excelente escritor oriental. ¿Pero qué? Maruja conocía este nombre, había leído algo escrito por ese Benjamín. A ver, á ver. Sí: es verdad; una poesía muy bonita, muy patriótica, muy sonora, que se podía leer cantando: *La Patria*. Ella la guardaba entre sus recortes de diario; la había entusiasmado. ¿Y cómo era ese joven? Era oriental ¿verdad? A su papaíto le era muy simpático; sin conocerlo, habíalo recomendado á Brioz, el Director de *La Idea*. Y una tarde, estando en el balcón con su papá, había visto á un joven elegantemente vestido, de naciente bigotito, de rostro aniñado, pero lindo, sí, bastante lindo, alto y de caminar acompasado. Era Benjamín Migliore; era un mozo muy interesante. ¡Qué diferencia de su compañero, aquel Mario Gutiérrez que, con el parpadeo de sus inquietos ojos, era capaz de fastidiar á cualquiera y poner nerviosa á la más flemática? Y este zonzo se había atrevido á *dragonearla*! ¡Hay algunos mozos muy idiotas!

Pasó mucho tiempo, Maruja no perdía ar-

tículo alguno de *Gladiator*; el muchacho era muy serio, se le veía poco y casi siempre iba con los ojos clavados en el suelo. ¿Por qué no se haría presentar? ¿Por qué no se fijaba en ella ante todo? Al fin y al cabo, aquella *ceguera* resultada un poco fastidiosa. Y, á pesar de todo, le agradaba saber que Benjamín no tenía novia, que le gustaban las flores—siempre llevaba alguna en el ojal del *jaquet*;—y se disgustaba si algún gomoso la miraba con insistencia que sólo hubiera permitido al joven crítico, que tan bien hablaba de los escritos de su papá, y se entretenía gustosa en cuidar las macetas que tenía junto al surtidor de su casa. ¡Qué bien sentaría este jazmín del cabo en el ojal del *saco* de Benjamín!

—¡Qué conversación agradable tiene ese joven, papá!—había dicho expontáneamente Maruja, apenas hubo salido Benjamín del palco de *La Idea*, la noche que en Solís cantaron *Aída*.

—Es muy inteligente,—contestó el interpelado.—Es el mejor estudiante de mi clase.

Y entonces más simpático se le hacía aquel joven de quien no oía más que alabanzas. Parecíale que su padre hubo de haber insistido para que se quedara en el palco; como también creyó que Benjamín esperaría en el vestíbulo del teatro para saludar, después

de la función. Los amigos, aquel empalagoso de Rivière principalmente, lo habrían comprometido. Por eso no fue así.

Dos días después pasó Benjamín por la calle 25 de Mayo, y por enfrente del palacete del Dr. Velázquez. ¡Qué alegrón para Maruja! ¡Y con qué distinción había saludado! Decididamente aquel joven le gustaba mucho. Y, como insistiera en pasar todas las tardes, ella advirtió que su corazón se iba detrás de aquel buen mozo, sus ojos seguían los pasos de Benjamín, se alegraba cuando èste se volvía á mirar á cada esquina, y se retiraba del balcón, como si hubiese anochecido, cuando se perdía de vista hasta confundirse con los transeuntes aquel joven con quien había soñado ya muchas veces y cuya presencia hacía acelerar los latidos de su corazón.

Desde aquellos días, todo le pareció más lindo, el cielo más azul, las flores de colores más vivos, el aire más perfumado, el piano de sonidos más alegres, hasta su hermana Delia tocaba mejor, ella se animaba á repasar muchas de las piezas ya casi olvidadas, el espejo era más claro, se había puesto linda y aquel mechoncito de pelo que formaba una anilla sobre la frente, le añadía gracia y le sentaba mucho mejor. Tampoco nunca había gozado, como aquel año,

de las delicias del verano, de los paseos por la calle 18 de Julio, ni de los baños en *Los Pocitos*. ¡Oh! éstos eran encantadores. A las cuatro de la tarde, las dos hermanas se iban á pie á tomar el tranvía de la calle Colonia, que se llenaba de gente, teniéndose que parar á cada momento para que subiera alguna señora. Estas paradas la fastidiaban mucho por que *allá*, en el balneario estaría Benjamín aguardando; de seguro que estaba impaciente por verla. A ella le sucedía otro tanto. Hubiese deseado que el tranvía volara como su pensamiento. Una vez fuera de la ciudad, venían las quintas de alegres fachadas y con jardincitos llenos de verdor y embalsamados por los aromas que despedían las flores; después aparecían las chacras con sus huertos repletos de hortalizas de toda clase, que arrancaban los dueños para llevarlas aquella misma noche al mercado central; más tarde se veía ya el mar con su horizonte dilatado en donde se besaban cielo y agua, y sus arenales bañados por las olas coronadas de espuma, produciendo aquel continuo vaivén rumoroso cantar de ninfas, que tierra adentro llevaban las brisas del crepúsculo vespertino. La vela blanca que á lo lejos cruzaba ligera lamiendo la superficie líquida, hacía recordar á Maruja algunas de las novelas románticas de elegante encuadernación, que su padre

guardaba en la biblioteca, cuando dos enamorados, sin rumbo se lanzaban á la buena de Dios, escapando de los rigores de crueles padres ó de sociedad maldiciente......

¡Raaac! El ruido producido por el freno que se arrollaba la cadena de hierro, la sacaba de su profundo éxtasis, indicándole que muy pronto vería á ¡Benjamín. ¡Ah! sí; allá estaba recostado á la barandilla que daba al mar, vestido con su elegante traje claro, y su rostro rebosante de contento. Se saludaban, y las dos hermanitas atravesaban todo el frente del *restaurant* y corrían por el puentecito á tomar su casilla.

¡Paf! al agua. Aquella frescura era impagable, aquella sensación de bienestar era inusitada. Nunca, nunca le había parecido tan excelente el agua de *Los Pocitos*. Y, dejando á su hermana con sus amigas, empezaba á irse lejos, lejos, y, cuando estaba fuera del barullo ensordecedor de las bañistas, se acostaba sobre el mar, las más de las veces tranquilo, doblaba los brazos hasta entrelazar las manos debajo de la cabeza, y fijaba la mirada en la plazoleta de madera que había enfrente del balneario, alejada, como una isla en medio del mar, y en donde estaba Benjamín, mirándola apoyado en su bastón y con la mano derecha prolongando el ala del sombrero para resguardar los ojos de los rayos

del sol poniente. ¡Qué bien se estaba allá! Pero el tiempo pasaba. Volvía á buscar á su hermana, y entonces, movida de un impulso extraño al par que delicioso, sacudía el agua, asustaba á alguna amiga, gritaba como una loca, reía á carcajadas y corría presurosa á vestirse de nuevo, lo cual hacía con toda prontitud para volver al tranvía en donde le esperaba Benjamín.

Este tuvo que irse por un mes á Buenos Aires, con algunos amigos, y entonces vió con toda claridad cuánto amaba á aquel joven, de quien no conocía más que el gran talento, los distinguidos modales y la figura esbelta. ¡Oh! pero bueno, bueno, como ella, tenía que serlo sin disputa. Ella lo presentía, su corazón se lo manifestaba y su corazoncito no la engañaba nunca. Lo demás no lo quería saber. Durante aquellos treinta días, que le parecieron interminables, sintió una nostalgia semejante al vacío que sufriera después de la muerte de su madrecita, pareciéndole que se iba á morir, olvidada y abandonada de todos. Algunas noches, las más tristes, le daba tal frío de tercianas, que se veía obligada á pedir á su hermanita que se quedara con ella. Entonces la abrazaba y la besaba, llorando á veces inconsolable.

Pero Benjamín regresó, y regresó más lindo de lo que era antes. Se había dejado la bar-

ba, que llevaba cortada en punta, haciéndole más hombre. Naturalmente; todo joven elegante se deja crecer la barba, se la hace arreglar á la moda y se la cuida mucho; tal como hacía Benjamín.

Algún tiempo después, convinieron en que pediría á su papaíto que le permitiera visitar la casa como novio. El Doctor Velázquez, preparado por su hija, accedió á la petición de Benjamín, y hasta se alegró porque casándose Maruja con este joven que no había de ser muy rico, le exigiría que se quedase en su casa y así no se separaría de su *vieja* Maruja. Los casaría luego que Migliore se hubiese *colado*, ya que tanto lo deseaba aquélla. Lo tendría de ayudante en su estudio. Un abogado de tanto talento le haría excelente servicio.

Maruja pensó volverse loca. Las noches siguientes á la primera visita, no pudo dormir, y cuando al fin, rendido el cuerpo, se dormía á la madrugada, soñaba mil monstruosidades en las que unas veces era víctima Benjamín, y otras triunfador. Antes de entregarse al sueño, sentía ansias infinitas en su corazón y parecíale que por su frente, mejillas y boca, corría un hálito de primavera semejante al roce suave de unos labios acariciadores. Entonces empezó la época radiante de unos amores rosados. Se hablaban quedito,

en el tono de las confidencias, se enlazaban los dedos hasta hacerse daño, se apretaban las manos como si estuvieran frenéticos, se miraban fijamente con una de aquellas miradas largas, largas, y penetrantes, penetrantes, en que las almas se acercan, se unen, se compenetran y forman un solo sér. Más tarde, si bien deseaban con ansia el día de la mutua felicidad, sin embargo estaban tranquilos y se sentían felices contentándose con los rápidos besos y los abrazos insignificantes que podían darse de tarde en tarde. ¡Qué placer causaban á la enamorada Maruja!

En las conversaciones íntimas ésta no gozaba menos. Muchas eran las veces que hablaban de su porvenir, cuando él, unido ya á ella por los lazos eternos del matrimonio, se pasaría las noches de invierno escribiendo en su despacho, mirándola algunas veces á ella á quien iría dando las cuartillas, como el novelista francés Daudet, lo hacía con su esposa, mientras que afuera el feroz pampero barrería las calles, la incesante lluvia azotaría los cristales y helaría á los transeuntes la nevada y fría temperatura. ¡Y qué bien se estaría en aquella *confortable* habitación! Porque eso sí; el cuarto de trabajo de su esposo había de estar convertido en un chiche, en una verdadera monada. Para esto, ya tenía ella mirado unos grabados de la *Ilustración Ibérica*, que

representaban los estudios de algunos novelistas franceses. Principalmente el de Zola y el de Maupassant la tenían entusiasmada; el primero por su riqueza y lujo, el segundo por el arte y la pulcritud casi femenina que en él descubriera. Como éste arregló el de Benjamín: una marquesita, varias plantas, una mesa finísima, acuarelas de colores claros y diáfanos, una librería muy elegante, candelabros preciosos, en fin, una hermosura.

¿Por qué Benjamín se habría ido, cuando tan bien se estaba allá? Pero, ¡calle! Alguien entraba por la puerta del zaguán. ¿Sería su esposo? Sí; él había de ser porque era muy tarde y todos los de casa debían de estar ya acostados. Maruja levantóse de su asiento, puso la cajita que en sus manos había conservado, como si fuera un objeto encantado que le sugiriese todos los recuerdos de su vida, cerró el *secretaire* y abalanzóse á la puerta que daba al patio, cuando Benjamín iba á poner la mano en el pestillo. Los brazos se estrecharon mutuamente, permaneciendo así un buen rato, bañados sus cuerpos por la blanca y melancólica luz de la luna que aparecía allá, en el azulado firmamento por entre los cristales de la claraboya.

Estrechamente abrazados quedaron un momento, mientras los corazones precipitaban los latidos y los dedos se clavaban en la ropa co-

mo fuertes garras de bestia celosa. De pronto se apartaron un poco, se cogieron de las mejillas, se miraron intensamente, como si hiciera largo tiempo que no se hubieran visto.

—¿Me quieres?—preguntó bajito la esposa.

—Sí, china mía;—contestó Benjamín, con los ojos radiantes y los labios temblorosos.—¡Qué linda eres!—añadió después contemplando aquel rostro pálido y amarillo por la claridad de la luna, pero con la blancura del alabastro y la brillantez del marfil.

Y un beso tan fuerte y apasionado, como el de la noche de bodas, sonó en medio del silencio absoluto que en el patio reinaba; beso que penetró hasta el alma de Maruja, recorrió todas sus venas é hizo dar un salto á su corazón que rebosaba amor hacia aquel hombre que amaba más por sensualismo que por afección moral.

Maruja se sintió arrastrada hacia el interior de su gabinete, mientras que por delante del astro de la noche pasaba obscura nube y lo dejaba todo en tinieblas.

—¿Me amarás siempre?— preguntó con voz apasionada y temblorosa.

—Sí, chinita, sí;— contestó sin entusiasmo Benjamín, mientras cerraba la puerta del dormitorio y miraba á Maruja con ojos refulgentes que en la semiobscuridad brillaron ferozmente hasta causar ligero estremecimiento en

aquel cuerpo tan sensible de nerviosa.

Un beso sensual volvió la calma á la esposa enamorada, la cual no sabía distinguir entre las caricias del alma y los suaves golpes de la voluptuosidad.

IV

Un crítico independiente.

Causaba gratísima sensación de placer contemplar el hermoso aspecto presentado por la elegante sala del teatro Solís. La flor y nata de la sociedad montevideana había acudido presurosa al estreno del primer drama de Guido Rivière, el cronista de *La Patria*. Desde dos meses antes, los diarios de la capital se habían copiado mutuamente todas las noticias que acerca del drama pudieron recoger los amigos del autor, habían echado las campanas al aire haciendo resaltar la conveniencia de fundar el teatro nacional, y habían cantado las glorias del novel dramaturgo, cuya nacionalidad había salido á discutir á última hora uno de tantos envidiosos que están en la prensa para ser la rémora del progreso intelectual y enfriar casi siempre los entusiasmos patrioteros. Rivière, empero, no quiso permanecer mudo ante semejante insulto que alta-

mente lo deshonraba. En *La Patria* manifestó con jeremiadas insulsas y romanticismos empalagosos que á él, Guido Rivière, le cabía el altísimo honor de pertenecer á la familia numerosa de los inmortales Treinta y tres, que tenía la envidiable dicha de poder llamar suya á la inmaculada bandera blanca y celeste, y que el radiante sol que en ésta brillaba, era el sol que había dorado los bucles de su cabeza. En fin, escribió una carta de la cual se deducía que él había nacido en la República O. del Uruguay y que era tan ciudadano como el que más. El acusador que al parecer era de aquéllos que saben donde les aprieta el zapato, rectificó si no con términos tan poéticos, por lo menos con más verdad. Dijo que el señor Rivière era francés y bien francés porque en Francia había nacido, si bien viniera de allí cuando tenía muy pocos años, y la mejor prueba estaba en que en tal año—lo citaba—había tomado carta de ciudadanía. El argumento era concluyente y, sin embargo, sus compañeros en la prensa casi lo ametrallaron á sueltos por haber recordado un hecho que les quitaba una gloria futura nacional. Ellos lo querían tal como era, y Rivière era suyo.

La prueba era bien patente; Solís estaba completamente lleno, aunque bien sabía el empresario que no todos los espectadores habían pagado sus localidades, ni el autor tampoco.

Pero, en fin, esas eran menudencias que nada importaban, desde que al empresario le servía aquel *lleno* para hacer ver su compañía á las familias que aun no habían ido á su teatro. De modo que aquella *entrada* sólo revelaba que el autor tenía muchas relaciones entre la sociedad encopetada. ¡Y cómo aplaudían á rabiar! ¡Y con qué insistencia llamaban al autor!

—¡El autor, el autor!—gritaban desde la platea, los palcos y las tertulias, agregándose á las llamadas de abajo las voces de arriba, del paraíso, del público grueso que se satisface vociferando.

Y entonces salió el autor, el elegante Rivière, dando las manos á la primera dama y al primer actor, los cuales mostraban una sonrisita entre compasiva é irónica. Los aplausos eran ruidosos, los pañuelos blancos de las señoras movíanse como palomas atadas á los palcos, algunas *cazueleras* arrojaban flores que caían cerca de las candilejas y el telón subía y bajaba sin parar. Decididamente Guido Rivière era un gran dramaturgo. Otros, sin embargo, á pesar del entusiasmo del público, no las tenían todas consigo; podía ser, al día siguiente se vería en la prensa. ¡En la prensa! Esta debía alabar á su compañero. ¡Quién sabe si el tal *Gladiatorcito* le *caería*! En fin, veremos el último acto.

Y, mientras esto decían ciertos caballeros, se dirigían al vestíbulo del teatro á fumar un cigarro. Allí estaba el conclave: por un lado un grupo de amigos del autor que lo colocaban más alto que á Sardou y á Dumas; en un rincón se veía á dos individuos que no levantaban la voz, pero que por su cara deducíase que ponían como chupa de dómine al pobre Rivière; recostados á una de las columnas había unos pocos que por no criticar la obra, arrastraban por los suelos á los actores; y sobre el último escalón de la escalinata se encontraba el gran crítico Benjamín Migliore, rodeado de varios periodistas que hablaban mirando á los que estaban un poco distantes de los del corrillo, temiendo que éstos se acercasen y pudieran oir lo que decían.

Migliore se había acercado al grupo y había preguntado:

—¿Qué tal? ¿Qué dice la crítica?—y se había quedado más alto que todos ellos escuchándoles, y mirando la concurrencia.

—Rivière es un Icaro;—exclamó uno, el más atrevido.

—Es verdad, sí, es un Icaro, se ha elevado muy alto;—dijo Benjamín con voz grave, arrugando el entrecejo y no sabiendo distinguir el sentido que su interlocutor había dado á su frase, que, al fin y al cabo, le gustó mucho.

—Mayor es la caída;—insistió serio el de la

frase, que en seguida descubrió la hipócrita reticencia de Benjamín, quien ignoraba qué gente era aquella, si amigos ó enemigos del autor, y, por tanto, si lo alababan ó lo censuraban.

—Es verdad,—añadió sonriendo el gran crítico, una vez deslindado el campo y eliminada la incógnita.

Eso es lo que él quería: *rebentar* la obra, aquella porquería, pegarle al autor, á aquel gringo de mala muerte que no hacía más que *macanas*; había que cantarle la verdad, ¡qué pucha! el teatro no era para ignorantes y revisteros de salón; era necesario desterrar á los eunucos de la literatura. Y Benjamín tenía razón sobrada. En otro país que no fuera Montevideo sería silbado el drama de Rivière, quien por otra parte, escribía bastante bien, observaba el atrevido periodista, más sensato é imparcial que Benjamín Migliore.

Y habiendo dicho bastante, éste se iba á otro grupo en donde se deshacía en elogios de la obra y en recomendaciones para el autor, para dirigirse á otros varios en los cuales se acomodaba á los gustos é impresiones de cada cual.

Antes de que dieran las tres campanadas consabidas, pasó por la puerta del escenario en donde vió al autor rodeado de amigos, ya que no se permitía la entrada entre bastidores; corrió hacia él, lo abrazó efusivamente y lo feli-

citó con entusiasmo. Luego se fué al palco, en donde estaba Brioz, el director, que contra su costumbre había ido á ver *aquello.* Su opinión era sencilla: el drama no valía, pero era cuestión de patriotismo; había que fundar el teatro nacional.

Así es que contra todo lo que esperaban algunos buenos muchachos de la prensa y en contradicción con lo que algunos de ellos se atrevieron á escribir en sus periódicos, *Gladiator* publicó un artículo que por su forma era una riquísima joya de la lengua castellana y por el fondo un incensario bastante cargado, arrojado á la cara de Guido Rivière, uno de los dramaturgos nacionales que había demostrado tener más talento que Dumas y más conocimiento de la escena que Sardou. La crítica empezaba encareciendo la necesidad de fundar el teatro nacional; seguía presentando el *físico* del autor, hablando de sus bucles de oro, su bigote retorcido, su frente espaciosa, sus ojos inteligentes, su cabeza egipcia; contaba detalladamente el argumento de *La Batalla*, drama histórico en cinco actos; hablaba de los caracteres, de las pasiones, de las escenas, pareciéndole que éstas estaban mejor combinadas que las de *Patria!* del dramaturgo francés, que aquéllas habían sido tan bién pintadas, como pudiera hacerlo Ibsen, que los de más allá podían figurar entre los creados por Sha-

kespeare. ¡Bien por *Fénix*! Había que repetir la representación. *¡For ever!*

El infeliz que comparó á Rivière con Icaro, juraba una y mil veces á todo el que quería oírlo, que Benjamín en el mismo teatro había asegurado que la obra era mala de remate; pero los que leyeron el precioso artículo de *Gladiator*, lleno de frases encomiásticas, de argumentos concluyentes y párrafos que sonaban como melodiosa música, se reían de aquel loco y creían á pie juntillas que *La Batalla* era la primera piedra del monumento que las generaciones futuras levantatarían al escritor nacional. Decididamente Rivière era un buen dramaturgo y Migliore un excelente crítico.

Los ejemplares de *La Idea* eran buscados á porfía por los que no estaban subscritos al diario de Brioz; en los clubs y cafés se arrancaban de las manos la crítica de *Gladiator* que según algunos valía tanto como la obra ensalzada, con ser ésta muy buena; en las Redacciones, que era donde se discutía más el artículo hasta el punto de no conceder á Benjamín ni un ápice de sentido común, cuya opinión era sofocada á gritos y carcajadas de desprecio, se recortaban todas *Las Ideas* que sobre las mesas ó en los ganchos se encontraban, para guardar el correctísimo trabajo del gran crítico independiente.

En el salón grande de la Redacción de *La Idea,* en donde se recibía á los amigos de la casa, salón llamado por tradicional costumbre *la cabrionera* y los visitantes *cabriones*, hubo aquel día asamblea magna. Allí estaban todos los redactores del diario capitaneados por el *patrón*, como denominaban amigablemente al Director, Brioz, que estaba sentado con aire de suma confianza al lado mismo del diputado Velázquez, de cuya boca no se le caía el cigarro puro, los cuales hablaban en voz baja y sonriendo de ciertos asuntos que pasaban en la Casa de gobierno; allí habían ido á parar los amigos de Benjamín que no sabían pronunciar otras palabras que no fueran las que el Diccionario tiene dedicadas á la servil adulación motivada no tanto por el valor intrínseco del gran crítico, sino por ser el yerno predilecto del Doctor Velázquez; aunque miembro de *La Patria*, diario gubernista y, por tanto, adversario de *La Idea*, enemigo de todos los Presidentes, menos en cierta ocasión en que Velázquez fué ministro, Guido Rivière se coló también allí para dar las gracias personalmente, no obstante cartita aparte, á su queridísimo colega Benjamín Migliore que, como era de esperarse, obscureció por completo la aureola de que el mismo había rodeado la cabeza de Rivière, el cual, advertido á tiempo, tomó pronto la es-

calera de la calle, pues no era hombre á quien le gustase ser plato de segunda mesa. ¡Pues no faltaba más! También tenía él una buena corte celestial que sabía cantarle admirablemente el *¡Hossanna Hossanna*, *Fili Israelis!*

A las cinco de la tarde apareció por *La Idea* el Dios del *dandysmo* uruguayo, Mario Gutiérrez, quien iba á buscar al gigante *Gladiator*, el joven más popular de Montevideo aunque sólo fuera aquel día. Gutiérrez se había puesto de mil y pico de alfileres. Parecía una figura de terracota de las que venden en la calle Cámaras, esquina Sarandí. Nada había olvidado. Desde la reluciente *galera* y la abultadísima corbata, hasta las polainas, color crema subido, y los botines de brillante charol, todas las demas prendas en conveniente relación cubrían su perfumada y tiesa personita. Es que estaba muy contento, como lo indicaban palpablemente sus inquietos ojos que no hacían más que abrirse y cerrarse. Gutiérrez pertenecía al número de los admiradores que toman como propios los triunfos de sus amigos, ya que no tienen otros suyos de que vanagloriarse. Así que, como era el *cabrión* primero de *La Idea* á la cual había representado varias veces en banquetes y saraos, cuando en ese diario se publicaba algo bueno, decía á sus amigos:— ¡Qué bien está *nuestro* diario! ¡Qué artículo

notable el que *hemos* publicado hoy!—La noche que no se le veía en el palco de *La Idea*, era cuestión de preguntar por la salud delicada de Mario Gutiérrez, porque sólo por alguna enfermedad dejaba de ir á ocupar la silla más cómoda de *nuestro* palco de *La Idea*, como decía él.

—Vamos, Benjamín, vamos;—gritaba Gutiérrez, tirando al crítico de la mano.

—Tú, vete al diablo;—exclamó uno de los cronistas.

Entonces miraba serio á Benjamín, y, como si estuviesen de acuerdo, le decía:

—Che, *vos* ya *sabés* que es preciso ir. Hemos dado nuestra palabra de honor.

Y Benjamín, con la sonrisa en la boca y mirando aquellos ojos que más parpadeaban cuanto más mentían, fuése con el. . . . mariquita de Gutiérrez, como dijo uno de los *reporters*, envidioso de su barba larga y sus retorcidos bigotes, que se obstinaban en no salirle á la cara, á pesar de untársela con el maravilloso aceite del *Restaurador del Cabello*.

Una vez en la calle, Benjamín dijo con sonrisa de protección á Gutiérrez:

—Pero, che, ¿á donde vamos, que te has puesto tan *paquetón?*

—A dar una vuelta por la calle 18.

—Me van á tomar por tu sirviente;—insistió

Benjamín en tono irónico, mientras se miraba el plebeyo *saco* y los botines de cuero lustrados.

—No *embromés*, querido;—respondió el gomoso, satisfechosísimo de haber llamado la atención de su amigo, el gran Migliore.

Y entonces tomándole del brazo, le hizo notar que en aquella hora el *Montevideo chic* salía á dar su vueltecita por las principales calles de la ciudad. Era precioso, pues, que el hombre del día hiciese su salida triunfal; y era con ese objeto que él lo había ido á buscar.

Y Mario tenía razón. Durante aquel día de Noviembre cayó sobre la ciudad pesada capa de calor sofocante, y la gente se echó á la calle así que el sol se desplomó por detrás de la fortaleza del Cerro, á fin de tomar un poco el fresco, y, sobre todo, para exhibir los nuevos trajes de verano que se acercaba á pasos redoblados. En la Plaza Independencia encontraron todos los bancos de hierro que acababan de ser pintados de verde, ocupados por multitud de amigos que á su paso se deshacían en llamativos saludos. Por la *vereda* de la calle 18 de Julio iban y venían en continuo tropel muchas de las señoritas de la buena sociedad con sus trajes claros, sus mejillas rosadas, sus sombreros de fina paja, y cogidas del brazo. No había una que no

recibiese un saludo de los mejorcitos ya de Migliore ya de Gutiérrez. De tarde en tarde venían varios caballeros respetables y señoras de cierta edad que sonreían á los dos jóvenes y les saludaban con la mano. Alguno de aquéllos se permitía parar un momento á Benjamín para felicitarlo por su notabilísimo artículo, recomendándole que continuara por ese camino.

—¿No te lo decía yo?—le advertía Mario después de cada felicitación.—Es necesario no perder las ocasiones que á uno se le presentan para.....vamos, para sentir las sensaciones gratas que producen los elogios de la multitud.

—Y tú no pierdes ninguna ¿verdad?

—Se hace lo que se puede, hijo.—Y mientras hacía esta reflexión, Gutiérrez se llevaba el sombrero de copa hasta la cintura por saludar á unas elegantes que pasaban en un carruaje descubierto.

Con esto habían llegado ya á la calle Queguay, de donde no pasaban los concurrentes al paseo. Dieron la vuelta, y, como la gente había disminuído, pudieron entretenerse en echar una mirada por toda la calle. Entonces empezó á quejarse Gutiérrez de que la Municipalidad no se preocupase de arreglar un buen paseo, paseo que sólo estuviese destinado á la *high-life*, la cual ahora se veía

obligada á sufrir á su lado la gente del pueblo que volvía del trabajo y se dirigía por donde iban las personas *decentes,* á sus casas del Cordón y de la Blanqueada. Más tarde se incomodó contra la Policía que toleraba el insufrible atrevimiento de los dueños de cafés y confiterías, los cuales convertían la acera en salas de sus establecimientos. Y, por fin, la emprendió contra los carros de la Salubridad Pública que salían tan tarde á regar las calles convirtiéndolas en barrizales cuando no mojaban á los transeuntes que, como él, vestían regularmente. No había que darle vueltas; en Montevideo estaban muy atrasados. Según él, hacían bien en Europa con creerlos vestidos de plumas y tapa-rabos. ¡Si él gobernase!....

—*Mirá* qué trinidad;—exclamó Gutiérrez dando un corte á su discurso que amenazaba ser más largo que una Encíclica.—Ahí está tu papá, tu suegro, y tu Director.

Efectivamente; á la entrada de la calle Sarandí formaban un grupo el *signor* Migliore, el Doctor Velázquez y Brioz, de *La Idea*. Como era de suponerse, estaban hablando del trabajo excelente de *aquel muchacho* que tanto prometía. Benjamín, que no gustaba de unirse con su *viejo*, cuando había gente ilustrada, porque el maldito aun estaba con la jerga de los gringos, se preparaba á pasar de lar-

go; pero su padre lo llamó todo satisfecho, gritándole:

—*Ohe, fanciullo ¿come vai?*

No hubo más remedio que dar media vuelta y unirse al grupo. Su padre continuó, mirando al Doctor Velázquez:

—¡Ah, *Dottore! Osté* me lo va á *pérdere á questo bambino*.

Velázquez, haciéndose el protector, dijo á Benjamín:

—¿Te vas á casa? Bueno; voy allá.

Se despidieron, y los dos jóvenes siguieron su paseo por la calle Sarandí, Plaza Matriz, Ituzaingó y 25 de Mayo, en cuya esquina se toparon con varios jóvenes que estaban allí parados, haciendo revolotear los bastones y saludando á diestro y siniestro.

De todas las personas que se entusiasmaban con los artículos de Benjamín, una sola, quizás la más interesada en el renombre de éste, no hizo todo el caso de que era digno el último trabajo del gran crítico, como se había demostrado aquella tarde. ¡Cosa extraña! Maruja, la esposa de Benjamín, la que se había enamorado de éste, acaso por presentársele como una lumbrera, leyó el tan esperado artículo en las columnas de *La Idea*, le gustó extraordinariamente, llamó á su hermana Delia, se lo hizo escuchar, preparóse para cortarlo, lo cortó, y en toda la tar-

de no volvió á abrir la boca para insistir sobre el hermoso y bien escrito artículo de su marido, como hacía siempre que éste publicaba algo. Hasta Delia lo había notado, y varias veces se fué al cuarto de su hermana para ver si seguía bien, temerosa de que aquel silencio tuviese por causa algún malestar. Efectivamente; Maruja continuaba bastante delicada, se sentía presa de una laxitud abrumadora y de tarde en tarde tenía vómitos. Era preciso llamar al médico. Por eso es que la *chiquilina* Delia estaba medio asustada, viendo que Maruja permanecía encerrada en su dormitorio.

Allí se fué Maruja, una vez cortado el escrito de Benjamín para guardarlo con los otros en un cajón de su *secretaire* Como acostumbraba siempre, al añadir uno nuevo, miró los anteriores y al principio le pareció que faltaba alguno correspondiente á cierta fecha que ella tenía grabada en la cabeza. Ella pensaba que á un artículo se refería aquella fecha, ya que tanto la recordaba, pero de pronto dejó los recortes, se quedó sentada sobre la cama, comenzó á pensar, á inquietarse primero, á sonreir después, para insistir de nuevo mentalmente en las cuentas que sacaba, fijos los ojos en un calendario de pared que había sobre el *secretaire*. Aquella fecha no se refería á los artículos, sinó á una cosa

muy íntima y personal, peculiar y propia de ella misma. Con este recuerdo quedó explicado perfectamente el estado de su salud que tanto le atemorizaba. Ahora sí que era preciso acudir de veras al médico de la familia.

Este suceso la tuvo pensativa toda la tarde, hasta el punto de no volver á acordarse de los artículos. Su imaginación ardiente le hacía recorrer con rapidez meses y más meses, y oía una voz chillona que la encantaba y la enternecía, arrancándole una sonrisa que iba abriendo los labios hasta dejar salir una carcajada, acompañada de un estremecimiento de íntimo y verdadero placer. Y dirigía los ojos al patio deseando ver á su esposo, echarse á su cuello, besarle y hablarle quedo al oído. Otras veces atendía bien, se escuchaba interiormente, reparaba si en alguna parte de su cuerpo se percibía cierto movimiento, y se tocaba las manos y las mejillas y la cintura para comprobar que no se había puesto más gruesa. Cuando tuvo que pasar por delante de un espejo grande miróse de reojo, avergonzada de que alguien pudiera notar su estado.... si es que realmente estaba.... ¡Ah! ¡no! Nadie, nadie, antes que su amado Benjamín. Ni siquiera quería pronunciar mentalmente la palabra. Y volvía la vista al patio creyendo que quien venía era su marido, cuando era su hermanita. Entonces

deseaba abrazarla y besarla y explicárselo todo; pero ni podía, ni quería. ¡Ahora, sí, que echaba muy de menos á su buena mamaíta! ¡Cuántos tiernos diálogos, qué de provechosas indicaciones, cuán menos penoso sería todo! ¡Oh, esto era desconsolador! Ella también se quería morir antes que pasar un trance tan duro. ¡Nó! Morir no; era preciso vivir para.... ¡Ah! ahí está Benjamín.

—¡Benjamín! - fué su primer grito, al ver á éste en el patio.

—Si vieras, hija,—la dijo el interpelado así que la tuvo cerca.—Ha sido un triunfo completo.... ¿Pero qué tienes? ¿por qué lloras?

Maruja había esperado á Benjamín junto á la cama, y, cuando lo tuvo cerca, se abalanzó á su cuello y, puesto el rostro en su pecho, empezó á llorar contenta y feliz. En aquel momento sintió un desfallecimiento en todo su cuerpo, un gran nudo en la garganta y fuego en la cabeza. Aquellas lágrimas eran necesarias, eran indispensables para que Maruja pudiera hablar.

—Pero, dí, hijita, ¿qué tienes? No seas zonza, exclama Benjamín cansado y fastidiado de aquella escena que no comprendía y que podía ser un contratiempo al contento de que aquel día estaba impregnado.

La joven enjugóse los ojos, se limpió las

mejillas, quedando éstas un poco rosadas, lo cual la puso más bonita, empezó á reirse en grande y, abrazando de nuevo á su esposo, acercó sus labios al oído de éste, dejando escapar dos palabras.

—¡Ah! ¿sí?—exclamó sonriendo Benjamín y añadió en seguida: -La noticia viene bien hoy que he tenido un triunfo extraordinario. Figurate. ...

Y el crítico empezó á narrar todos los pormenores de la victoria alcanzada, tan grande que hasta había *achicado* al mismísimo *Guy* Rivière. ¡Pucha! ¿Qué se figuraba el francesito?

—¿Estás contento?—le preguntaba Maruja que estaba extasiada con sus pensamientos y que no hacía caso de lo que su marido decía.—¡Benjamín!—gritó la voz del Doctor Velázquez, el cùal apareció después.—Aquí tienes á un señor que quiere hablar contigo.

Benjamín se fué á la sala, mientras que Maruja se abalanzaba al cuello de su padre y le notificaba la gratísima nueva.

Según la joven, su papaíto le había hecho más caso que su esposo, el cual—lo pensaba con gran sentimiento,—no había recibido aquella noticia con la satisfacción que ella sintió al caer en la cosa. Aquello era para morirse. ¿Cómo no volverse loco al saber que sus amores habían realizado el sueño que tantas ve-

ces á ambos acariciara?. ¿Acaso valía más un escrito de diario, que un hijo? ¡Ah! Benjamín no la había oído bien. Y sin saber por qué aquellos recortes impresos que sin arreglar echó en un cajón, le causaron desprecio por vez primera.

Cuando, momentos después, todos estuvieron reunidos al rededor de la mesa, Benjamín contó que acababa de despedir al señor Director del *Colegio de Montevideo*, en donde él se había educado en la primera edad, el cual había ido á felicitarle ante todo por sus aplaudidos trabajos, y luego porque deseaba que un escritor tan correcto entrase á formar parte del cuadro de catedráticos que su colegio tenía. Para él sería altísima honra poder decir que uno de los catedráticos había sido educado en aquellas mismas aulas, y para el colegio era distinguidísimo honor contar entre sus profesores al mejor literato de la República. El sueldo que se le ofrecía era de cien pesos, y la cátedra sería la de *Gramática Castellana y Filosofía del Lenguaje*.

El había aceptado desde luego, pues consideraba que aquel puesto era muy digno de personas de mucha consideración, de modo que se creía muy favorecido; y aunque no había hecho un estudio especial de aquellas materias, sin embargo él creía que con un repasito en varios textos saldría muy lucido en su

desempeño. El ya tenía adelantado lo más indispensable, que, según él, era escribir notabilísimamente, en lo cual no se equivocaba; pero sí en lo primero, pues, como dijo bien el Doctor Velázquez, se puede ser muy buen escritor, y, no obstante, ser muy mal maestro. Esto no implicaba para nada. Sería catedrático. Era una aureola más. Esta vez no tuvo quien se alegrase tanto como él, según sucedía antes; porque á Maruja esto la tuvo sin cuidado, la cual no deseaba otra cosa sino que amaneciese el día siguiente para ir á consultar al médico.

Todos los diarios dieron la noticia de tal nombramiento, alabando la excelente idea del Director y felicitando al agraciado Entre el incienso que la prensa enviaba á Benjamín, pasó una ráfaga que disgustó al crítico independiente. Era una réplica en que se le rebatía su tan encomiado artículo y se le contaba cierta anécdota pasada entre varios periodistas en el vestíbulo de Solís Benjamín no hizo caso, recibió el golpe y se calló. Peor era meneallo. En *La Idea* se publicó un suelto en el cual se ponía al atrevido de despechado, envidioso y malcriado, como digan dueñas, aconsejando al distinguidísimo crítico, Doctor Migliore, que despreciase desde lo alto de su fama bien cimentada al infeliz pigmeo que se figuraba que los perros de

Terranova se dignaban mirar á los gozquecillos, si no era para hacer una cosa muy sucia. *Intelligenti pauca.*

Y tanto como lo entendió el tonto que había pensado poner una pica en Flandes, cuando el pobre se había pisado el palito vergonzosamente

Días después, los carteles anunciaban la segunda representación de *La Batalla* de Guido Rivière, drama histórico en cinco actos. Los diarios aplaudieron la idea; llegó la noche y el teatro estuvo casi vacío. Ni siquiera los que habían encomiado la obra estaban en sus localidades. El *todo Montevideo* fué al Nuevo Politeama en donde daba su última función una Compañía ecuestre-gimnasta-acrobática y de pantomimas A los inteligentes les basta ver una sola vez las producciones para poderlas juzgar. Luego, que una vez dada su opinión, ya no se podía rectificar. ¡Pobre Rivière! Se había olvidado de hacer otra repartición de entradas.

Desde entonces, Benjamín no perdió noche alguna en que pudiera ir al teatro y escribir su articulito, criticando acerbamente las obras extranjeras, aunque fuesen hijas de talentos universalmente aceptados, y de plumas consagradas por la crítica europea. ¡Se era crítico independiente ó no se era! ¿Por qué se habían de figurar en el Viejo Mundo que en

América no había g ntes ilustradísimas? ¡Pues no faltaba más! ¡Pucha con los pretenciosos!

Esta frecuencia con que se veía en las columnas de *La Idea* el nombre de *Gladiator,* quien escribía cada día mejor, según la opinión general, recordaba á los que se atrevían á publicar alguna obra, su obligación de mandar un ejemplar al primer crítico uruguayo, para que tuviese la amabilidad de dar un *palo* al nuevo libro. Y aquí de la dedicatoria: unos escribían *Al distinguidísimo escritor....;* otros *Al ingenio oriental....;* quien le llamaba el *primer crítico del mundo;* quien lo halagaba con el calificativo de *el Fígaro americano.* Por supuesto que tanto sahumerio aturdía y mareaba á Benjamín, quien no se atrevía á poner en solfa los dislates y *macanazos* que en los libros encontraba. Pero ¡qué diablos! Para algo se había de fomentar y aplaudir al naciente arte nacional. *Por tanto*—agregaba el Doctor Velázquez—*Gladiator* sigue siendo un buen crítico independiente.

V

Una obra nacional.

De los meses de aquel verano, Benjamín pasó los más en un viaje por toda la República Argentina y los Departamentos de su propio país, que fueron los últimos recorridos, cuando precisamente habían de ser los primeros, porque, según el *signor* Migliore, quien si no era hombre ilustrado, por lo menos tenía el sentido práctico común á los obreros inteligentes, lo más propio era conocer bien los rincones de su casa antes que ir á visitar los de las ajenas, á fin de poder comparar y aprender para bien de su *paesse*, el día en que le tocase á uno ocupar un puesto en el cual se pueda aprovechar lo que se ha visto. En estas correrías, lo que más preocupaba á Benjamín, era ponerse en comunicación con todos los periodistas que á su paso encontraba, pues cada conocimiento de este jaez le valía un estupendo *bombo,* que él re-

cortaba en seguida para mandárselo á Maruja cuando le escribiera, lo que no hacía con la frecuencia deseable. En estas cartas Benjamín sólo hablaba de su persona y de lo mucho que á su fama convenía tal viaje, según podía verse por aquellos *sueltos*, á los cuales daba la misión de servir de calmantes contra la intranquilidad de Maruja á quien de seguro pesaba la soledad en que la había dejado. Sin embargo, nada le escribía con relación á ese escabroso asunto, silencio que no pasaba inadvertido para Maruja, que de cierto tiempo á esa parte se había vuelto bastante taciturna y pensativa. No le pasaba por alto que, mientras ella sentía placer vivísimo por el sér que en sus entrañas buscaba vida, él no había tenido una palabra para investigar algo acerca de aquella reproducción suya; que, mientras ella se encerraba en su casa, temerosa de que alguna desgracia pudiera malbaratar la dicha que Dios quería proporcionarle, él se había echado por esos mundos buscando lejos de ella goces y placeres en nada comparables con las sensaciones que produce el título de madre. ¿Qué le pasaba á su Benjamín? ¿Por qué no se fijaba en las alegrías de su esposa?

Y, á pesar de estas quejas, que oía Maruja en su interior, y que se hubiera guardado bien de manifestar á alguien, se alegraba ex-

traordinariamente al recibir carta de su esposo, y tuvo verdadera satisfacción cuando supo por una correspondencia, la última que mandó á *La Idea*, que á los dos días se encontraría en Montevideo. A no haber sido por la rotunda negativa de su papaíto, que se mostró muy severo, contra su costumbre, hubiérase levantado á las tantas de la madrugada para ir hasta el muelle á fin de abrazar más pronto á Benjamín. Tuvo que contentarse con subir á la azotea, bastante temprano por cierto, ya que la mañanita estaba espléndida, y ver llegar el vapor que venía de Buenos Aires. Estaba tan obsesionada por la llegada de su esposo, que no se fijó ni un momento en las bellezas admirables de un amanecer estival. Lo único que le llamó la atención, fué la suprema bonanza que tenía como aplastadas las aguas del Río, las cuales reflejaban los nacientes rayos del sol. Con los codos sobre la barandilla y la cara entre las palmas de las manos, se pasó más de media hora, fijos los ojos en dos barquichuelos que caminaban á porfía, siendo tal su ensimismamiento que no sintió en sus espaldas, cubiertas tan sólo por un *saquito* de finísima tela, los calurosos rayos del astro del día, hasta que un ruido fuerte de carruaje, parado allí mismo, la volvió á la realidad, como quien es dispertado de súbito por un seco movimiento de todo el cuerpo.

Apenas se sintió estrechada por los brazos de Benjamín, las lágrimas se desbordaron de sus ojos, siéndole imposible hablar hasta que le hubo pasado aquel ataque nervioso que se producía en ella por un exceso ya de dolor ya de alegría. Lo besaba, lo miraba, le sonreía, y se obstinaba en encontrarlo igual al Benjamín con que soñara antes de casarse. No lo era. A pesar suyo lo hallaba cambiado: le parecía más indiferente, lo veía muy distraído, y como abstraído en pensamientos en que no estaba su imagen.

Quince días después, Benjamín manifestó de nuevo deseo de marcharse otra vez á un viaje por el interior del país. Y como adujo tantas pruebas y argumentos para demostrar aquella necesidad, Maruja influyó con su buen papá á fin de conseguir la *plata* necesaria. Partió contentísimo.

En ese tiempo, Maruja se había enterado ya de las cosas necesarias, y hasta superfluas, para recibir al infante que iba ganando desde ahora todo su afecto, y para el cual sería todo el amor que en su corazón cupiera. Ella lo preveía, lo sentía, y á veces este pensamiento la atormentaba, porque amaba mucho á Benjamín, á pesar de su desvío, que ella atenuaba todo lo posible. Deseaba arreglar ella misma la canastilla con todas las piezas que ella no pudiera hacer, porque las más

fáciles y coquetonas habían de revelar el tacto de sus manos y su buen gusto. ¡Tendría tanto tiempo que dedicar á su hijito en los meses futuros! Así la soledad no se le haría tan penosa.

Y en efecto; cuando Benjamín regresó á la ciudad, las empresas teatrales no habían echado en saco roto la conveniencia de abrir pronto los coliseos, ya que el verano había huído más pronto de lo regular, empujado por el amarillo otoño que, después de haber arrancado á los árboles sus verdes hojas, las arremolinaba cerca de las aceras, machacadas y descoloridas; como también, después de empañar con nubarrones el azul puro del cielo, ensuciaba sin miramiento los empedrados que había emblanquecido el sol. Es lo que ya con ansia deseaba Benjamín: respirar nuevamente aquella atmósfera tibia y pesada de los teatros, quedar un momento deslumbrado al abrir la puerta del palco, sentirse acariciado por las miradas fijas de las *cazueleras,* tener la cabeza ardorosa por el ruido de la música, el resplandor de las luces, el murmullo incesante de los entreactos, y, más tarde, ver impresas sus esperadas cuartillas, oir las frases laudatorias que sus producciones arrancaran, solazarse con las reuniones literarias que cada semana en su casa se celebraban.

Pocas eran las horas que pasaba junto á su

esposa. ¿Para qué? El tenía sus múltiples ocupaciones; ella estaba muy entretenida con la ropa que cosía, acompañada de su hermana, para la criatura que se anunciaba no sin mucho malestar para la madre. ¡Qué casualidad! También él se encontraba bastante preocupado con un pensamiento de muy difícil resolución. Como su esposa, pensaba él también en dar á luz su primer hijo, que, según muchos autores, es el más estimado. Era cuestión de cuidarlo bien, de presentarlo con ropaje digno de privilegiado primogénito. No se trataba de una de aquellas obras hijas de la inspiración febriciente, de una hora de clarovidencia artística, nó; había determinado coleccionar en elegante volumen los mejores artículos que poco á poco concibiera y arrojara por todo Montevideo mediante las hojas de *La Idea*. Pero él no los tenía todos; habría que recorrer la colección del diario de Brioz. Manos á la obra. ¡Como se alegraría su Maruja! Le dedicaría el libro, su primer libro. *A mi esposa, el Autor*. Así corto. ¡Qué cosa más graciosa! Se iban á cambiar sus hijos; es decir, nó, él no podía entendérselas con rorros, mientras que Maruja.... ¡Ah! Pero si ella le iba á procurar toda la colección de sus escritos. ¡Qué previsoras son las mujeres! ¡Cómo entienden á sus maridos artistas!

—Maruja, ¿*tenés* por ahí mis artículos recortados?—dijo Benjamín con cierta indiferencia, pues no quería manifestar aún su pensamiento.

¿Cómo por *ahí*? A Maruja le sorprendió la pregunta, porque él había de saber con cuánto entusiasmo recogiera siempre sus escritos, aunque la verdad es que en estos últimos meses ni lo hacía con tanto calor, ni los arreglaba con el afán de otras veces. Sí, allí estaban, pero nó en orden; parecían más bien descuidados. Benjamín lo notó y sonriendo dijo á su consorte:

—¡Ah, picarona! ¡Cómo están de abandonados!—Y después añadió con intención:—Te los devolveré debidamente coleccionados.

Maruja, sin entender el sentido de aquellas palabras, volvió á la grata tarea de acabar una preciosa gorrita adornada con graciosos lazos color rosa. En esto estaba toda su atención y en esto consistía todo su encanto: en atender la ropita que había de envolver el delicado cuerpecito del ángel que le mandaría Dios. ¡Ella, dedicándole la mayor parte de las horas del día, y él, tan abstraído con sus amigos, sus diarios y los teatros! Esa diferencia le oprimía el corazón.

Pero ¡caray! Benjamín no podía abandonar aquellos trabajos que él calificaba de importantísimos para el porvenir de su gloria. Per-

dió una semana pegando en un libro en blanco sus artículos, corrigiéndolos, haciendo el índice, pensando en quién le escribiría el prólogo, es deçir, la presentación como autor; y esto le causaba grandes dolores de cabeza, porque, á decir verdad, no encontraba persona de bastante competencia para que á su lado no hiciera un mal papel su Mecenas, su protector. Es cierto que él no necesitaba recomendaciones de ninguna clase, pero....¿ yla costumbre? Luego que, para el que vale mucho, y esto es notorio, le causa cierto placer íntimo hacerse, como en broma, el protegido, el humilde. Bueno; eso es lo de menos; ya pensaría en ello. Lo principal era el editor, porque él no tenía toda la *plata* que la edición costaría. *¡El editor!* No había donde elegir. En Montevideo no habían arraigado aún esas plantas extrañas que nacen allí donde florece la literatura, es decir, allí donde se pueden enriquecer los que se llaman protectores de los literatos. Entre las varias librerías á que él iba á comprar sus libros, una sola había que públicamente se denominaba en un gran letrero *Casa editorial*, ésta era la de su buen amigo Quintana, el dueño de la *Librería Española*. En efecto; había publicado algunas obras en cuya portada se leía *Francisco Quintana, editor;* pero, según sus noticias, no había tales carneros porque los

autores pagaron un peso sobre otro todas las cuentas de la imprenta. Sin embargo, por probar nada perdía.

Lo único que perdió fué el tiempo y muchas palabras. Francisco Quintana, el renombrado editor de Montevideo no se arriesgaba á perder unos centenares de pesos, porque, según él, que entendía el negocio á la perfección, aquello sería un *clavo*, no porque no valiese, ¡ah! eso sí que nó; Benjamín escribía mejor que muchos autores europeos, pero los tiempos estaban malos y la gente no gastaba en libros.

Podía ser; no obstante de no creerlo así Benjamín. El recordaba haber ido á comprar, cuando estudiante los libros de texto en el *boliche* que Quintana abrió después de haberse cansado de rodar por una escuela del Estado, que tomó á su cargo, y ya entonces se le oía decir que el negocio no producía beneficios; á pesar de que allá iba toda la *chiquilinada* de escuelas, colegios y universidades á *munirse*, como decía él, de libros, textos, programas y utensilios de escritorio. También recordaba que, en una casa más espaciosa que la primera, se había subscrito á una ilustración italiana que le costaba el doble, por lo cual el librero ganaba el ciento por ciento; y esto lo hacía, porque el negocio de *plumas* y *cartillas*, no dejaba casi ni para pagar la patente.

Y ahora encontraba al antiguo maestro de escuela, dueño de una de las mejores librerías de la capital, vendiendo obras venidas de todas las partes del mundo, para lo cual había hecho construir una casa especial que dividió convenientemente para los diversos ramos á que se extendía su gran negocio: librería, periódicos, imprenta y encuadernación. Aquello era grandioso, y aquello había sido levantado en tiempos en que el país estaba mal, según afirmaba Quintana, el señor Quintana; pues actualmente ya no era aquel hombrezuelo, alto y delgado, moreno y bigote negro, que estaba detrás del mostradorcito del *boliche* primero, desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, á quien los niños pedían la *llapa,* una vez comprada la pluma ó el lápiz, y á quien llamaban *gallego roñoso*, si les negaba el cromo por ellos elegido; sino el *patrón* de la *Librería Española—Casa editorial*, que ya no se ocupaba en la cuestión de libros,—la cosa no prometía aún—pero sí en los juegos que hacía en la Bolsa y en las *pichinchas* que le proporcionaban los rematadores; y que no paraba en la librería más que para dar una ojeada á sus dependientes que le cuidaban su establecimiento, y atender á algún ilusionado autor que iba á pedirle encarecidamente la publicación de su primera obra. Pero ¡canario! él no podía com-

placerlo, porque los tiempos eran malos y el negocio era un *clavo,* no porque el autor no escribiera bien, podría ser un Castelar quizás; pero ¡canario! la gente no compraba libros. Lo que es él no se animaba, no quería lanzarse. Luego que el autor no era conocido y era posible que la venta no cubriera los gastos. A él le gustaban los autores que tenían éxito, mucho éxito. Allí estaban sus protegidos, se les podía ver todas las noches formando tertulia: un abogado que había publicado varias obras de Derecho, compradas por el Cuerpo Legislativo y los estudiantes, un maestro de escuela, antiguo colega suyo, que se había ganado un *platal* con textos de enseñanza primaria, un literato que había escrito varios libros de lectura y una gramática castellana, y, en fin, otros muchos muy elogiados por la prensa y que contaban sus obras por éxitos de librería. ¡Canario! que hablasen con ellos, y se convencerían de que no tenían para él más que palabras de gratitud y alabanza. El les había dado el renombre de que gozaban; él les había proporcionado un bienestar de reyes; ¡canario! que lo dijesen ellos.

En cuanto á esto no cabía duda de ninguna especie; Quintana tenía razón. Pero ¡pucha! ¡había tanta diferencia entre él y los cuatro protegidos por el *gallego!* Los trabajos de Ben-

jamín eran originales, estaban bien escritos, se podrían leer en el ateneo de mayor fama; cuando los libracos de aquellos *atorrantes* no servían más que para estar en los estantes del Museo roídos por los ratones, ó para caer en manos de muchachos idiotas que los rompieran en mil pedazos á los cuatro días. ¡Que comparación! ¡Pucha con el *gallego* bruto!

Pero, en fin, Benjamín quería publicar el libro á todo trance, y era preciso que Quintana, su buen amigo Quintana, para quien tantos *bombos* había escrito en *La Idea*, si bien éste también le regalaba libros extranjeros, arbitrara un medio á fin de que cuanto antes saliera á luz su *Literatura Uruguaya.*

—¿Es algún libro de texto?—preguntó el librero, aferrado á su idea, como á una tabla de salvación.

—Nó, hombre, nó;—contestó Benjamín medio fastidiado por la ocurrencia de *su* editor.

Entonces, la cosa era muy difícil, casi imposible; ¿qué? imposible era ¡canario!

—¡Ah!—exclamó de pronto Benjamín.—La obra tendrá un prólogo de mi suegro, el Doctor Velázquez; por esto sólo se vende el libro. ¡Pucha! ya lo creo. ¿Del Doctor Velázquez?

A Quintana no le produjeron estas palabras todo el efecto que Benjamín esperaba. El joven había arrojado su último anzuelo. Si no

le pescaba así, se podía retirar. En fin, vaya por el gran Velázquez. Quintana dijo que lo más que podía hacerse era pagar la edición á medias; que Benjamín le diera ciento veinte pesos y el libro se publicaría. ¡Canario! Tendría un protegido más. Entendidos.

¿Qué acababa de prometer el pobre Benjamín? ¿Un prólogo de Velázquez y ciento veinte pesos? Lo primero ya se sabe de donde saldría, pero ¿y lo segundo? Era cuestión de ir á ver al viejo. Las arcas del *signor* Migliore estaban en peligro. Como, según creyó éste, se trataba de un gran negocio que traía su *hico* entre manos, se los prestó, aunque á regañadientes, porque no veía el asunto muy claro.

El Doctor Velázquez aceptó la idea y escribió.... no un prólogo, título pobre y demasiado pedestre, sino una larguísima *Introducción* en la cual se empezaba haciendo referencia á un discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, se recordaba toda la historia política, civil y literaria de los países del Río de la Plata, se hablaba de las escuelas romántica y naturalista, se sacaba á colación los nombres de Zola, Goncourt, Flaubert y Daudet, se elogiaba extremadamente al joven autor, cuyo talento.... patapím y patapám, y se terminaba con un *bombito* al señor Quintana, protector de las Letras Nacionales, y Mecenas de los literatos uruguayos.

Este último se puso tan contento con la justicia ¡canario! que una vez en su vida en esta tierra americana se le hacía, que hasta se interesó para que se publicase el retrato del doctor Benjamín Migliore *(Gladiator)*.

Todos los periódicos anunciaron infinidad de veces el libro de Benjamín, alrededor de él se hizo mucha bulla y el entusiasmo subió al último grado. El autor no hacía más que recorrer las Redacciones, hablar á los amigos, adular á los que podían darle un disgusto con su atrevida pluma, presentarse en todas las reuniones, pasar muchas horas entre los *burros* de la imprenta y merodear por todos los lugares de la librería del editor Quintana. Benjamín sentía mucho verse obligado á tanto trabajo que lo tenía alejado de su casa, principalmente de la pobre Maruja que estaba tan delicada; mas había tomado muy á pecho la publicación de su primera obra.

Sin embargo, Maruja no quería entenderlo. Sólo pensaba que tenía una rival: la obra, y antes de que saliera, ya la aborrecía; era un odio de mujer celosa, de esposa abandonada, de madre irritada. Nada, nada sabía ni deseaba saber de aquel libro que le arrebataba tan cruelmente al padre de su hijo; lo detestaba; lo haría mil pedazos si en sus manos estuviera. Pero ¿y ella por qué tan embebida es-

taba con su preciosa canastilla, con aquellas monaditas de camisas, corpiños, gorras, pañales y una porción de piezas sin nombre que allí tenía guardadas debajo de mil encajes, lazos y bordaduras? Es que su marido también se dedicaba á una tarea muy parecida, pues se trataba de su primer hijo literario. Mas, no importa, no importa. Ella tenia razón y él no. Y las lágrimas acudían á sus ojos y la incertidumbre á su cabeza, y un cariño más fuerte hacia el sér aun no conocido se infiltraba más y más en su corazón que iba perdiendo insensiblemente el amor rosado de su alma de virgen.

Y llegó, por fin, el tan suspirado día de la publicación, y en todos los escaparates de las librerías aparecieron multitud de ejemplares de la *Literatura Uruguaya* por el Doctor Benjamín Migliore. Los diarios volvieron á redoblar su campaña y dar las gracias al autor por el volumen regalado y á anunciar *juicios críticos* que no aparecieron. En muchos de esos sueltos de agradecimiento se hizo referencia por unos á novelitas que en el libro de Benjamín no había, se hablaba por otros de artículos de costumbres con que *Gladiator* no había soñado, y se encomiaba por todos el fin moral de la obra que ni tenía, ni debía tener; todo lo cual daba á comprender al menos lince y al que unas cuantas páginas

hubiese ojeado, que sólo por el forro conocían la *Literatura Uruguaya*. De lo que no se olvidaron, y es en lo único que acertaban, era de afirmar que el trabajo tipográfico *acusaba* patente progreso en los grandiosos talleres del Sr. Quintana, protector de las letras nacionales.

Benjamín estaba como chicuelo con zapatos nuevos. La víspera de la aparición de su primer libro había pasado como un relámpago, pues no tuvo tiempo para cumplir con todos los buenos amigos. En la noche de aquel día, se resolvió en la Redacción de *La Idea* celebrar tan memorable fecha con un banquete campestre que pagarían á escote los de la casa. No querían ser muchos, porque la *farra* sería de las de *mi flor* y entre cuatro paredes. Para no aburrirse llevarían unas muchachas.

Como era un domingo, podían disponer de todo el día. Se fueron, pues, de mañana y no volvieron hasta la noche. Benjamín tuvo que luchar bastante para escaparse de su casa, porque *su otra obra,* la que aun estaba *en prensa* — ¡cómo eran aplaudidos estos chistes en el *break* que se llevaba á los de la *farra!* — le llamaba al lado de su mujer que durante toda la noche se había quejado una *cosa bárbara*. Pero ¡qué pucha! que aguardase un poco más, pues el *primogénito* así lo exigía.

Su sentido común no le permitió exponer á las burlas y bromas de sus compañeros la última escena con su pobre Maruja, que ni fuerzas, ni humor había tenido para ojear el libro de Benjamín.

—¡Bien podrías quedarte hoy conmigo!—dijo Maruja á su esposo, cuando éste se disponía á marcharse.

—¡Pero, china!—contestó Benjamín.—¿Cómo puedo dejar plantados á los amigos? ¡Ya tú ves!

—¡Está bien!—se contentó con replicar la esposa, que presentía las penurias que en aquel día le tocaría sufrir, mientras el padre del sér que se debatía en sus entrañas, se entregaba al placer y al divertimiento.

¡Y de qué modo habían gozado! ¡Cuánto habían *farreado!* ¡Y qué atrevido era aquel pillín de Rivière con las mujeres que había sabido elegir á gusto de todos! Gutièrrez se había encargado de traer el *líquido* para bautizar el *nene*, y también había demostrado tener buen paladar. ¡Cómo habían *chupado!* La prueba mejor consistía en que no estaban muy serenos que digamos. Bueno, pero era un extraordinario; no todos los días se publican libros, y libros tan notables como el de Benjamín. Se iban á acordar toda la vida. Y los gritos y vocerío de los que volvían en el *break* por el Cordón no disminuían, aunque

se encontrasen ya dentro de la ciudad. Las carcajadas ahogaban la voz de Rivière que exigía un poco de silencio.

—Bueno;—exclamó el cronista de *La Patria*, una vez en la Plaza Cagancha, —cada mochuelo á su olivo: yo me voy al Politeama.

Los de *La Idea* le siguieron. Benjamín no podía. Su obligación era irse á su casa inmediatamente. Todos se apearon del carruaje, y Benjamín acompañó á sus amigos hasta la calle Queguay. Después se dispuso á seguir calle del 18 abajo para dirigirse á su casa, pero le pareció que tenía la cabeza un poco pesada. Deseaba descansar y tomar el fresco. Se volvió á la plaza Cagancha.

¡El fresco! Benjamín debía de encontrarse muy sofocado, muy caliente, cuando no sentía el frío que corría por las calles de la ciudad aquella noche de Junio. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones y todos los transeuntes habían salido de sus casas muy abrigados y armados de sendos paraguas. Benjamín se fué á sentar en un banco de hierro, perdido en las tinieblas que no habían podido ser disipadas por los faroles de gas que no eran suficientes á alumbrar bien la espaciosa plaza. ¡Qué bien se estaba allí! Aquel airecillo le gustaba mucho á Benjamín, quien se mecía los largos y sedosos cabellos levantando el rostro hacia arriba. En uno de estos

movimientos quedóse mirando la estatua de bronce que descansa sobre la elevada columna plantada en medio de la plaza. El sabía que aquella figura representaba la *Libertad*, pe ro en aquel momento, quizás por tener ésta los contornos y perfiles velados por los crespones negros de la obscuridad, se le antojó una estatua levantada por todo un pueblo entusiasta á un gran sabio, á algún insigne filósofo, á un literato célebre que acaso no tuviera tanto ingenio como él, como el autor de la *Literatura Uruguaya*. ¿Quién era aquel escritor? ¿Dónde estaban sus obras? ¿Cómo había demostrado su talento? Mientras que él, el doctor Migliore, era el ídolo de una ciudad entera, podía presentar sus elogiadísimas producciones, allí, allí estaba su libro, heraldo patente de su extraordinario talento. El, sí, él tenía bien conquistada una estatua muy alta, muy alta, para que se pudiera ver de lejos, de muy lejos; porque no bastaba que Montevideo lo conociera, él quería que más allá de lo que se veía, lo conocieran también y lo elogiaran. Benjamín sentía ardiente sed de gloria, y un apetito desenfrenado de apoteosis. ¿Quién pudiera ver escrito su nombre con letras tan brillantes como el sol en la alta y anchísima bóveda azul? Así, como aquella línea de fuego que, á la izquierda de la larga Avenida General Rondeau, se extendía indefinida-

mente hasta perderse en la más negra obscuridad. Allí no había horizonte ninguno; cielo y tierra estaban confundidos; todo era uno. Las otras luces que se veían allá lejos desparramadas semejaban grandes estrellas de un firmamento negro, como boca de lobo. Y á Benjamín le parecía que aquel hilo eléctrico todo encendido se movía, formaba curvas, se enroscaba, dibujaba líneas y llegaba á perfilar letras, sí, letras que eran las mismísimas de su nombre, las que había en las tapas de su libro que por desgracia aún no era universalmente conocido, como su estatua alta, alta, alta y su nombre escrito en el mismo cielo.

Una ráfaga de viento fuerte y muy frío dispertaron á Benjamín de su profundo éxtasis. Oyó en seguida los quejidos de una criatura de pocos años, que le hicieron recordar los deberes sagrados que, como padre, había contraído. Levantóse un póco más sereno y dirigióse á su casa, dándole vueltas en su cerebro el pensamiento de que pueden presentarse casos de incompatibilidad entre la paternidad y el arte en todos sus géneros. Aquel deber paterno le impedía tener un gran triunfo en el teatro aquella noche. Allí se estaría hablando de su libro, de su precioso libro, le buscarían por todos lados para felicitarlo y los amigos asediarían á algún

librero que hubiese ido al teatro, interesándose por el éxito seguro de la venta.

Cuando entró en su casa, le pareció que allí reinaba un silencio desacostumbrado y que aquel ambiente tenía miasmas de hospital. Al que primero vió, fué al Doctor Velázquez que se paseaba á lo largo del patio.

—¿Tendré que ser yo el abuelo y el padre?—dijo Velázquez encarándose con Benjamín.

—¿Qué pasa?—preguntó éste esquivando la mirada de su suegro.

—Pues, nada; que mientras tú te diviertes, nosotros estamos en un infierno;—replicó Velázquez volviendo á sus paseos.

—Un compromiso....— murmuró el interpelado, echándose por el saloncito de descanso en donde estaba sentada tía Carmen, que había sido llamada por Maruja á los primeros síntomas de aquel parto prematuro. Levantóse y exclamó seria:

—Una niña.

Benjamín, sin pararse, quiso entrar en el dormitorio, pero la prevenida señora lo atajó encargándole mucho silencio y formalidad, porque la pobre *china* estaba sumamente delicada. Con mucho cuidado pasó adelante el padre, y, desde la puerta, alumbrado por la pálida luz de una lamparilla, vislumbró la cara de una blancura mate que sacaba Maruja

por el embozo de la cama. Su corazón le dió un vuelco, pues le pareció que la muerte estaba retratada en aquel rostro que revelaba padecimiento gravísimo.

—Ven;—dijo la débil voz de Maruja.

Benjamín se acercó presuroso y sonriendo, y, como si se le hubiese quitado un gran peso de encima del corazón, fuése hacia la cama, y, apoyando las manos en la almohada, se inclinó poco á poco para besar los labios de su esposa, que estaban pálidamente rosados. Maruja tuvo un estremecimiento de histérica, ocultó su rostro y le presentó la frente que Benjamín besó. Débil gemido le hizo volverse con rapidez, y entonces se fijó en la azulada cuna, en donde metió la cabeza y dió un beso á su hijita que no lo rechazó como la madre. ¡La sensibilidad de ésta le hizo notar al momento los vapores de la bebida, y había tenido asco de su esposo!

Tía Carmen, mujer celosa de los enfermos confiados á su extraordinario celo y pericia, llamó desde el umbral á Benjamín, quien dejó á su mujer sumida en dolores más angustiosos que los sufridos horas antes, porque eran dolores que le partían el alma que ella tenía tan sumamente delicada. ¡Su hijita no le había costado ninguna lágrima, pero su marido acababa de arrancar de sus ojos gotas

de un líquido que le quemaba las mejillas y al resbalarse hasta la boça, le supieron á amarga hiel!

El sirviente avisó á Benjamín que en su despacho había algunas cartas. Hizo encender las velas y empezó á romper los sobres. El contenido de aquellas debía de ser muy agradable, porque los labios de Benjamín se contrajeron con placentera sonrisa y sus pupilas se clavaron en los garabatos negros que unos amigos le habían enviado. Eran felicitaciones cordialísimas de diputados, abogados y periodistas por la *Literatura Uruguaya*, cuyos sendos ejemplares agradecían muy satisfechos. ¡Qué alegría, cuánto placer sentía Benjamín en todo su cuerpo! Los ecos del triunfo resonaban ya en sus oídos, y al día siguiente se dejarían oir por toda la ciudad. Ya era autor nacional, las letras uruguayas ya debían estarle agradecidas. ¡Oh gozo!

Y empezó á leer de nuevo las cartas, mientras que los quejidos chillones de su hijita se extendían por toda la casa sin penetrar en aquel corazón de autor nacional, lleno de vanidad y ambición mal entendidas.

LIBRO SEGUNDO

I

Escaramuzas.

Aunque por orden del médico Maruja no pudo amamantar á su primogénita, sin embargo no la quiso abandonar ni un solo momento para irse á pasar las noches en teatros ó tertulias. Al primer gemido de su hijita, Maruja temblaba, se trastornaba y sentía palpitar con fuerza su corazón. Acudía al instante al lado de la pequeña, la levantaba en brazos, la miraba con los ojos fijos, le sonreía alborozada, le llamaba *ángel*, *estrella, lucerito*, y otros calificativos que su ardiente imaginación le sugería, y entonces, como por encanto, dejaba de llorar la criatura. Era algo muy extraño. Apenas contaba cuatro meses, y la niña conocía bien el metal de voz de la madre, prefiriendo estar con ella que con el ama de leche, á pesar de que ésta la atendía con mucho cuidado. Madre é hija no podían vivir separadas; eran dos corazones abrasados con el mismo fuego.

Tiempos atrás acarició con insistencia el pensamiento de poner á su primer hijo, según el sexo, uno de los dos nombres que le gustaban tanto y que á su oído sonaban con armonía acariciadora: Oscar y Amanda. Aquellos días estaban ya muy lejos, y si bien Maruja no había cambiado en sus gustos románticos, sin embargo, al tener que dar un nombre á su hijita, eligió el de su madre, que ahora encontraba lindísimo: Marta. Benjamín no se opuso, lo aceptó desde luego y le pareció bien que su hija se llamara Martita. Maruja decía muchísimas veces este nombre, pronunciaba las tres sílabas por separado, como esperando que la criatura las repitiera, sentía un placer íntimo, igual al que hubiera tenido si su madre lo pudiera oir.

Ahora ya le importaba poco que Benjamín no creyese conveniente quedarse alguna noche en casa, ya que no sentía necesidad de permanecer al lado de ella que tanto lo había amado, que tanto lo amaba aún. Ahora, unas veces sentada junto á la cuna donde descansaba Martita, otras en continuo *diálogo* con ésta que parecía comprender todo lo que la madre charlaba, insistía en no salir á la calle más que para algo muy necesario. En tan largo período, sólo dos veces había ido al teatro, y ésto porque Delia se lo había pedido con toda eficacia, y su padre casi se lo había mandado.

Cuando Martita estaba profundamente dormida, ella se inclinaba sobre el tierno cuerpecito, la miraba fijamente, ora sonreía, ora ponía rostro muy serio. Era que tan pronto veía á su hija, crecida, bella, agasajada de todos, como que aquella parte de su sér perdía la vida, concentraba el espeluznante frío del mármol. Entonces estrechaba con una suya la blanca manita que reposaba sobre el embozo, y la encontraba templada. ¡Aun vivía!

Algunas veces, en momentos como éste de íntimo gozo, sacaba del *secretaire* el elegante ejemplar de la *Literatura Uruguaya*, regalo costosísimo de su esposo, y empezaba á leerlo por donde se abriera, hasta que lo dejaba en cualquier parte, en el suelo, si á mano venía, al primer lloriqueo de su adorada Martita. Sin embargo, ahora ya no olvidaba allá, en el suelo, el libro; en seguida volvía á recogerlo, por no dar motivo á que se repitiera cierta escena que pasó entre Benjamín y ella.

Este acababa de llegar del teatro, había entrado en el dormitorio, después de haber permanecido en el patio para refrescar la cabeza, y había encontrado á Maruja echada casi sobre la cuna de Martita. Tan extremada vigilancia y el ver á su esposa despierta, cuando hubiera deseado que durmiera, á fin de

que no se enterara de la hora avanzada á que se retiraba, lo pusieron de mal humor, que estalló de súbito al dar con el pié á un objeto que no había visto y que no era otro que su notabilísima obra. Aquello era para desesperarse. Sólo le faltaba que también los de casa despreciasen sus producciones. ¡Estúpidos!

—¡Pero, hombre! No ves que lo he olvidado porque la niña estaba llorando....

—¡Que se fastidie!—gritó colérico. ¡Pues no faltaba más! ¡Su libro inmortal por el suelo, echado como si fuera una basura! ¡Natural! La niña.... Una mirada rápida, penetrante, de madre maltratada, cortó las palabras que iba á pronunciar en su desvarío el quisquilloso autor.

—No mires;—exclamó en su impotencia.—¡Qué pucha! Yo tengo razón.

Maruja no quiso contestar por temor de que en el silencio de la noche se enteraran de lo que estaba pasando, y porque no se despertara Martita. Se recostó sobre ésta con las lágrimas en los ojos, mientras que Benjamín se desnudaba y se metía en la cama, completamente ensimismado en pensamientos que nada tenían de lisonjeros, como se deducía de su torva mirada.

Precisamente aquel día pidió á Quintana el balance de la venta de su libro y resultó que

ni siquiera se habían comprado cien ejemplares. Y esto, gracias al empeño del editor que había colocado cincuenta volúmenes en Buenos Aires y algunos en *campaña*. Al fin y al cabo, Gutiérrez, con toda su extrangeromanía hablaba bien al decir que Montevideo estaba muy atrasado.

No podía esperarse otra cosa, después de haber sufrido el tremendo desengaño que siguió al primer día de la venta. Benjamín pasó por la *Librería Española*, y preguntó desde la puerta:

—¿Cuántos?

—Uno;—se le contestó.

Al día siguiente hizo igual pregunta y oyó lo mismo:

—Uno.

Insistió al otro y el dependiente sonriendo dijo:

—Uno.

—¿Cómo se entiende esto?—preguntó Benjamín sulfurado.—¿Uno solo ó uno cada día?

—Uno solo.

Benjamín salió y estuvo mucho tiempo sin entrar en la Librería de Quintana.

El fracaso fué tremendo. La cólera lo puso fuera de sí, y en lugar de buscar el desquite en el estudio y en nuevos trabajos, como hacen los que tienen gran fuerza de voluntad y vocación de artistas, se dedicó á perder el

tiempo en clubs y teatros, paseos y tertulias, Redacciones y talleres. En el estudio del Doctor Velázquez no podía detenerse mucho tiempo, porque durante el primer año había de estudiar la *materia* que enseñaba en el *Colegio de Montevideo*, á cuya clase también faltaba muchos días. Había que tener consideración al artista, como él se llamaba. Tenía en preparación una gran obra, obra que ni siquiera él sabía en qué consistiría. Es cierto que deseaba realizar *algo* que lo hiciera digno de la estatua con que soñaba, pero no sabía aún qué trabajo emprender; no se le ocurría idea alguna. Sin embargo, por todas partes repetía que estaba ocupado en una producción muy seria. Efectivamente: había determinado dedicarse al teatro. Conocía á todos los empresarios, alternaba con los empleados de todos los coliseos, se hacía presentar á todos los artistas, conocía los rincones más obscuros de los escenarios. Con mayor razón continuaba siendo el crítico teatral de *La Idea*, que publicaba las bien escritas crónicas de *Gladiator*.

Cuando se trataba de compañías de tres al cuarto, compuestas de artistas adocenados y de medio pelo, no escribía más que sueltos de pocas líneas y muy benevolentes para no disgustar á los empresarios; mas, en las temporadas buenas, en que había artistas de nota, por unos muy aplaudidos, por otros bastante

discutidos, entonces escribía Benjamín su artículo dirimiendo las contiendas y dando consejos á los cantantes ó actores. No obstante, las empresas ya no le temían tanto, porque *Gladiator* se mostraba muy amigo de las adulaciones, y los artistas no las escatimaban, llamándole *eminentísimo crítico*, *caríssimo giornalista,* mientras le abrazaban los hombres y le sonreían las señoras.

Durante aquel invierno había trabajado bien y conseguido muchos laureles entre la gente de teatro. Estaba contento; tanto que había ya olvidado el desastre de su primera obra. Con las librerías no quería saber nada. Su campo estaba en el teatro. Allí había de vencer. El aun no sabía cómo, pero ya daría con la piedra filosofal.

Y, mientras pensaba en tales cosas, tenía fijos los ojos en los anuncios de diversos colores y letras de variadas dimensiones que formaban el telón del Nuevo Politeama. Aquella noche estaba completamente solo en un palco de primer piso, y por esto es que, en los entreactos, se entregaba á sus pensamientos favoritos, sin tener en cuenta la poca gente que había ido al teatro. El espectáculo no llamaba mucho la atención: dos zarzuelitas insignificantes y dos números de concierto que llenaba una orquesta húngara, compuesta de diez ó doce muchachas y cuatro jóvenes. El

público prefería pasar la noche tomando el fresco en la Plaza Independencia, así es que el espacioso teatro se encontraba casi vacío. A Benjamín poco le importaba esto, se contentaba con estar en el teatro, dejar correr su imaginación por dentro del escenario y pensar en lo que tenía que escribir.

Es verdad que para aquellos artistas bastaba un sueltito encomiástico, pues no merecían la pena de que un crítico como Benjamín, se ocupase en tales insignificancias.

De pronto notó que una *música* de la orquesta le estaba mirando con gemelos desde un lado del escenario. Se sintió muy satisfecho; había llamado la atención de aquella muchacha que, según él, era la más linda de todas las *hermanas*. El no sabía si eran ni siquiera parientes; pero siempre había considerado aquella orquesta como una familia numerosa, cuyos padres debían de estar entre bastidores. Benjamín tomó sus gemelos, que nunca abandonaba, y los dirigió á la artista. Esta se quedó mirando y sonriendo á Benjamín. Luego dieron los tres consabidos toques, y la húngara se retiró, no sin haber hecho un guiño muy picaresco.

El crítico se quedó bastante pensativo. Le pareció que aquella era la mejor ocasión de entrar en batalla con la gente de teatro. Hacía tiempo que lo deseaba; mas lo detenían

varias razones, entre las cuales se contaban éstas: no quería que su familia se enterara de sus líos, y por otra parte había reparado que los que se tenían con artistas eran siempre públicos y notorios; pensaba que para semejantes calaveradas se necesitaba mucho dinero, y él estaba muy escaso del vil metal, que empleaba en comprar libros; y deseaba no perder su independencia en las críticas, lo cual irremisiblemente sucedería si se echaba de cabeza en la casa de alguna de aquéllas.

Estas razones que eran las tres de mayor peso, entre las que lo detenían en sus deseos de intimidar con las artistas, desaparecían desde el momento en que se trataba de una *troupe* que no había de estar en Montevideo más de una semana, luego que sólo había de escribir en *La Idea* una noticia de pocas líneas, y, para mejor resultado, se encontraba entonces con bastante *plata* cobrada en el *Colegio de Montevideo*. Había llegado su hora. Intentaría un ataque.

Levantóse el telón y apareció la escena con relumbrantes decoraciones de palacio y en primer término una hilera de señoritas con sendos violines menos las de los extremos, de las que una tenía delante un contrabajo y la otra un bombo. Esta era la suya. Desde la primera noche se había fijado en ella. Era muy linda.

¿Por qué tocaría el bombo? Le hubiera gustado más que fuera la directora, la cual por cierto era bastante fea. Detrás de las *músicas* había cuatro jóvenes que tocaban instrumentos de madera. Los hombres vestían uniformes de militares y las mujeres trajes azules con cordones amarillos en los corpiños apretados.

Una vez acabado el segundo número aplaudió Benjamín con entusiasmo, haciendo mucho ruido, como si pretendiese que *la del bombo* no echara de menos el público, ese público que anteponía el fresco, el gozar de una hermosa noche de primavera, al arte, á la fruición producida por la música selecta. Por su gusto hubiera querido que el teatro estuviese repleto, sólo porque aquella artista se sintiera satisfecha. Le daba lástima, y hasta se avergonzaba de la indiferencia del público, cuando la húngara le miraba. La sonrisita que ella le dirigía, parecía envolver una frase de compasión hacia un pueblo que desdeñaba el arte, cuyo progreso es la muestra más evidente de la cultura moral é intelectual de una nación.

Y mientras bajaba la escalera, buscaba argumentos que oponer á tales razonamientos, y no los encontraba; después dióse en inventar excusas con que defender al público montevideano atacado por la húngara que no ce-

saba de quejarse á él durante el camino que, en su imaginación, recorrían para llegar al hotel.

El fresco de la noche, agradable y suave, le apartó de tales pensamientos y, parándose en el chanflán del teatro, entre el vaivén de la concurrencia que se cruzaba allí buscando sus carruajes ó acudiendo á los diferentes tranvías, resolvió esperar la salida de las artistas para ver cómo se presentaba la cosa. Entretanto, á la clara luz del foco eléctrico, encerrado en un cajón de vidrios esmerilados sobre los cuales resaltaban las letras negras: *Politeama*, y que estaba suspendido á igual distancia de las cuatro esquinas, miraba la gente que salía del teatro, saludando á unos, hablando con otros y haciendo paso á alguna señora. A cada momento sonaban los cuernos de los tranvías y los gritos de los cocheros llamándose mutuamente por números.

Pronto desaparecieron los carruajes rodando en distintas direcciones, á los cuales siguieron los tranvías, y en breve se apagó de golpe la luz blanca del foco eléctrico, quedando en completa obscuridad por un momento, hasta que las pupilas de los pocos que allí quedaban se acostumbraron á la claridad mate de la luna que lucía en todo su esplendor.

Poco tiempo después, Benjamín vió salir á algunos empleados del teatro, los bomberos que hacían mucho ruido con sus gruesas botas, y los celadores. Mas tarde salieron algunos artistas de la compañía de zarzuela, y por fin varios grupos de muchachas, cada uno con un joven; dos de éstas iban solas, á distancia de las otras, aunque, al parecer, en igual dirección y acompañándose. La *suya* era una de la pareja; la conoció en seguida. No iban muy elegantes, ni caminaban con mucha distinción. Benjamín las siguió. Bajaron por la calle 18 de Julio y por la acera en que no daba la luna. El también fué por ésta para no ser tan visto por algún conocido. Ella se daba vuelta muchas veces para mirarlo. Era claro que él había de ir á acompañarla, y ya iba á hacerlo, pero se detuvo al pensar en el idioma con que le hablaría. Por supuesto él no conocía ni remotamente el húngaro. A él le pareció que hablaban el francés, pero tampoco estaba familiarizado con esta lengua, aunque la comprendía bastante. Si se tratase del italiano.... ¡Ah! este sí, lo hablaba bien....

La húngara seguía mirándole, y Benjamín no se atrevía á acercársele de miedo. Si ella desease su compañía, procuraría caminar despacio, á fin de que él la alcanzase. Luego que ignoraba si sería atrevimiento dirigirle la palabra, estando con otra. En fin, que

no se animaba. Y con esto, llegaron á la Plaza Independencia, bañada en toda su extensión con la claridad tristona de la luna. Entonces reparó que un joven, conocido por sus atrevidos galanteos, seguía, como él, á las húngaras. Sintió un estremecimiento de celos, y una oleada de frío recorrió todo su cuerpo. Ya no estaba seguro de su conquista, porque él no pertenecía al número de los enamorados atrevidos y audaces. Benjamín consideraba á la mujer más honrada de lo que los mismos hechos la presentan; así es que temía siempre pisarse el palito ó tirarse una plancha.

De pronto tuvo un movimiento rápido de echarse al lado de la húngara, pero, cuando estuvo cerca de ella, no se atrevió y fuése á la acera izquierda de la calle Sarandí, en la cual habían entrado ya todos los grupos de artistas y sus seguidores. Benjamín pensó en quedarse en el Club Uruguay para demostrar así que no había tenido la intención que supondrían aquellas mujeres; pero tampoco se animó. ¡Quién sabe! Aun podría ser que él, siempre tan tímido en estos casos, hiciese retroceder á aquel mocito tan ducho en semejantes escaramuzas. Y mientras tanto bajaban por la calle Ituzaingó y doblaban por la de Cerrito. Media *cuadra* antes, vió que el primer grupo de húngaros se paró delante

de una puerta que abrió uno de los jóvenes, y todos fueron entrando sin esperarse. Suceder esto y echarse casi á correr para alcanzar á las dos últimas muchachas, fué todo uno para el rival de Benjamín. Este sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza, la cual no le permitió retroceder. Pasó por el lado mismo de los tres jóvenes parados en la puerta de la modesta casa que debían habitar los húngaros, y Benjamín advirtió que las piernas empezaban á temblarle, como si hubiese sufrido un susto tremendo. De pronto oyó el golpe seco de la puerta al ser cerrada, pero nó los pasos de aquél que se aleja, silencio que le indicó que *el otro* se había colado. Benjamín tenía rabia contra sí mismo, y celos de aquel atrevido. ¿De modo que *ellas* no lo habían echado? ¡Y á él que le habían parecido medio gazmoñas, muchachas de bien! Estaba visto que él no conocía aún el género. Entonces se prometió que en adelante no se mostraría tan escrupuloso con las mujeres Todas eran unas.... ¡Qué barbaridad! ¿Y su esposa? ¿Y su Maruja que estaría durmiendo tranquila en su camita? ¡Qué mal pensados son los hombres! ¡Nó; Benjamín no podía hablar mal de ellas sin cometer lamentable injusticia contra su mujercita! El la quería mucho. Aquella infidelidad no tenía importancia. Por una vez ¿qué? Las

otras eran flores de un día, mientras que ella era para él una siempreviva.

Maruja no dormía, como esperaba Benjamín; estaba arrullando á su hijita que se había despertado. Benjamín no se enojó, como otras veces, porque le pareció bien que su mujercita no durmiera. El no tenía sueño, y deseaba hablar con alguien. Así es que, una vez en la cama, empezó á comunicar á Maruja unos pensamientos que abrigaba acerca de su obra, que nunca llegaba á concretarse. ¡Oh, sería algo muy notable!

—No grites, hombre;—dijo de pronto Maruja en voz muy baja y sin enojo.

Benjamín siguió hablando quedito, y mostrándose sumamente cariñoso con su mujercita á quien amaba mucho, y en particular aquella noche. . . . .
. . . .

Al otro día pasó dos veces por delante de la casa habitada por la *familia* húngara, sin poder echar el ojo á nadie. No quiso ir al teatro por no ver así, de cerca, íntimamente, á la *negligé* (como le gustaba sorprender á los artistas), á la del bombo, á la que él quería, porque realmente se sentía arrastrado por aquella muchachita, rubia, de rostro picaresco en las tablas, y tan *señorona* en la calle. Además, aquello de ser húngara,—Benjamín creía á pie juntillas que era hija de la misma

Hungría,—era un doble atractivo, capaz de entusiasmar á cualquiera. No es que le faltasen vivos deseos de ver á *su* artista, nó; pero de seguro que, al estar delante de ella, allí, en el teatro vacío, como en familia, mirándose, sus mejillas se pondrían como dos granas, y el no quería parecer novato en estas cosas. Si llegaba á hablarla, le diría que él vivía cerca de su casa precisamente le caía al paso, para hacerla comprender que *aquella noche* no la había seguido. Y sólo al pensar en que esto era mentira, ya sentía un calorcito en la cara. Nó; pero era la rabia que sentía contra aquel entrometido....¡Hay ciertos jóvenes muy poco delicados! El, por lo menos, hacía las cosas muy disimuladas. A la mujer se le debe siempre cierto respeto.

A pesar de tan honrados propósitos, Benjamín se fué á la función siguiente con el intento de imitar en algo á su rival, más afortunado que él. A más de que Benjamín necesitaba decir á aquella rubiecita del bombo muchas cosas que sentía correr por dentro de su pecho. El no sabía lo que realmente era; pero otro cualquiera lo habría llamado amor.

Una vez que la *familia* húngara estuvo en la escena, tomó los gemelos y los dirigió á *su* artista. Estaba más linda que en los días anteriores. Ella sonrió y él, olvidándose de

todo, hasta de que estaba en el teatro, tuvo una alegría inmensa. Cierto escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sus dedos temblaban. Si la hubiese tenido cerca, la hubiera besado. Ya no se acordaba del respeto que á la mujer se debe. En los entreactos ella salía á un lado del telón y lo miraba también con gemelos. ¿Si estaría enamorada de él? No podía ser que el *atrevido rival* la hubiera seguido á ella; había de haber sido á la otra. La *suya* era bien suya. ¡Si él se hiciera presentar por algún empleado del teatro! Pero ¡pucha! en aquel escenario no entraba nadie durante la función. Estaba absolutamente prohibido. No había necesidad; él la hablaría á todo trance.

Acabó el espectáculo y la concurrencia se echó á la calle. Benjamín se quedó esperando á pesar de la *garúa* finísima que le mojaba la cara y las manos. El no hacía caso; pensaba en el modo de acercarse á la húngara sin pasar por malcriado ni atrevido. Le gustaban las buenas formas.

De pronto sonó una exclamación de sorpresa y luego una voz que decía:

—¡Oh! *Il pleut.*

Y, al mismo tiempo la del bombo, exclamaba en mal castellano y queriendo pronunciar la *ll* como los orientales:

—¿Cómo? *¿yueve?*

Benjamín lo pensó rápido. Llamó al único cochero que había enfrente del café de la esquina y dijo á las dos muchachas, como si estuvieran solas y sin hacer caso de los demás artistas:

—¿Quieren subir?—abriendo la portezuela del coche.

La húngara, riendo fuerte y llevando del brazo á su compañera, corrió hacia Benjamín y se metió en el coche seguida de la otra. Benjamín hizo otro tanto. Todo había sido rapidísimo. El aun no se había dado cuenta bien. La húngara sacó la cabeza y gritó:

—*¡François! ¡*La *yave!*

Se acercó uno de los músicos y le entregó una llave. Benjamín repuesto ya, dió á comprender que cabía algun otro; pero la húngara exclamó:

—Nó, nó. Estamos bien.

El coche había partido. Quiso dar las señas y le dijeron que *François* ya lo había hecho.

Benjamín se quedó callado, mientras las *húngaras* hablaban en francés. No las entendía á causa del ruido producido por el coche. El se quedó mirando los faroles de la calle que aparecían á cada momento y fijándose también en las gotitas que llenaban los cristales de las portezuelas, gotitas que iban resbalándose poco á poco, señalando líneas

tortuosas y éstas, unidas, figuras estrambóticas.

Después se dió cuenta de que su rodilla rozaba la de la húngara que no estaba muy quieta, y, para hacerse el distraído, quiso hablar no encontrando otro tema que el de quejarse del público, que no acudía al Nuevo Politeama. La artista no hacía caso de la poca concurrencia porque de todos modos había cobrado adelantado su sueldo. Por casualidad habían dado con un buen empresario. A Benjamín le pareció que tales razonamientos eran muy poco artísticos, y prefirió creer que el despecho era la causa de aquellas palabras. Al fin y al cabo tenían motivo con pensar mal de Montevideo; que no fueran tan estúpidos sus compatriotas. Ni siquiera los quiso defender, como había pensado.

El coche se paró. Benjamín abrió la portezuela, presentó la mano derecha que *la del bombo* le apretó fuertemente, pagó al cochero y entró en el zaguán. De pronto se dió cuenta de su barbaridad, al penetrar en aquella casa sin esperar que le invitasen. Se avergonzó; sin embargo no tardó en serenarse al ver la franqueza con que aquellas muchachas lo trataban. Empezaron por pedirle fósforos, después lo introdujeron en una pieza sucia y destartalada. Sentóse en un

sofá viejo, descolorido y desvencijado, mientras que la húngara se quitaba un sombrero pobretón y de poco gusto mirándose en un espejo de marco negro y deslustrado y de luna empañada y sin azogue en ciertas partes.

Benjamín no quería registrar detenidamente los rincones de aquella habitación, por temor de encontrarse con muebles rotos y suciedades que le produjeran asco y vergüenza, nó por él, sino por ella. Pero sí miró á la húngara que se había dado vuelta hacia Benjamín sonriéndole y mostrándole unos ojos llenos de picardía y voluptuosidad. Benjamín levantóse, fué á tomarla por las manos y le dió un beso en la frente.

—*¿M'aime—tú, mon petit chat?*—le dijo la *húngara* con una voz arrulladora y envuelta en mimos.

Benjamín no se dió cuenta de lo que aquella mujer le había dicho; pero sí advirtió que las piernas le temblaban y que se caería si no se sentaba pronto. Abrazóla y la arrastró al sofá que se aplastó hasta tocar la madera.

. . . .

Eran las dos de la madrugada, cuando se dirigía á su casa; y, á la verdad, que Benjamín se sentía con la cara ardiente y no era del placer, sino del sonrojo sufrido en aquella

habitación y delante de la húngara. No es que hubiera motivo para tanto, porque no estaba seguro de lo que á él le había parecido ver. Fué un golpe tremendo. Benjamín se quedó frío, sin movimiento durante unos segundos, cuando vió que *su* artista, una vez dispuesto para irse, le extendió la mano derecha como para pedir, mientras que con la izquierda le rodeaba la cintura y le miraba risueña y contenta. El no supo qué hacer. Por su gusto le hubiera puesto en la mano una *esterlina*, una *argentina*, en fin, una moneda de oro, pero no llevaba más que dos pesos en monedas de cinco reales. ¿Qué le había de dar? Aquello no podía ser. ¡Qué vergüenza! ¿Qué diría aquella artista? Y entonces le pareció más *artista* y más *grande* de lo que él había pensado. ¿Qué hacer? Tuvo una idea.

—¿Cuándo es tu beneficio?—preguntó Benjamín.

—No hay,—contestó la húngara.

¡Natural! Su pregunta había sido tonta. ¿Por qué *la del bombo* había de tener beneficio?

—Lo mismo da—replicó Benjamín.—De todos modos ya tenía el obsequio elegido.

Y, al decir esto, la había estrechado por el talle y acercado su cara á la de la húngara.

—Mañana volveré ¿verdad?—Decía él sonriendo.—¿Quieres que sea tu beneficio?

—Y bien; como tú *quiegas*.

Y se había ido con el rostro encendido de vergüenza, aunque había quedado bien. Se iba ejercitando poco á poco. Lo del calor en las mejillas pasaría pronto.

II

La primera campaña.

Decididamente Benjamín había nacido para el teatro. Su vocación de artista era manifiesta; solamente gozaba, se sentía feliz, estaba en la gloria, cuando en el teatro se encontraba: ya fuese durante los ensayos, ya en las funciones; ora se pasease por el escenario conversando con algún artista, ora estuviera sentado en la boletería en amigable charla con algún empleado. Benjamín discurría acerca de los diferentes sentimientos que embargaban su alma en tan agradables horas, se fijaba en la plácida tranquilidad en cuyos brazos se entregaba por completo, y deducía lógicamente que señales eran aquellos de que la fama había de proclamar su nombre en el recinto de algún templo dedicado al Arte, como él llamaba á los teatros. Por esto se dejaba estar y dejaba también pasar los días, seguro de que tarde ó temprano había de en-

contrar allí mismo el tema de su obra, de la portentosa obra que lo había de inmortalizar. ¡Oh, él lo presentía!

Pero, mientras llegaba la Musa de la Inspiración que lo envolviera en sus vaporosos velos, se entretenía en elogiar los que estaban atados alrededor de la cintura de las bailarinas que esperaban detrás de las decoraciones sonriendo y componiéndose los tules y los encajes que no eran suficientes á cubrir los senos, y á las cuales decía *flores* que preparaba de antemano, y daba ramitos que ellas se colocaban en el moño ó en el talle, prendidos con alfileres.

Antes de que se cerraran los teatros, aquel mismo año obsequió á la primera bailarina de cierta compañía muy alabada por Benjamín. La *chica* le robaba mucho tiempo y bastante dinero. Es verdad que no eran muchas sus ocupaciones; pero aun así y todo no se acordaba de las horas destinadas á la clase que tenía en el *Colegio de Montevideo.* Y no había que perderla, porque de lo contrario ignoraba de dónde saldría la *plata* que le facilitaba muchas conquistas. Sin embargo, la maldita suerte hacía que la hora de la clase y la de los ensayos fuera la misma, y era seguro que el día en que á aquella hora se hallaba en el teatro, los discípulos podían retirarse á sus casas. Benjamín no se acordaba de ellos. ¡Qué

diablo! A él le entretenían extraordinariamente las escenas íntimas que había en el teatro durante el ensayo. Los mismos trajes de las bailarinas, medio descuidados y sucios, las carcajadas de éstas, producidas por algún chiste de subido color, las notas del piano viejo ó las de algún violín mal tocado, los grititos de la directora, la obscuridad de la sala, la bujía que sólo alumbraba la partitura del músico, y, sobre todo, la absoluta prohibición de que nadie entrara durante aquella hora en el teatro, prohibición que únicamente no existía para él; todas estas circunstancias le hacían saborear la fruición de encontrarse en intimidad con aquellas alegres muchachas, en familia, casi en su tocador. Benjamín se sentaba unas veces en un palco y desde allí se burlaba de las piruetas de las bailarinas, hasta que la directora, medio enojada ya, le decía:

—*Silence, monsieur, silence.*

Pero también le gustaba estarse en el escenario cuchicheando con su *chica* ó riéndose con las compañeras. Entonces sí que las distraía demasiado, y alguna de ellas, cansada de sus tonterías, exclamaba:

—*Laissez-nous tranquilles.*

Y entonces Benjamín se sosegaba un poco. Se iba á un palco-*avant scéne,* con rejilla, y desde allí miraba ó llamaba á la *suya,* si no tomaba parte en algún *paso á dos.*

Precisamente el día en que había estado más locuaz y en que más se había divertido en el teatro, al volver á su casa, tuvo un disgusto, no tanto por lo que significaba la amonestación, cuanto por el temor de perder aquel puesto que significaba cien pesos mensuales. Fué el caso que el Director del *Colegio de Montevideo* se vió obligado á pasar á Benjamín una nota en la cual se quejaba de la inasistencia á la clase, hasta al punto de que los discípulos se le iban del colegio por la imposibilidad de prepararse bien para los exámenes. En seguida tuvo Benjamín un arranque de cólera contra aquel hombre que se atrevía á amonestarlo de semejante manera, y nada menos que á él, el gran literato, el yerno del Doctor Velázquez, que, si quería, había de tener bastante influencia para quitárle tan elevado puesto. Después pensó en no volver más á la clase, pero no pudo tomar esta resolución por no perder aquellos pesitos que eran los únicos que le permitían encontrarse bien entre bastidores. Si no fuera por aquel compromiso que tenía, Benjamín se hubiese animado á enviar á mala parte al Director, que se atrevía á reprenderlo de tal manera. Una vez más sosegado, hizo propositos de no abandonar la clase, ya que faltaba poco tiempo para terminar el curso. La verdad era que ya empezaba á fastidiarle de-

masiado la bendita cátedra. Aquello no tenía nada de artístico; la hora que en el colegio pasaba, le parecía larguísíma, que nunca acababa; salía de allí muy de prisa y respirando á sus anchas.

Por la noche encontró á su padre en la calle, y sin figurarse lastimar en lo más mínimo á su hijo, ni siquiera con la intención de reprenderlo, como que nada le importaba ya á él de lo que hacía su hijo, le dijo que había sabido por el secretario del *Colegio,* un amigo suyo, que allá no estaban muy contentos de su conducta, y que era necesario portarse mejor, porque cien pesos no se encontraban *así nomás.*

—*Mirá;* añadió el *signor* Migliore: —*io credo* que el *dottore* Velázquez te va á *pérdere,* por *non saper* dirigirte *á vos.*

—¿Qué sabe V., hombre?—respondió furioso Benjamín; —Velázquez y yo sabemos lo que hay que hacer y lo que nos conviene.

¡Pues no faltaba más! ¡A buen lado iba su *viejo* á quejarse! El no necesitaba consejos de nadie. ¿A qué, si se lo contaba á Velázquez, á su suegro, aun éste le diría que no fuera más, por no tratar con aquellos estúpidos? ¡Qué caray! Estas eran cosas que ellos entendían, y nadie se había de meter en sus asuntos.

—Bueno; adiós. Tengo que hacer;—dijo de pronto Benjamín á su papá.

¡Y tanto como tenía que hacer! Como que de súbito se acordó que había dejado olvidada sobre su mesa la maldita nota, y él no quería que los de casa se enterasen de aquella cuestión. ¡Qué cabeza la suya! Sólo faltaba ahora que Maruja hubiese leído aquel papelucho.

Benjamín llegó tarde; reparó que el papel no estaba cómo él creía haberlo dejado; de modo que alguien lo había tocado y quizás leído. Era necesario saber quién había andado allí con sus cosas.

—¿Quién ha venido acá á trastornarme esto?—preguntó enojado á Maruja que acababa de entrar.

—Nadie;—contestó ésta.

—¿Cómo, nadie? ¿Acaso no lo veo yo?—insistió Benjamín, levantando la voz.

—Nadie, te digo;—repitió su esposa.—Nadie ha entrado acá.

—Pues este papel no estaba así como lo he encontrado.

—¿Y qué es?—preguntó Maruja alargando la mano para tomarlo.

—Sí, *hacéte* la boba;—dijo Benjamín más contrariado.

—Pero, hijito, ¿yo qué sé? ¡Ah! es la nota del *Colegio*? Yo la había leído sin saber qué era.

—¿No decías que nadie había entrado acá?

—Quería decir gente extraña.

Y, mientras Benjamín ponía aquel papel dentro de un cajón y lo cerraba, Maruja en voz baja le aconsejaba que cumpliese con su deber, ya que sólo se trataba de una hora por día, porque su papá no lo llegase á saber, de lo contrario había de enojarse seguramente.

—¿Y á mí qué me importa?—la interrumpió Benjamín.—Esto es un asunto mío.

—No grites, hombre,—le dijo Maruja.—¿Por ventura papá no se interesa por tu buen nombre?

—Si ya lo sé.

Y marchóse Benjamín, una vez arreglados sus papeles, para no quedar aplastado por los buenos y poderosos argumentos de su mujer.

Esta permaneció en la bien arreglada habitación, en donde había de pasar momentos tan agradables, según creyó tiempo atrás. Cada mueble, cada objeto, cada adorno tenía para ella un recuerdo que le llenaba el alma de placer inmenso, el cual era cambiado por mortal angustia, cuando la realidad de hoy hacía desaparecer la poesía de ayer, estremeciéndole todo el cuerpo el pensamiento que la llevaba á levantar el misterioso velo de lo por venir. Ella no quería creerlo; pero presentía que sólo un contento le quedaba: Martita, si ésta con sus caricias y sus mimos no era capaz de atraer al hogar aquella cabeza á pájaros.

¡Y durante el verano cuántas ocasiones tuvo de entregarse á iguales pensamientos, sentada también en el escritorio de Benjamín! La horrorizaba la idea cruel de que su esposo se pasase todo el día y mucha parte de la noche fuera de su casa, porque no sintiese necesidad de estar á su lado y al lado de su hija, y por tanto que no amase ni á una ni á otra. Al principio aquella indiferencia le había causado cierto despecho, cierta cólera reconcentrada que demostraba con su silencio y rostro cejijunto; lo cual no hizo mella alguna en el corazón endurecido de Benjamín. Cuando tuvo á Martita, se olvidó del abandono de su esposo para dedicarse por completo al cuidado del sér que era el fruto querido de su primer amor. ¡Ah! ¡Y cómo la quería á aquella niña! Su amor era tanto que en medio del placer que le causaba su hija, estaba atormentada por un pensamiento fijo: la muerte de Martita.

Cuando, al principio del invierno, la niña se enfermó un poco á causa de la dentición, Maruja creyó volverse loca. Por de pronto no abandonaba nunca á la enfermita, contaba los latidos de aquel corazoncito, temerosa de que de repente cesase el movimiento de la vida; á cada instante hubiese deseado que el médico examinara á su hija, al menor llanto de ésta mandaba buscar á aquel,

cuyas palabras eran las únicas que podían consolar á la atribulada madre; mientras descansaba Martita, cuyo sueño intranquilo y delirante era guardado por Maruja, ésta se ponía á rezar á la Virgen de Luján, con extraordinario fervor y fe ardiente; y, cuando entraba Benjamín, se abalanzaba á su cuello, triste y llorosa, contándole *a* por *b* todos los síntomas que presentaba la enfermedad que tanto incomodaba y hacía sufrir á su querida Martita.

Benjamín se portaba bien en esos días en que su hija pasaba por la crisis de la dentición, no porque temiese ningún fatal desenlance, aquello no era nada de particular, sino porque no estaba bien que muchas de las buenas familias enviasen á pedir por el estado de la niña y él se estuviese paseando de noche por la Plaza Independencia. A los teatros no se podía ir, porque no estaban aún abiertos, aunque es verdad que si se hubiese querido divertir, después de las diez pudiera ir á algún café cantante, los que de cierto tiempo á esta parte se encontraban muy concurridos, hasta por muchachos del buen tono. Sin embargo, no quiso. Fuése á comprar á la *Librería Española* de Quintana algunas *novedades* para leer, y se entretuvo en *planear* algo de su obra colosal que no acababa de cuajar del todo. ¡Psch! Algo había

pensado, pero aun faltaba mucho. ¡Ah! nó, no había que desfallecer; la gran obra saldría. Por ahora no había que pensar, porque la niña lo tenía bastante preocupado, y aquel llanto chillón, continuo, atormentador, incómodo hasta la pared de enfrente, no lo dejaba en paz. ¡Caray, con la niña!

Maruja ya no se acordaba de la indiferencia demostrada anteriormente por Benjamín, ante el interés que ahora se tomaba por el estado de Martita. Estaba visto que su esposo las quería mucho á ambas. Ella le agradecía en su corazón aquel proceder tan correcto, gratitud que se externaba en besos y lágrimas, y más que todo en el olvido á que había relegado sus quejas pasadas. En su interior le prometía que, si se curaba Martita, no había de retenerlo ni un momento más. Los hombres habían de distraerse; el hogar era para las madres.

El pensamiento de Maruja se realizó más pronto de lo que ella hubiera deseado. Martita seguía aún enferma, cuando los diarios, entre ellos *La Patria* en un artículo firmado por *Fénix* (Guido Rivière), anunciaron que «en breve *debutaría* en el teatro Solís una Compañía lírico-italiana, en cuyo *elenco* figuraba la notable tiple ligera, Sta. Mecher, que tan buenos recuerdos había dejado en Montevideo la primera vez que había cantado en

Cibils, de paso para la República de Chile.»
Benjamín, después de haber dado la clase en el *Colegio de Montevideo,* pasó por la Redacción de *La Idea,* con el intento de recordar á Brioz que él se comprometía á escribir las revistas, y que, por tanto, le guardase la correspondiente entrada.

El día del estreno Benjamín no cesó de examinar á Martita, diciendo que ya estaba completamente buena, aunque Maruja afirmaba que el médico la había encontrado un poquito más *cargadita* de fiebre que el día anterior. ¡Bah! Aquel *vejete* era muy espantoso. Benjamín había visto á la niña en toda su enfermedad, sin perder una faz de la dolencia, y podía asegurar muy bien, que Martita estaba mejor que nunca. Ya no había nada que temer. ¡Ojalá! Maruja no deseaba otra cosa; que su hija sanase del todo, y la satisfacción sería completa.

Benjamín no quiso entender razones y á las ocho de la noche dijo que se iba al teatro.

Si hubiese novedad, ya sabes, *mandáme* á buscar.

—¡Parece mentira!—dijo Maruja, enojadísima.

—¿El qué?—preguntó Benjamín serio.

—Estando así la niña, me parece que hasta es feo ir al teatro.

—¡Pero si está buena!

—Bien, bien; vete. Para nada te necesito,—exclamó furiosa.—Nació sin tí, bien pudiera morir....

—No seas pava.

Maruja no había podido terminar la frase. Fuése á su alcoba y allí continuó llorando al lado de su hijita, á la cual empezó á besar desconsolada. La niña despertó y también se puso á llorar abrazando á su madre. Benjamín se quedó en su escritorio rezongando y dando rienda suelta á su mal humor.

Al otro día *La Patria* publicó un artículo de *Fénix,* en el cual se ponía por los cuernos de la luna á todos los artistas, y acababa por anunciar para la segunda función el *debut* de la Sta. Mecher con *La Traviata.* Contra todo lo que esperaba el empresario, *La Idea, il giornale veramente musicale,* no dió cuenta más que del estreno de la Compañía, «á cuyos artistas no se podía juzgar por una sola audición. Se esperaba oirlos en obras sucesivas de mayor aliento.» Y todo esto en unas pocas líneas. A Benjamín le dió rabia que Rivière hubiese escrito primero que él, y sobre todo que los aficionados buscasen la crítica de *La Patria* y no la suya. Es decir: seguramente habrían recorrido las columnas de *La Idea* y *Gladiator* no había resollado. ¿Se habría agotado ya? Esta pregunta que supuso que los lectores pudieran hacerse, lo encole-

rizó en sumo grado. Primero se enojó contra el francesito Rivière, el zonzo que se las echaba de crítico, aquel *Fénix* que, más que renacer, moría paulatinamente; después descargó su furia sobre su mujer, la pava aquella que no lo comprendía, que no sabía que para un artista en ciertos momentos no puede existir más que el Arte. Entonces hizo propósito firme de no ser otra vez débil; él iría al teatro, así se enfermasen todos; á él nadie le gobernaba, era absolutamente libre; y la mayor prueba de su libertad quedaba comprobada, marchándose en seguida al teatro, en donde debía de haber ensayo. ¡Como que ni siquiera pensaba ir al *Colegio* á dar clase! ¿Qué se habían figurado? ¡Caray!

Aquella tarde parecía mejor una de las más agradables de otoño. El sol brillaba en un cielo purísimo, impregnándolo todo de una claridad alegre y brillante. Si no se sentía calor, por lo menos no podía quejarse uno de que el frío incomodase; al contrario, estábase bien sin ningún abrigo y con el *saco* desabrochado.

Benjamín, una vez en la calle y después de haberse distraído un poco, se puso muy alegre y satisfecho, con el placer y el contento que sentía en lo más íntimo de su sér, cuando la Naturaleza cantaba uno de sus más inspirados poemas primaverales; que con esta

metáfora quería llamar Benjamín á los días tan bellos como aquél. Estaba muy á sus anchas al dirigirse á Solís.

Entró en el vestíbulo y lo atravesó rápidamente, porque el cambio de temperatura era notable. Parecía que de una habitación caliente cuyas paredes estuvieran cubiertas de tapices tupidos, había pasado á un cuarto de baño frío, hecho todo de mármoles blancos, que ponen carne de gallina. Levantó la pesada cortina que oculta la sala y tuvo que esperar un momento, el necesario para que las pupilas se dilatasen, á fin de darse cuenta de las personas que había en el escenario. Miró bien y escuchó mejor, y á nadie conoció. Supuso, sin embargo, que pronto ensayarían porque al lado izquierdo del espectador—como él pensaba—había un piano vertical con dos velas encendidas y una mesita delante de la concha del apuntador con una luz y varias partituras.

Sentóse en uno de los últimos sillones, después de bajar el asiento sin hacer ruido, levantó la cabeza fijándose en un hombre que en el segundo piso desempolvaba las sillas y los antepechos rojos de los palcos, y de rechazo lanzó su mirada á las brillanteces de zafiro que despedían los caireles de la araña que se perdía en las tinieblas del elevado techo. La luz gris del escenario, que apenas

arrancaba pálidos destellos á las doradas esculturas y á las blancas bombas de los palcos *avant-scêne*, no permitía ver bien á las pocas personas que se encontraban en la escena ya paseándose, ya sentadas en un rincón de la derecha. Sin embargo, Benjamín creía conocer por cierta *intuición artística*, que no era más que una costumbre de ver gente de teatro, á los individuos que allí hablaban en voz baja. Los dos caballeros que se paseaban, habían de ser el empresario, nuevo en aquel teatro, con su sombrero de copa echado á la nuca y un *saco* un poco largo, y el *tenore*, alto, con sombrero hongo y sobretodo de cuadros hasta los pies. La señora vestida de negro, con un enorme sombrero de largas plumas, sería la Mecher, y el caballero que hablaba con ella, el maestro director.

A Benjamín le gustaban extraordinariamente los ensayos; más que las mismas funciones de noche. El quería conocer las intimidades de todos los artistas, principalmente de las *partes* — las tiples, la soprano, el tenor, el barítono y el bajo, — y en el ensayo ya se podía deducir qué tales eran como cantantes y como personas. El vestido, el modo de hablar, el carácter, los chistes, las indicaciones, la manera de sentarse, pintaban el *interior* del artista. Entonces ya se veía cuáles eran los amigos y cuáles los que no podían tragarse,

y hasta si la tiple tenía *algo* con el tenor ó el bajo con la soprano. Y Benjamín empezaba á pensar y á imaginar y á inventar infinidad de historietas y rencillas y odios y escenas á que habían dado lugar en el teatro ó en el hotel. Y según era la simpatía ó la antipatía que por la figura ó por la voz cada artista producía en Benjamín, éste daba toda la razón de aquellas ignotas contiendas á ésta, á aquél ó al de más allá. Al que tenía la suerte de caerle en gracia, le admiraba como si fuera un héroe; primero por los triunfos de que lo creía ganador, y segundo por el valor que le suponía al atreverse á abandonar su patria y echarse en brazos de la suerte desconocida. ¡Cuántas veces había pensado en esa dificultad que se le presentaba para ser verdaderamente célebre! Acá, en Montevideo, no podía levantar cabeza, era lo mismo que ser célebre en su casa, lo cual á Benjamín no le gustaba. El hubiera querido recorrer el mundo entero con la seguridad de que nada había de faltarle, de que continuaría disfrutando de aquella comodidad que había alcanzado, al propio tiempo de que sería aclamado y festejado sin la menor protesta. El temor al fiasco le hacía estremecer. Y en cambio aquella gente se abalanzaba á una vida imprevista, más cerca de la pobreza que de la abundancia, con probabilidades de victoria, pero distante sólo un

paso de la desilusión y la rechifla. ¡A esto se llama ser valientes! ¡Eran unos héroes!....

Mientras discurría acerca de este tema, Benjamín había reparado que las dos sombras que se paseaban junto á la decoración del foro, se acababan de detener enfrente de otras dos salidas, como de repente, de un rayo de luz que entraba por un ventanal alto y llegaba hasta las tablas por entre dos bastidores. Al parecer el empresario se quejaba á uno que no conoció desde luego; pero que después por el metal de voz dedujo que era Mario Gutiérrez. ¡Era extraño que no se hubiese hecho presentar antes! Y había entrado en mal pie, porque Benjamín oyó que el empresario se le quejaba del silencio de *La Idea*, lo cual hacía suponer que Gutiérrez había dicho que él era el cronista, título que ostentaba siempre para llegar á la presencia de los artistas. Mario se esforzaba en hacer comprender al tenor que, para mayor justicia y lealtad, él esperaba el segundo ó tercer espectáculo para dar su opinión.

—*¿Andiamo?*—exclamó de pronto el director.

—*¡Sacramento!*—vociferó el empresario. El hombre ya estaba cansado del barítono. Siempre hacía lo mismo; siempre faltaba á los ensayos. Cualquier día lo mandaba á pasear. Ese y la soprano se entendían y á el no le

gustaba que, para pelar la pava, abandonasen sus deberes de artistas.

Benjamín levantóse y se fué antes de que éstos saliesen al vestíbulo. Aun no quería conocerlos, porque, como no tenía compromiso con nadie, deseaba ser independiente, y *pegarles* si á mano venía. ¡Ojalá! Así pondría mal á Gutiérrez con aquella gente. ¡Miren el atrevido de Mario! ¡Idiota!

Completamente imposible le fué oir á la Mecher en su papel de *Traviata* hasta la noche del estreno. Benjamín ya suponía que sería un *suceso*, porque se acordaba de la voz preciosa que le había cautivado en Cibils, y porque Mario Gutiérrez había asegurado que era la mejor ópera que la Mecher cantaba.

—¡Natural, querido!—decía Mario.—¡Cuestión de semejanza! Debería llamarse Margarita Gautier.

—¿Sí, che?—preguntó Benjamín.

—¡Uuuuh!—hizo el gomoso azotando el aire con la mano.

Efectivamente, aquella *señorita* tan modesta, tan sobria en sus gestos el día anterior en el obscuro escenario, se movía ahora, entre las candilejas y la mesa del banquete, ligera, risueña y hasta cierto punto descocada. El cambio era sorprendente: la noche obscura de súbito se había convertido en día

esplendoroso. ¡Y cómo cantaba! Aquella encantadora voz de tiple ligera lo había cautivado en seguida hasta el punto de enternecerlo. Aquel precioso sonido de metal argentino se había infiltrado en sus oídos, lo sentía juguetear por dentro hasta haber encontrado su alma á la cual había extasiado. El final del primer acto fué ruidosamente aplaudido, pues el público se había entusiasmado. Benjamín gozaba de placer inmenso. Se deshizo en alabanzas. Aquella mujer linda, porque la Mecher resultaba muy linda, le había encendido la sangre y atacado los nervios.

Durante el primer intervalo, echó una ojeada á la *cazuela*. Estaba hermosa. Guido Rivière, que se hallaba por allí, habría dicho ya que era un gran *bouquet* de pimpollos. En el afán de hacer frases, Benjamín, mientras miraba las muchachas, pensaba en llamar á la boca rosa de carne....

¡Ah! También estaba Anita, y le miraba con insistencia. Había que saludarla. ¡Cosa extraña! Anita sonreía con mucha amabilidad; demostraba en su hermosa cara que se sentía muy contenta; por lo visto ya no estaba enojada con él. Mucho mejor. Tenía ganas de hablar con ella. ¡Hacía tanto tiempo que no sabía de su vida!

En las tertulias altas se hallaba Sanguetti

hablando con Gutiérroz. Allá iba él. Mario se esforzaba en demostrar al ex-tenor que la Mecher era una cantante de *primo cartello.* Sanguetti aseguraba que la tiple tenía muy buena voz, pero que la cscuela era bastante defectuosa. ¡Si quisiera estudiar con él! ¡Ah, entonces! ¡Que vieran cómo cantaba aquella muchacha que ahora los miraba!

—¿Cuál?—preguntó Gutiérrez.

—Anita Pionini, la *mía prima scolara.*

—¡Ah!—exclamó Benjamín.—Es una notabilidad. ¡Qué artistona!

Para Benjamín la Mecher tenía una gran cualidad, con la cual lo había cantivado, y, por consiguiente, ya le parecía una mujer de mucho talento y digna de todo encomio. Contra la costumbre de los cantantes, la Mecher atendía tanto la parte del canto como la de la mímica. Se movía, accionaba y sentía, como una buena actriz. Esto era mucho y excelente en una cantante. Sanguetti tuvo que reconocerlo.

Como es de suponerse, pues, Benjamín hizo constar todo esto en su crónica, tomándose la libertad de dar un consejo á la Mecher: que, cuando pronunciase la célebre frase: *¡Oh come son mutata!*, lo hiciese mirándose primero al espejo, retirándose después y poniendo en aquellas palabras todo el dolor, la angustia, el pesar y, al propio tiempo,

el temor de que *su Alfredo* la viese en tan deplorable estado.

Este artículo gustó mucho á los *amateurs*, y un empleado del teatro fué á pedir doce ejemplares de *La Idea*. Esta noticia hizo estremecer de contento á Benjamín. Su crítica había causado sensación.

Anuncióse la repetición de *La Traviata*, el *suceso* de la notable tiple, Sta. Mecher, según rezaban los carteles. *Gladiator* volvió al teatro con el intento de fijarse bien en si la artista tomaba en cuenta sus observaciones. Dejó pasar los dos primeros actos con cierta indiferencia para poner sus cinco sentidos en la escena durante el último. *Violeta*, con su blanquísimo peinador, de mangas anchas, que dejaban ver los brazos torneados de la *tísica*, y su cabellera suelta por la espalda y sobre los hombros, estaba leyendo la arrugada *lettera* guardada en el seno. A Benjamín le latía el corazón con fuerza. No tenía ojos más que para la artista. Esta decía con acento aterrador: *E tardi*. Y Benjamín sentía un sudor frío que se había apoderado de su cuerpo. ¡Ah! *Violeta* se mira en el espejo, cae otra vez sentada en la silla con las manos crispadas, y, con voz desesperada, angustiosa, cruelmente dolorosa, dice: *¡Oh come son mutata!* Y la concurrencia bastante numerosa prorrumpe en ruidosos aplausos que apagan

la voz de la Mecher y amortiguan los sonidos de la orquesta. Benjamín está sudando, postrado, se halla en una laxitud de nervioso; no aplaude, no quiere aplaudir, porque aquello es obra suya, lo aplauden á él, á Benjamín Migliore, al gran artista que merece una estatua; la prueba es clara: un público inteligente lo aplaude, le muestra su entusiasmo por su inspiración creadora. ¡Si Verdi lo supiera! Y mientras tanto *Violeta* canta con toda perfección y gusto el celestial *Addio del passato bei sogni ridenti*.... ¡Qué música preciosa, qué canto divino! Benjamín la encuentra soberbia, y á la Mecher encantadora. ¡Qué mujer linda!

Gladiator en su revista *constató* el triunfo alcanzando por la Mecher, y manifestó que se daba por muy satisfecho, si en *algo* había contribuído á aquel éxito, ya que otras veces se veía obligado á disgustar á los artistas.

Por la noche recibió una tarjetita muy perfumada en la que *Rose Mecher* saludaba al *egregio* crítico *Gladiator* y le manifestaba que solamente él era la causa de un triunfo que estaba pronta á agradecerle de palabra, si se servía pasar por su casa: Calle San José, 53.

Leyó el contenido de la esquela tres ó cuatro veces, y deliberó consigo mismo muchas

más si debía acceder ó nó á semejante ruego un crítico independiente que se había propuesto hacer justicia, la cual no podría realizar acaso, interponiéndose la amistad entre la artista y él. Sin embargo el caballero no podía dejar sin respuesta tan agradable invitación, ni Benjamín se creía con fuerzas para resistir á las deliciosas entrevistas mediant aquella olorosa *cartuline*. Era preciso ir. Después de todo, lo regular sería que la Mecher cantara las demás óperas tan bien como *La Traviata*. Respecto á la otra dificultad: el dinero, era probable, seguro, que una cantatriz como la Mecher, no permitiera que el *vil* metal desvaneciese las ilusiones gratas en que se envuelve el amor. Porque Benjamín lo preveía: *Rose Mecher* y el *egregio* crítico *Gladiator* llegarían á amarse, á adorarse; como que él ya había pensado en ella muchas veces al día. ¡Pucha cómo estaba de calavera! ¡Qué picaflor!

Y fué á la casa de la calle San José, 53. La habitación en que le introdujo una de las coristas de la compañía, al parecer doncella de la Mecher, era sumamente modesta: un piano, sofá, dos butacas y cuatro sillas. La alfombra no era nueva. Encima de algunos papeles de música que estaban sobre el piano, vió la tarjeta en que por la mañana anunciara su visita. Benjamín esperó sólo un momento.

Abrióse una de las puertas que comunicaban con el interior de la casa, y apareció la artista, vestida de blanco, tal como había salido en el tercer acto de *La Traviata*, con el pelo caído por atrás, un pelo rubio muy claro, bastante escotada y casi desnudos los brazos de una blancura marmórea. A Benjamín le pareció preciosa, y desde luego quedóse prendado de aquellos ojos azules, grandes y rasgados que á veces se cerraban un poco, cuando la dueña sonreía plácidamente.

Sentóse la Mecher en el sofá y Benjamín en una butaca. La conversación, despojada de esos convencionalismos atroces, peculiares de las primeras visitas, tomó en seguida el rumbo propio de un diálogo entre personas que aman el arte, que conocen sus misterios y se apasionan por sus encantos. Desgraciadamente aquella conferencia que había absorbido las fantasías de Benjamín y su linda é inteligente interlocutora, vióse cortada de pronto por la llegada de Guido Rivière, el cronista de *La Patria,* como se leía en la tarjeta que la doncella había entregado á su señorita. Benjamín puso mala cara, y, á pesar de que le sonrió al estrechar su mano, sintió que por dentro corría una ola de odio contra el entenado de *la patria*, con cuyo *calemburg* le calificaba entre sus amigos.

Rivière, para fastidiar á Benjamín ó para *darse corte* con la artista, empezó á hablar en francés, ya que se había enterado de que la Mecher era de Suiza, y ésta contestóle al parecer con suma satisfacción. Lo cual acabó de encolerizar á Benjamín, quien en el primer momento tuvo intenciones de marcharse, pero luego desistió de tal pensamiento para contrariar también á Rivière, que de seguro había ido allí con algún fin *non sancto*. Así es que uno y otro prolongaron la visita más de lo permitido entre personas de cierta educación. A Benjamín no le parecía tan grave su permanencia, porque él había sido llamado, y aun no se había hablado de la causa que motivara su visita. Como ya era tarde, cuando Rivière trató de retirarse, Benjamín no quiso permanecer más allí; tampoco se lo indicó la Mecher, si bien le rogó que fuera á verla en adelante. Estas palabras suavizaron el mal humor de Benjamín, quien estuvo por echárselo en cara á su compañero, una vez en la calle. Este le dijo al despedirse que aquella mujer le había gustado mucho y que probablemente *caería* como todas, *caería*. Y diciendo esto se refregaba las manos. A Benjamín le disgustó que aquel francesito le hubiera comunicado pensamiento tan bajo; no obstante él pensó lo mismo varias veces.

Y volvió, sí, volvió el domingo siguiente por

la tarde. El día estaba frío, triste y nebuloso, así es que Benjamín no tuvo reparo en dirigirse á ver á la Mecher, seguro de que ésta se encontraría en su casa. Llamó y se le dijo que la *signorina era uscita*. Estaría en Solís ensayando. A los pocos pasos, la doncella-corista le llamó desde la puerta. Sonrió y le dijo que entrara. Benjamín fué introducido en la pieza que ya conocía y luego en la otra de donde, días antes, había salido la artista. Esta se encontraba echada en la cama, cubierta por hermosa y velluda piel; le había visto pasar por delante de las ventanas, y le hizo entrar. Había que dispensar á la sirviente, porque tenía orden de despedir á *todo el mundo*. Estaba muy aburrida, llena de *spleen*, aplastada por aquel día gris.

Benjamín sentóse en una marquesita que había entre el lecho y la pared y, mientras hablaba con la Mecher de asuntos varios, daba una ojeada por la alcoba Enfrente de la cama, de madera fina y lustrada, con dosel de cortinas celestes, había varios *mundos*, de los cuales uno estaba abierto y con algunas piezas de vestir echadas con descuido. Entre las dos ventanas que daban á la calle, había un tocadorcito que nada de particular tenía, si no era la infinidad de botellitas, frascos, pastillas de jabón, cepillos, pincelitos, polvos, cisnes, que lo cubrían. Al lado de la cama se

veía una mesita de luz, sobre la cual se confundían un reloj de bolsillo, dos copas, un cartucho de yemas con el rótulo del *Telégrafo*, unas rosas marchitas, medios limones exprimidos y una fotografía de la Mecher en rico marco de marfil.

Engolfado en la conversación. Benjamín se había echado poco á poco en la marquesita, destrozando con los pies unos papeles de música olvidados en aquel extremo del asiento, y la artista habíase dado vuelta hacia su interlocutor, descomponiendo la manta de pieles, estrujada entre sus rodillas, y mostrando medio cuerpo, cubierto con un peinador de guipur.

—*In questa stagione vi faremo conoscere* Romeo e Giulietta;—decía la Mecher.

—*Me ne rallegro tanto.*

—*Come iò non ho mai cantato quest' opera, lei mi dara qualche lezione; non é vero?*

—*Io? Poveretto me!*

Y ambos sonreían y se miraban con los ojos fijos y penetrantes. Benjamín sentía algo que le hacía cosquillas en todo el cuerpo, estaba muy nervioso y con deseos de estrechar á aquella mujer. Había tenido varias ocasiones de hablar de amor á la Mecher, pero no quería ser vulgar en sus expresiones, ya que se trataba de una mujer ingeniosa. Tenía miedo de empezar como otro cualquiera. Así pensaba, mientras seguía la conversación.

De pronto levantóse, quiso despedirse y, al hacerlo, exclamó:

—*A proposito; sa lei in qual modo si congedavano Romeo e Giulietta?*

—*No;*—contestó la artista con cierta ingenuidad, que sorprendía por el tono inocente con que había querido pronunciarlo.

—*Cosi;*—dijo Benjamín, mientras depositaba un beso en la boca de la Mecher, la cual le echó sus blancos brazos al cuello.

El creyó que había estado feliz en su pensamiento y en la resolución de éste, según era de contenta que se había puesto la Mecher, triste y nerviosa por aquella tarde de día nebuloso.

III

Bautizo de sangre.

Como puede suponerse, Benjamín no faltó noche alguna en Solís, como tampoco faltaron en las columnas de *La Idea* las crónicas teatrales en las cuales no había linea que no fuese un elogio exagerado para la Mecher, si bien todo estaba dicho muy bien y con sobrada elegancia. Todo lo que había en esos artículos de falta de criterio, se encontraba de originalidad en el estilo. *Gladiator* era muy leído. Se hablaba mucho de las *impresiones* de *Gladiator*. El francesito Rivière decía por todas partes que *aquello* era una vergüenza, que si Benjamín estaba *enamorado* que fuese á tomar duchas, pero que no se lo contase á los lectores; pues á ellos maldito lo que les importaba.

Y no solamente iba de noche al teatro, sino que casi siempre presenciaba los ensayos é intervenía en todos los asuntos ya de los

artistas, ya de la empresa. El cartelito suspendido en la puerta del escenario que dice: *Es prohibida la entrada*, para Benjamín no existía, porque desde el boletero al último empleado, todos sabían que el gran crítico podía entrar y salir cuando le diera la gana. A pesar de que la infeliz Maruja nada sabía, todos los *habitués* estaban enterados de las relaciones establecidas entre Benjamín y la Mecher, la cual lo trataba con mucha franqueza é intimidad, aun delante de personas extrañas.

Algunas veces, entraba Benjamín en el escenario después del primer acto, y no salía hasta terminar la función, hora en que se retiraba á su casa, porque la Mecher siempre se había obstinado en irse sola á su casa, para bien de ambos, según ella decía. Esta negativa le había llamado un poco la atención, si bien no había procurado investigar la causa. Después de todo no tenía ninguna queja contra su querida, que le amaba extraordinariamente, no le era nada costosa, y le trataba con confianza ilimitada. Con igual moneda le pagaba Benjamín. La Mecher pronto estuvo enterada de todo lo concerniente á la familia Velázquez, de sus altas aspiraciones, de su infinito amor al Arte, de la elevada reputación de que gozaba entre sus compatriotas, y de su obra, la grandiosa obra que tenía en proyecto.

—*Un romanzo?*—preguntó la artista.

Nó. Benjamín, sin manifestar el motivo, dijo que no quería escribir ningún libro, puesto que se había entregado por completo al teatro, á la vida artística.

—*Dunque, una commedia?*—insistió la Mecher.

¡Quién sabe! El no tenía una idea exacta de lo que iba á escribir, pero algo de esto tendría que ser, ya que desgraciadamente se había *apercibido* muy tarde de que era un excelente músico. ¡Si él pudiera componer una ópera! ¡Qué feliz sería! Entonces ya tendría intérprete: la famosísima tiple *Rose Mecher*.

—*Non é vero, carina?*—exclamaba Benjamín, loco de alegría, estrechando las manos de la artista que sonreía, y besándola en la boca de labios pálidos.

¡Oh! ¡Qué bien se estaba allí! Benjamín pasaba muchas horas en casa de su querida, porque á él le gustaba sobremanera estar al lado de aquella mujercita que lo comprendía, le alababa todos sus pensamientos, le animaba á realizarlos y ninguna vez le recordaba los deberes que tenía ni como abogado, ni como catedrático.

Las dos personas que más quería, eran la Mecher y Velázquez. ¿Y Maruja y su hija? Bueno; éstas no entraban en la comparación. Aquello era como un amor natural que no admitía comparaciones. Bien es verdad que algunas veces le arrancaban madre é hija un sen-

timiento de contrariedad; la primera con sus sermones y mogigaterias, y la segunda con la influencia que ejercía sobre su esposa, hasta hacérselo olvidar bastante. ¡Qué distintos la Mecher y Velázquez! La una le halagaba en todos sus caprichos y deseos, y el otro le concedía una libertad sin límites. ¡Qué pucha! Su suegro se acordaría de las calaveradas que había hecho en su juventud, vería la necesidad que hay de las diversiones propias de la edad, y terminaría por pensar que ésta pasa pronto para dar lugar á los años del trabajo y el consiguiente retiro. Por lo tanto era justo que no perdiera la ocasión de divertirse, mientras llegaba la época de la vida casera.

Sin embargo, para Benjamín no todo era satisfacción y contento. De tarde en tarde tenía sus disgustos y contrariedades. El que le preparaba el Director del *olegio de Montevideo*, lo esperaba él con toda seguridad, si bien no ponía remedio, llevado de esa indiferencia y poca voluntad que demuestran algunos en asuntos fastidiosos y antipáticos. A esto se había reducido para Benjamín la cátedra que en otro tiempo le sirvió para darse placer y renombre. Efectivamente; Benjamín, que hacía más de un mes que no aparecía por el *Colegio*, recibió cierta tarde la destitución de catedrático en una nota seca y desabrida. Entonces se alegró pareciéndole que se le quitaba de enci-

ma pesada carga que le había agobiado por largo tiempo. Lo primero que hizo fué romper el papel en que se le comunicaba tan radical resolución, á fin de que su familia no se enterara tan pronto como él no quería. Después, reflexionando un poco, pensó en la pérdida material que le ocasionaba y en que los diarios darían al otro día la noticia de su destitución. Esto lo puso nervioso y de un humor de perro.

Por un movimiento instintivo se disponía á salir á fin de dirigirse á algunas redacciones, en donde rogaría que *rebentasen* á aquel zonzo de director, cuando le entregaron nna tarjeta, cuya letra del sobre reconoció al momento. Era de la Mecher. ¡Cosa extraña! Le escribía dos lineas manifestándole que el dolor de garganta había aumentado, convirtiéndose según el médico en una tremenda laringitis. Rompió tarjeta y sobre, como era su costumbre, con el objeto de que su mujer no descubriera sus líos amorosos, y se abalanzó á la calle para acudir á aquel llamado. Velázquez se retiraba ya y le dijo:

—¿A dónde vas á estas horas? ¿Y la comida?

Benjamín volvió á entrar y se fué á sentar á la mesa dando prisa á los sirvientes.

Durante la comida estuvo silencioso y se mostró muy preocupado. Tragaba sin casi masticar, y terminó antes que ninguno. Ma-

ruja comprendió que algo le pasaba; sin embargo no quiso hacerle ninguna pregunta delante de los otros. Esperaría. Una vez terminada la comida, Maruja se levantó y se fué á su cuarto, en la creencia de que Benjamín iría allá también al menos para despedirse. No fué así. Su esposo tomó el sombrero y se echó á la calle.

Caminaba con extraordinaria rapidez y tan pensativo, que no advertía las gruesas gotas que resonaban sobre la *galerita* y le manchaban el sobretodo de color. Para que advirtiera la tormenta que se iba á desencadenar, fué preciso que aumentara la lluvia hasta convertirse en fuerte chaparrón, que le obligó á correr la *cuadra* que lo separaba de los pórticos que rodean la Plaza Independencia. Paróse delante de los escaparates de Cambroni, sacó el pañuelo y empezó á secar el agua que había caído sobre el sombrero y á azotar la que le había mojado el abrigo.

Entonces reparó en el rápido movimiento de gentes y carruajes que en un instante se produjo en la plaza y las calles adyacentes. Hasta le hizo olvidar el motivo que allí lo había conducido. Las personas que se encontraban en mitad del paseo, corrían por todos lados: unas se dirigían á la parte Norte, otras á la parte Sur, según la distancia más corta. Los hombres se levantaban los cuellos de los

abrigos y se apretaban los sombreros que el viento amenazaba hacer volar; las muchachas se contentaban con dar saltitos, pues sus vestidos estrechos no les permitían correr, chillando y riendo simultáneamente; y las señoras, gruesas y pesadas, apresuraban el paso, ya que no podían otra cosa, aguantando con toda paciencia el tremendo chaparrón. Algunos que habían sido previsores, abrían los paraguas y con toda cachaza continuaban el camino riéndose de algunas escenas cómicas. Los cocheros de punto saltaban sobre el pescante de los sendos carruajes, hacían restallar las fustas y cambiaban de puesto, colocándose cerquita de los pórticos para resguardarse del azote de la lluvia empujada por el viento, y, al propio tiempo, para ofrecer sus vehículos á los transeuntes impacientes y *apurados*. Pronto el limpio suelo de las arcadas fué ensuciado por los que allí se habían refugiado, y convertido en charco por el agua que destilaban los paraguas. Formáronse corrillos de hombres que hablaban del tiempo, se convidaban con cigarros y miraban á las señoras que estaban paradas delante de los escaparates, haciendo tiempo hasta que pasara aquel chubasco. Algunas entraban en *lo* de Cambroni para sentarse, tomar aliento, cansadas de las correrías y echar un parrafito con los dependientes. Los *pilletes* pregonaban

La Patria y *La Idea* á dos vintenes, un limpia-botas quería lustrar los botines sucios y un vejete daba *la grande* por un *pezzo*.

Benjamín se paseaba de arriba á bajo fijándose en los que le interceptaban el paso, cuando vió á la luz que arrojaba un escaparate, á Anita con otra muchacha, las cuales eran blanco de las miradas de varios jóvenes allí agrupados. Las saludó y hablaron un momento burlándose del cerco puesto por el agua.

—¿Qué dirá mi *sirvienta,* —decía Anita, —esperándonos con la mesa puesta?

—¿Cómo?—exclamó Benjamín;—¿no ha comido aún?

—Allá íbamos,—contestó la misma sonriendo y mirando á su compañera.

—¡Y Dios sabe cuando dejará de llover!—replicó ésta apretando á Anita.

—Para ustedes, muy pronto;—dijo Benjamín llamando á un cochero é invitando con el ademán á que subieran las jóvenes al coche.

Anita aseguraba que la lluvia pronto pasaría, que ellas no tenían mucha prisa; pero Benjamín contestaba riendo que le parecía ser ya hora de comer.

—Más tarde tendrán que llevársela desmayada.

Las muchachas rieron de la ocurrencia, se me-

tieron en el vehículo, Benjamín pagó al auriga, preguntó la dirección que repitió á éste, y cerró la portezuela, no sin antes haber estrechado la mano finísima de Anita y haber saludado á su compañera.

Y quedóse allí, recostado á una columna, llena de avisos y carteles y anuncios de todas clases y distintos colores. Estàba tan embebido en sus pensamientos que no advertía que las salpicaduras del agua caída con fuerza en el embaldosado, le mojaban botines y pantalones y hasta le rociaban cara y manos. Aquella muchacha producía siempre notable impresión sobre su espíritu sensible por demás. Sus hermosos ojos tenían un lenguaje mudo pero expresivo, su sonrisa alegraba el ánimo más entristecido, su arrogante figura atraía, encadenaba, arrastraba á todo el que tenía ojos en la cara y un corazón ardiente, sus manos, finas y delicadas, comunicaban un calor sofocante, un sacudimiento de pila elèctrica, un movimiento de atracción. ¡Y cómo le había apretado la suya! Había de ser delicioso amar á aquella mujer, en apariencia arrogante y desdeñosa, pero cuyas caricias habían de saber á miel sobre hojuelas y néctar sobre la miel.

El viento aumentaba cada vez más y le azotaba el rostro con la fría agua del cielo. Benjamín lo notó al fin, y se retiró detrás de la

columna, observando el aspecto de la Plaza. Estaba, al parecer, más iluminada que otras noches, pues las luces de los numerosos faroles se habían aumentado extraordinariamente, reproduciéndose en cada bache ó pocito en que el agua se estancaba. Los bancos de hierro y el embaldosado semejaban á veces planchas de metal bruñido. Los parajes cubiertos de balaste, en donde se formaban grandes charcos, parecían dilatadas y hondas lagunas que retrataban las luces de gas, más brillantes cuanto más se hundían hasta el fondo del imaginario lago. La entrada de la calle 18 de Julio, vista desde los pórticos, antojábasele á Benjamín el patio de un palacete, la sala de un teatro, un recinto encantado, profusamente alumbrado por número infinito de mecheros, tal es la brillante claridad que despiden los faroles municipales, las bombas blancas de los establecimientos y los escaparates repletos de espejos, alhajas y chucherías que aumentan el resplandor.

Un cuarto de hora hacía que Benjamín estaba observando con curiosidad aquel cuadro en el cual nunca se había fijado, cuando notó que las negras nubes que cubrían el cielo, corrían atropelladamente, empujadas por el furioso vendabal. La lluvia iba disminuyendo hasta convertirse en polvareda de agua que envuelve los objetos en una bruma de

aureola. Los nubarrones se elevaban dejando de oprimir la ciudad, poco á poco iban desgarrándose y convirtiéndose de negros en azules. De pronto se vió un agujero claro que se ensanchaba cada vez más, como un crespón que se va rompiendo, y entonces, como un foco eléctrico repentinamente encendido, apareció la luna esplendorosa y de un disco grande. En aquel momento Benjamín, que tenía los ojos fijos en esta faz de la naturaleza, vió correr una especie de lucecita siguiendo la dirección de los hilos del teléfono, que forman inmensa red de alambres. Eran las gotitas del agua que corrían como cuentas brillantes de rosario.

Con esto la gente detenida allí empezó á tomar diferentes direcciones, y los pórticos se quedaron casi abandonados. Benjamín, después de haber extendido una mano fuera de los arcos y haberse asegurado de que ya no caía más que pequeñísima *garúa*, lanzóse también en veloz carrera por la calle Juncal hasta llegar á la casa de su querida.

La encontró tendida en la cama, bien arrebujada con el abrigo y hablando con la voz ahogada y con angustia. Entonces supo que el médico le había recetado cierto jarabe y unos baños que aun no habían enviado de la botica. Benjamín se exasperó por aquella tardanza y, como si tuviera miedo de que se

le muriese entre los brazos, se dirigió rápidamente á la farmacia. Pidió el jarabe contenido en un frasquito y rogó que mandaran las aguas sulfurosas contenidas dentro de tres grandes botellas.

Cuando Benjamín iba á salir, el dependiente gritó:

—¿Quién paga esto?

—Yo;—contestó aquél, malhumorado y poniendo sobre el mostrador los dos pesos pedidos.

Corrió hacia la casa de la Mecher, y él mismo destapó el frasco y dió una cucharada del contenido á la enferma.

Poco tiempo después entró la doncella con las botellas para los baños. La artista dió orden á la criada de que pagase.

—Ya lo está;—exclamó Benjamín con indiferencia y paseándose por la alcoba, avergonzado por los dos.

—*Ma*, Migliore!—repuso la enferma con su voz ronca y mirándole con ojos agradecidos.

—*Non parlare*, *figlia mia*, *taci*.

Había que estar tranquila, sosegada y en silencio. A Benjamín le parecía que la Mecher estaba gravísima, que, si no moría, por lo menos se había perdido para siempre. Aquella preciosa voz, que lo había encantado, seducido, cautivado, haciéndole sentir emociones sobrenaturales, divinas, había desaparecido

completamente. Aquella afonía tan acentuada le hacía el mismo efecto que un monumento artístico derrumbado de repente sin encontrarse piedra sobre piedra. ¡Aquello era para desesperarse! ¿Qué haría ahora aquella mujer sin voz, sin porvenir, sin amparo? ¡Qué tontería! ¿Y él? ¿Acaso no estaba dispuesto á todo: á socorrerla, á ayudarla, á trabajar por ella?....

Unas voces gruesas de hombre le sacaron de sus locas cavilaciones. Miró á la Mecher y ésta puso malísima cara. No tuvo tiempo de decirle quiénes eran. Entraron en la alcoba dos caballeros: uno era alto, rubio, grueso, casi hermoso; el otro, más joven, vestía elegantemente, se retorcía un bigote negro y era delgaducho y feo. La enferma hizo la presentación, después que aquellos individuos hubieron preguntado por el estado de la artista. Benjamín no entendió bien más que el apellido del señor grueso y rubio. Se llamaba Bouchart y era *porteño*. El compañero también.

Un instante después, los dos argentinos empezaron á reirse y á bromear; el señor Bouchart tenía una risa expansiva y franca, y cada vez que reía, el abultado abdomen temblaba, como una bolsa hinchada. A Benjamín tales desmanes, no sólo le parecieron de una grosería asquerosa, sino que lo en-

furecieron de tal modo que se puso serio, lívido y con respiración frecuente. Tanto más, cuanto que la Mecher reía y á veces alababa las *salidas* del grueso Bouchart, lo mismo que el joven delgaducho.

Benjamín salió al patiecito de la casa, llamó á la sirviente y le advirtió que era hora de que la señorita tomase un baño, aunque hubiese aquellos zonzos; no importaba. Saldrían.

La Mecher tuvo que pedirles que se fuesen un momento á la otra pieza. Riendo y haciendo algazara, salieron, mientras decían algunas *pavadas* de mala ley. ¡Qué barbaridad! Precisamente ellos iban dispuestos aquella noche á farrear un poco. El champaña los había alegrado mucho y aun traían una botella para convidar á la Mecher... y á aquel amigo, porque desde aquella noche contaban con un nuevo amigo, el Dr. Migliore. Este por momentos se sulfuraba más y más, y temía estallar y mover un escándalo. ¡Qué caray! Aquello no era aguantador.

Apenas hubo salido la criada dejando la puerta abierta, Benjamín se dirigió á la cama y preguntó á la enferma, todo azorado:

—*Ma, carina; cos' é questo?*

—*Lasciali, sono amici.*

—*Vergogna!*

—*Lasciali, sono matti.*

De pronto suena en el piano una marcha furiosamente tocada; Benjamín se abalanza á la puerta, ve el tipo delgaducho y antipático sentado al piano y grita:

—¡Caballeros!

Cesa la música, se da vuelta el pianista, y, dirigiéndose á Benjamín, dice con toda frialdad:

—¿Qué hay?

—Que lo que ustedes están haciendo, no está bien,—responde con rabia Benjamín, que no atiende los gritos sofocados de la enferma.

—¿Y á Vd. que le importa, mocito?—continuó el compañero de Bouchart.

—Me importa á mí y á toda persona bien educada.

Benjamín sentía ya las piernas que le temblaban y comprendía al propio tiempo que aquello terminaría mal.

—Pues si no le gusta, tápese los oídos ó sino márchese.

Mientras tanto el señor Bouchart, sentado en el sofá con la sonrisa en su bocaza, miraba irónicamente al pobre Benjamín, quien exclamó ya fuera de sí ante aquel insulto:

—Lo haré; pero no será sin antes haberle llamado miserable, estúpido.

Cada uno de los interlocutores echó mano á su cartera y se cambiaron las tarjetas.

Benjamín tomó el sombrero y, sin abrir los labios, dirigióse á la puerta de la calle, la cual se cerró de golpe retumbando con fuerza.

Empezó á caminar sin darse cuenta bien de lo que le había pasado, hasta que se encontró en la Plaza Independencia y otra vez bajo las mismas arcadas. Al pasar se fijó en la redonda luna, en la cual le pareció ver una cara grande y abotagada que se sonreía maliciosamente, y á distancia del astro negras nubes de formas monstruosas y feroces en actitud de echarse sobre él. Se detuvo un momento y creyó que por aquel agujero blanco y redondo, abierto en la azulada bóveda, asomaba el rostro sonriente de la Mecher que le había engañado con toda vileza. ¡Ah la gran.... sinvergüenza! El no veía claro de qué modo lo había vendido, pero presentía que ella y aquellos canallas se entendían. ¿Sí? Pues ellos hablarían. Las cosas no podían acabar de esta manera. Y Benjamín echó de nuevo á caminar dirigiéndose al Club Uruguay en busca de su buen amigo Gutiérrez. Allí estaba. Se lo llevó por la calle Sarandí y le contó todo lo que le había pasado.

—Si yo hubiese sabido—dijo Mario,—tus relaciones con la Mecher, no te sucede esto.

—¿Por qué?

—Porque te hubiera dicho que su amante *oficial* era el señor Bouchart.

Aunque en la opinión de Gutiérrez nada tenía esto que ver desde el momento que Benjamín se *reía* y se *burlaba* del porteño pagano. ¡Qué tonto!

—Yo no sé por qué te habías de encaprichar de veras con esta *Traviata*. ¿No te lo dije yo?

Bueno, sí; pero la cuestión era que ahora esto no tenía remedio y había que exigir una satisfacción al porteño....

—¿Y cómo se llama?—preguntó Mario.

—No sé;—contestó Benjamín. -Aquí está su tarjeta.

Habían llegado ya á la Plaza Zabala, se acercaron á un farol y Gutiérrez apenas pudo leer: *Joaquín Crussotti*, y en letra manuscrita: *Hotel de París*. Dieron vuelta por la calle Rincón y resolvieron ir á ver á Brioz para que lo acompañara en aquel trance ¡Pucha! Había que escarmentarlos á los porteños fanfarrones. ¿Qué se habían figurado? Estaban muy engreídos porque eran de la *patria grande*.

Contra su costumbre, Benjamín levantóse temprano al otro día, á fin de ir á la Redacción de *La Idea*, en donde había de ver á sus padrinos: Brioz y Gutiérrez Precisamente, cuando Benjamín entró, éstos acababan de salir, de modo que tuvo que esperar una media hora, paseándose por el cuartito del Di-

rector. Tenía ganas de ir á ver á la Mecher para pedirle también explicaciones por su conducta indigna; es decir, indigna para él, porque la amaba mucho, ya que otros no se hubieran inmutado ni por aquella farra ni por saber que ella tenía que ver con Bouchart. Casi ya se arrepentía de haber contado la escena á su amigo Mario. Así nadie se hubiese enterado y no hubiera habido necesidad de duelo.... ¡Sólo faltaba ahora que aquel idiota de....—no recordaba el apellido de su adversario,—no quisiera dar ninguna clase de satisfacciones! Y entonces tendría que batirse por la sinvergüenza de la Mecher.

Y en efecto; Crussotti quería romper el alma á Migliore, según dijeron los padrinos. Estaba furioso porque Benjamín le había llamado miserable. Lo iba á *correr*. Por la tarde tendrían una segunda entrevista para determinar ya las condiciones del duelo, en el caso de que Crussotti se negara rotundamente á dar una satisfacción. Benjamín estaba dispuesto á retirar por completo los insultos que le había dirigido sin saber lo que decía.

Mientras iba por la calle, le parecía que todos le miraban y sabían lo del desafío. Esto no le disgustaba. Una vez en su casa, se fijaba en los rostros de todos para ver si algo habían traslucido. El hacía por comer, pero no podía. La boca se le cerraba y la

garganta se negaba á tragar lo mascullado. De pronto miró fijamente á Maruja y se convenció de que algo sabía, porque tenía una cara sumamente seria y dolorosa. Había de haber llorado. ¿Quién se lo habría dicho? Después de haber almorzado, Maruja se fué al escritorio. Benjamín la siguió para salir pronto de dudas.

—Tu padre ha estado aquí;—le dijo Maruja sumamente afectada;—y me ha enterado de todo.

¡Maldito viejo! Siempre había de ser un obstáculo para él.

—Eso ya me lo figuraba.

—¿Por qué?—balbuceó sorprendido Benjamín.

—Porque después de la primera nota de reprimenda, no habías escarmentado.

—Pero....

¡Bah! Ahora lo comprendía todo. Aquel zonzo de secretario había comunicado á su padre lo de la dimisión del *Colegio de Montevideo,* y su viejo había ido á contárselo á Maruja.

—Tu padre tiene razón;—continuó ésta.—Papá tiene la culpa de todo.

—¿Y por qué?—gritó Benjamín exasperado.

—Porque con su condescendencia te pierde.

—¿Qué saben ustedes?—volvió á gritar nervioso.

—¿Qué va á decir papá, cuando sepa eso?—dijo Maruja haciendo pucheros.

—Que diga lo que quiera;—replicó Benjamín fuera de sí.—Vamos, déjame. ¡Bueno estoy yo para músicas!

En aquel momento un sirviente entregó á Benjamín un sobre cerrado. No adivinando lo que pudiera ser y presintiendo alguna desgracia, rompió rápidamente el sobre y miró la firma. Sosegóse, aunque bastante admirado. La carta era de Sanguetti. Lo invitaba á una reunión que se celebraría al día siguiente en su casa para nombrar la Comisión Directiva del *Club Filarmónico* que se iba á fundar. Deseaba que el Doctor Migliore, hombre tan espectable en la alta sociedad, fuera el presidente del nuevo *Club*. ¡Qué lastima! ¡Tenerse que ir uno á batir, cuando se le presentan ocasiones de figurar, de hacerse aplaudir, de ser célebre! ¡Qué maldita casualidad! Y lo peor era que tenía tan mala suerte que aun había de sufrir algún percance. ¡Ah, las mujeres! En su vida se volvería á meter en semejantes líos, si es que no tenía una desgracia muy seria.

Los padrinos no pudieron arreglar nada. Aquel porteño no admitía componendas Era un bestia. El duelo sería á sable y á primera sangre. Irían al Hipódromo de Maroñas al otro día, á las nueve de la mañana para

que la familia de Benjamín no sospechase algo en el madrugón; madrugón que efectuó de todos modos Benjamín, porque no pudo aguantar más en la cama. Aquello era un tormento cruelísimo, sólo para espíritus valientes y esforzados, y sobre todo que no estuviesen apegados á la vida y no amasen tanto la gloria como él. Ya se sabe que el duelo era á primera sangre, pero ¡caray! en una de las volteretas del sable, la cabeza puede quedar dividida en dos, si el adversario tiene malas intenciones.

Brioz y Gutiérrez lo sospecharon en seguida. Benjamín estaba asustado y muy afectado. ¿Y cómo nó? ¡Un hombre que tiene sus aspiraciones, su mujercita y su hija! Durante el camino que hacían en coche, no pensaba en otra cosa: ni siquiera se había despedido de lo que amaba más en este mundo. Cuando se hubo vestido, quiso besar á su Maruja, pero, como estaba tan disgustada por lo del día anterior, hizo un movimiento de desprecio que le puso carne de gallina. ¡Hasta las piernas le temblaron! Salió al momento avergonzado y con el corazón oprimido. Si no lo hace tan rápidamente, se lo confiesa todo. ¡Pobre Maruja!

Desde el instante en que bajaron del coche, Benjamín no se dió cuenta de nada. Se puede decir que durante aquel tiempo no fué más que

una máquina. Ni siquiera sintió el golpe que su adversario le dió en el antebrazo, resultando de más gravedad de lo que al principio se creyó. Los jueces del desafío mandaron suspender la lucha para dar lugar á que el médico se encargara del herido, quien fué trasladado al carruaje y después á su casa.

El susto que sufrió Maruja, fué de los mayúsculos; casi se desmayó al ver á Benjamín con la palidez de la muerte y á tantos hombres que lo acompañaban. Toda la casa fué puesta en movimiento. Se llamó al doctor Velázquez por teléfono. Benjamín fué curado más despacio y metido en la cama con la seguridad de que la herida no presentaba síntomas de gravedad. Una vez que todos hubieron salido de la alcoba, Maruja se abalanzó sobre Benjamín y empezó á besarle locamente, como á quien se creyó perdido y se vuelve á recobrar para siempre. A Benjamin le saltaron de los ojos dos lágrimas que fueron á confundirse con las de su esposa.

Según lo que los padrinos habían dicho á Velázquez, el motivo del duelo fué cuestión de patriotismo: una discusión con el orgulloso porteño. Todos lo creyeron menos Maruja que encontró la verdadera causa de aquel desastre en un suelto, corto pero mal intencionado, que Guido Rivière publicó en *La Patria*, en el cual se daba cuenta del hecho, sin mencionar los

nombres de los duelistas. Decíase al final que había motivado la disputa cierta *dama* muy aplaudida por todo Montevideo. Maruja creyó ver escrito en este suelto el nombre diabólico de la Mehcer.

IV

Derrotado.

Si Guido Rivière hubiese previsto las fatales consecuencias que la noticia del duelo de Benjamín había de producir en el espíritu de la sensible Maruja, probablemente hubiera desistido hasta de su intento, que era fastidiar á Benjamín Migliore, el literato oriental más encumbrado, sin motivo justo y razonable. Porque, efectivamente, Maruja sintió desvanecerse su última ilusión de esposa abandonada, vió derrumbarse una esperanza á la cual estaba fuertemente asida, recibió golpe de muerte en su parte moral. Aquella abominable pasión que había arrastrado á su esposo hasta el borde del profundo abismo, límite de la vida y la muerte, era siniestro fantasma que se levantaba entre él y ella, y arrancaba de sus corazones el ya muy debilitado amor que se profesaban. Ella tenía á quien entregar el

fuego amoroso que siempre en su pecho había: á su Martita; pero ¿y él? ¿podría vivir sin amor? ¿amaría á cualquiera? Tanto una como otra suposición aumentaban la distancia, la gran distancia, que en su imaginación los separaba. Si no amaba ¡infeliz! era el sér más despreciable de la vida, en la cual no hay nada que no tienda á ese sentimiento. Si era cual el picaflor, lo compadecía en sumo grado, porque nunca podría gustar del placer proporcionado por el amor constante, sino que, por el contrario, habría de sentir sólo la fiebre de la pasión insana, que agota el espíritu y marchita el corazón.

—¡Pobre esposo mío!—exclamaba Maruja completamente extasiada, pareciéndole ver á Benjamín, un hombre ya extraño para ella, ir á buscar de puerta en puerta, cual desarrapado mendigo, un poquito de amor, alcanzando tan sólo las migajas duras de un pecho podrido.

Y entonces, asustada por la visión de aquel cuadro aterrador, y compadecida del desventurado que no había sabido aprovechar el alma de la mujer que se le había entregado con fe y ardor, Maruja despertaba de aquel ensueño y se recriminaba á sí misma la desventura de su esposo, por no haber sabido atraerlo á su debido tiempo y haber permitido que se entregase á otros placeres que no

fuesen los del hogar. ¡Quién sabe! El amor desenfrenado que á su hijita profesaba, la absoluta entrega que de su persona había hecho á Martita, el retraimiento que había observado para con la sociedad, en la cual había de vivir, podrían ser otras tantas causas por las cuales Benjamín se encontró solo, y, hombre de poca voluntad, se dejó arrastrar por alguna de esas sirenas halagadoras que viven en el teatro.

¿Cómo no lo había notado antes? Ahora recordaba las noches en que volvía tarde, los olores y perfumes ligeramente sentidos, las embrolladas inventivas para motivar salidas ó excusar tardanzas, las preocupaciones y ensimismamientos inusitados; todo lo cual era suficiente ahora á resucitar tiempos pasados, rehacer serie de épocas, explicar tristezas y alegrías, aclarar palabras y movimientos enigmáticos como geroglíficos egipcios, y atar cabos que al parecer no podían entrelazarse. ¡Ah! Aquella desgracia y aquella *noticia* habían hecho descorrer el obscuro velo que envolvía todo un pasado confuso y misterioso, habían alumbrado ciertos recodos de un camino tortuoso que parecía intransitable á causa de los supuestos abismos que de vez en cuando encontraba la memoria.

La desesperación, causada por aquella impotencia, no podía repetirse bajo ningún con-

cepto; era necesario no abandonar á Benjamín, estar á su lado, atraerlo siempre, satisfacer sus deseos, proporcionarle mil placeres. Estaba decidida, bien decidida.

Y todo esto se lo contaba á su hijita, meciéndola y canturreando. En todo aquel tiempo ella había sido la preferida; pero ahora tenía que disculpar, otro exigía sus cuidados. Ella estaba salvada por el momento; él precisaba sus atenciones. ¡Oh! También Martita podía ayudarle con sus encantos y su hermosura. Lo haría.

Asi es que, en seguida que Benjamín estuvo en disposición de salir, manifestó Maruja el deseo de presentarse de nuevo en sociedad, ya que Martita no necesitaba tanto de sus cuidados y podía dejarla al lado de la nodriza que siempre se había interesado mucho por la niña. El Doctor Velázquez se puso muy contento y Delia muchísimo más, pues á veces se veía imposibilitada de ir á alguna fiesta, á la cual su papá no podía asistir por sus múltiples quehaceres. Este, que ya no gustaba de teatros ni tertulias, vió con satisfacción que Delia se pudiera divertir sin obligarle á acompañarla. Es lo que él decía:

— Diviértanse muchachas, pero déjenme tranquilo. A mí ya me ha pasado la época.

Benjamín no sabía si alegrarse ó nó por aquella repentina resolución, que podía ser

una rémora para su tan decantada libertad, que le permitía ir á donde mejor le pareciera ó con quien más le satisficiese. Por otra parte no se le escapaba que tendría muchas ocasiones de sentirse lleno de orgullo y vanidad al presentarse en salones y teatros con la hija mayor del Doctor Velázquez, la elegante y artística Maruja. El no atinaba en discernir si su contento interior era por aquella especie de vuelta de Maruja á la vida fastuosa que él deseaba, ó por tener á su esposa más *cerca* y por tanto más *suya*.

Maruja, coronada con la aureola que forma la maternidad alrededor de la figura siempre simpática de la joven-madre, fué recibida en medio de las aprobaciones de todos, agasajada por los elogios de los hombres, mimada por las delicadezas de las señoras y respetada y hasta cierto punto envidiada por el elemento joven, en lo cual hay siempre verdadero placer. En todos los corrillos, si estaba Maruja, se hablaba de la niña Martita, se alababa su viveza, se celebraba su hermosura, se aumentaban sus gracias, se reía de sus monadas, y, si no estaba, se discurría acerca de lo buena moza que se había puesto la esposa de Migliore, de la distinción con que se presentaba en su nuevo estado de madre, de su formalidad suavizada con su placentera sonrisa y su elegancia distinguida.

Para Benjamín la aparición de Maruja fué un nuevo y espléndido triunfo. La buena sociedad lo consideraba hombre feliz no tanto por la posición que ocupaba, y por el nombre adquirido en el campo de las letras, sino mucho más por ser dueño absoluto de aquella mujercita tan hermosa, buena, elegante y cariñosa, y de aquella niña en cuyo rostro se habían reunido las líneas más perfectas de los padres y en cuyos ojos brillaba la viveza de la madre y el talento del padre Este se hallaba satisfechosísimo. Acompañaba á su esposa á las tertulias y recibos, á los paseos y teatros, pareciéndole que pasaba por los agradables días de una nueva luna de miel. El contento y la felicidad volvía á reinar en la casa de Velázquez, ahora alegrada por las voces entrecortadas de Martita, los palmoteos de sus manitas regordetas y sus risitas apagadas que recordaban los aleteos de doradas mariposas. Por otra parte Maruja, que ya no tenía la necesidad de entregarse por completo á los cuidados que Martita en el primer tiempo requirió, tomó parte en los brillantes artículos de *Gladiator*, traduciendo muchos fragmentos del francés y pensamientos notables de una *colección* inglesa, de los cuales se servía espléndidamente Benjamín. Esto explica la sorprendente erudición que sus lectores y admiradores encontraban con placer en los nuevos trabajos que siempre publicaba *La Idea*.

A Maruja no le gustaba absolutamente nada esa especie de robo literario cometido por su esposo, lo cual le hacía pensar en la célebre fábula de *El grajo*. Ella hubiera preferido que, ya que Benjamín leía con dificultad el francés, se enterara de sus traducciones sólo para aumentar el caudal de ideas, pero no para apropiarse descaradamente lo que él no había producido. Así es que se avergonzaba mucho cuando su papá felicitaba á Benjamín por tal ó cual *pensamiento*, que había sido tomado, al pie de la letra, de la colección inglesa. Había momentos en que, aun estando sola, se coloreaban sus mejillas al encontrarse con algún artículo, ligeramente cambiado del original francés leído en una revista poco conocida. Semejante conducta la espantaba, primero porque alguien lo pudiera atrapar en ese robo, y luego porque veía en su Benjamín un atrevimiento atroz y muy peligroso; también la estremecía dolorosamente, á causa de cierta duda que apenas vislumbraba allá, en lo más oculto de su cerebro, como un puntito negro en las regiones etéreas: pensaba en si aquellos artículos del Benjamín, casi desconocido, tendrían procedencia tan poco lisonjera como los de la segunda época, en los que desgraciadamente había intervenido. Y, aunque Maruja, envuelta en los sutiles ropajes de su bondad atrayente, se resistiese á dar cabida en su ce-

rebro á pensamientos tan desagradables y en su corazón á sentimientos de contrariedad, lo cierto es que la esposa de Benjamín iba perdiendo rápidamente la fe que antes tenía en el talento tan cacareado por la prensa y los amigos de *Gladiator*, y entonces éste, que para ella había llegado á la altura de sus autores favoritos, se iba empequeñeciendo cada vez más. Y ella lo notaba con pesar, y sin embargo, no podía remediarlo. Hasta resolvió no leer los artículos que Benjamín publicase en *La Idea*, pero no podía resistir á los deseos de encontrar algo bueno y original sobre todo. ¡Quién sabe! Pudiera ser que aquel trabajo hubiese salido todo entero de la pluma de Benjamín. Cogía el periódico, empezaba á leer el artículo de *Gladiator* con el corazón palpitante y la respiración breve, le parecía excelente el principio, se sosegaba, pero ¡Jesús María! ya había allí algo traducido sin indicar la procedencia. Luego empezaban las dudas, podía ser alucinación de su mente; estaba tan escamada; y al fin iba á comprobar su duda. Allá estaba el original francés; aquello era para desesperarse. ¿Estaría ya agotado? ¡Tan joven! Maruja no podía consentir en que Benjamín, á quien empezó á amar quizás deslumbrada por la aureola que se iba amontonando alrededor de su rostro y atraída por el buen olor que despedían los laureles que ya coro-

naban sus sienes, fuese la causa de aquella horrible desilusión, la mano airada que le quitaba la venda de los ojos, el puñal traidor que hería sin piedad su altivez y amor propio de mujer de artista, que él mismo había sido parte á formar.

—Papá—dijo un día al Doctor Velázquez;—¿todos los escritores se apropian lo que otros han dicho?

—¡Qué pregunta!—contestó serio el autor de *El grito de la Patria.*—Eso lo hacen sólo los *chambones.*

¡Hasta su padre la abofeteaba! La respuesta fué un manotón en las mejillas de Maruja, que se pusieron como la grana.

—Precisamente la originalidad,—continuaba Velázquez—es la mejor condición del literato. Lo demás no vale la pena: fuegos fatuos.

Maruja hubiera deseado no haber hecho aquella pregunta. Su papá le estaba oprimiendo el corazón. Iba á gritar.

—Ahí está mi célebre novela; aquí están los artículos de Benjamín.

¡Ah! No podía escuchar más. Aquel tormento no era para ella; había pasado un momento dolorosísimo. ¡Qué angustia! Pero no importa; Maruja lo amaba lo mismo, desde el momento que Benjamín fuese bueno para ella y cariñoso con su hija. No le pedía más que lo que todo esposo, todo padre debe ser. A

ella le bastaba. ¡Ah! pero que no la engañase otra vez, porque entonces ¡Dios sabe si su corazón podría resistir tantos embates y golpes!

Benjamín era completamente extraño á las transformaciones que estaba sufriendo la principal de las admiradoras de *Gladiator*, así es que nada ponía por su parte para modificar su manera de trabajar, que, si le dió que temer al principio, le pareció muy cómoda después, aunque entre los escritores y periodistas se murmurase mucho á propósito de tantos y tan escandalosos plagios. Sin embargo, nadie se tomaba el trabajo de dar un disgusto á Benjamín, dejándole que se divirtiese y gozase con su bienestar y felicidad juntamente con su linda Maruja.

Esta, educada mejor para estar retirada que para brillar en lo más alto de la sociedad, había visto con cierto placer la venida del verano que cerraba completamente salones y teatros, los cuales eran reemplazados por paseos y balnearios Hasta consiguió de su papaíto la promesa de que pasarían toda la estación del calor en la casi abandonada quinta. Estaba muy cansada de las exigencias sociales y de la atmósfera pesada y llena de miasmas de la ciudad.

A mitad de Octubre, la espaciosa sala del Nuevo Politeama fué transformada en circo para una compañía ecuestre-acrobática. Esta había sido muy recomendada por toda la prensa,

y, más que todo, por una notabilísima artista sud-americana, del mismo Perú, conocida por la *Reina de las Amazonas*, calificativo que no le cuadraba tanto por su mérito artístico, cuanto por su figura esbelta y por todos aclamada.

El día de su estreno, todo el Montevideo distinguido y elegante acudió al Nuevo Politeama, recibiendo un homenaje halagador del numeroso público. De entre los espectadores que llenaban el teatro, sólo á Benjamín y á su esposa, que se plegó á lo último á su opinión, tuvo que descontar la *Reina,* como la llamaron desde el primer día. Benjamín era sincero en la apreciación respecto de la *ecuyère;* le fué desde el principio altamente antipática, sin saber por qué causa ni razón.

A Maruja no le gustaban las *pruebas* y no quiso volver al Politeama. Benjamín se iba á entretener un rato y escribía después uno que otro artículo de fantasía. Su desdén por la *Reina* no impidió que *Gladiator* le dedicara un escrito sumamente encomiástico. No era hombre para afrontar la *opinión pública*, que admitía á todo trance á la hermosa artista. Después de todo, había que cantar una loa al arte sud-americano y á la primera *ecuyère* de la joven América.

El mismo no conocía la causa, pero la cuestión era que, desde el desafío con el porteño, Benjamín no había intentado *dragonearse* á

ninguna artista, á las cuales, sin embargo, trataba bien, quizás por el amor al arte. Ahora le iba mejor bromeando y pasando el tiempo con muchachas *honradas* que se le entregaban muchas veces por su linda cara y por el nombre que tenía. No entraba en teatro alguno que no dirigiese los gemelos á la *cazuela* para elegir alguna joven que lo entretuviese aquella noche. Y si esto lo hacía sin empacho, cuando acompañaba á Maruja, con mayor razón y con más libertad durante la temporada de las *pruebas*. Los *dragoneos* eran su fuerte y el amor el blanco de todas sus aspiraciones. Como no había grandes trabajos que lo distrajesen, sólo tenía fijos los sentidos en el sensualismo y en los medios de que se valdría para engañar á su mujer y á las chicas que más le gustaban.

A causa de ese nuevo estado porque pasaba Benjamín, sin duda no hacía el caso que merecía de la *Reina de las amazonas*, que con letras grandes y de colores chillones llamaba la atención en los carteles y programas de los espectáculos. Durante aquellos días en los clubs y reuniones no se hablaba de otra cosa que no fuera la belleza excepcional de la *Reina* y la riqueza notable de las joyas con que se adornaba. Todas las noches salía luciendo una preciosísima diadema que, según rumores, le había regalado en la noche de su

beneficio un Presidente sud-americano, muy célebre por sus derroches y prodigalidades, y dos grandes diamantes que atravesaban los blandos lóbulos de sus orejas. Los dedos de las manos los llevaba cuajados de finísimas piedras y el corpiño brillaba casi por todos lados. Era una verdadera joyería andante y saltante.

Los jóvenes del dandysmo, á más de esto, trataban en sus conversaciones íntimas de un punto que al principio fue negado por muchos, pero que, después de varias tentativas, tuvo que ser admitido por todos: era voz corriente que la *Reina* era mujer invulnerable. Algunos no se habían atrevido á acercársele al verla que brillaba tanto, temerosos de no quedar deslumbrados; otros, más poderosos, habían visto sus mezquinas proposiciones rechazadas; los periodistas habían fracasado, sin valerles para nada sus encomiásticos elogios; hasta el mismo Mario Gutiérrez desprestigiaba á la *Reina,* señal evidente de una derrota completa.

Así, al menos, se aseguraba una noche en el Club Uruguay, antes de que apareciera Benjamín, que acostumbraba ir por allá de vez en cuando.

—¿Y *El Picaflor* — dijo de pronto Rivière viendo acercarse á Benjamín, — ¿qué habrá conseguido?

—Lo mismo que *vos,*—contestó Gutiérrez.

—A ver, che Migliore; ¿qué *decís vos* de esto?

Y le expusieron el asunto que estaba sobre el tapete. Nadie había sido capaz. Era imposible que aquella mujer fuera honrada, no podía ser, y, sin embargo, en Montevideo no había uno solo que pudiera levantar el dedo. Benjamín se rió dándose ínfulas de gran Tenorio. ¡Si él se lo propusiera! Otras de más alcurnia habían caído infaliblemente. ¡Qué pucha! Es que ellos no sabían hablar, ignoraban los resortes del corazón; había que echar mano de todos los medios. Al francesito Rivière aquella petulancia le fastidiaba; no podía aguantar tanta charla y tanta hinchazón.

—Pues yo te apuesto—gritó Guido Rivière,—á que no *sos* capaz de conseguir nada.

—*Mirá,* dramaturgo,—replicó Benjamín con sorna,—*vos* no me *conocés* aún. Por lo tanto, *callâte.*

—Bueno;—insistió el francés,—¿á qué no *apostás,* caray?

Y todos los del grupo se rieron. ¿Qué? A Benjamín no le daba la gana de que se le riesen en sus propias barbas. ¿Cómo era esto? ¿Dudaban acaso de su palabra? ¿Sí? Pues aceptado. El que perdiese la apuesta, pagaba una comida para todos los presentes en las

Pyramides. El entregaría á Rivière una tarjeta de la *Reina,* por la cual ésta daría á Benjamín una cita. Le concedían todo el tiempo que faltaba para terminar la temporada.

Desde el día siguiente Benjamín empezó á preparar el terreno con artículos encomiásticos, como nadie se los había dedicado; desde luego se hizo presentar á la notable *ecuyère* deshaciéndose en elogios desmesurados; y durante el tiempo en que ella daba vueltas el circo sobre su gordo y hermoso alazán, no le quitaba de encima los gemelos. La *Reina* se mostraba completamente indiferente; parecía que estaba blindada contra las alabanzas que á los artistas tanto conmueven. Benjamín, al cabo de una semana, y después de haber recibido algunos pequeños desaires, casi insignificantes, pero que á él no le pasaron inadvertidos, comprendió todas las dificultades que había de vencer para salir victorioso en su empresa. El primero y más poderoso obstáculo consistía en no saber qué camino tomar, á fin de llegar á la meta deseada. Para esto procuró hacerse muy amigo de uno de los clowns de la compañía, con el objeto de investigar algunas noticias respecto de la *Reina.* Desde luego se convenció, por si no lo sabía, de que la célebre amazona era una mujer invulnerable. ¡Caray! Esto acabó de desconcertar á Benjamín. Parecía que to-

dos se habían pactado para hacerle perder la apuesta. El no creía en aquella falsa honradez. No podía ser; pero mientras tanto los días pasaban y la temporada llegaba á su término, fatal para Benjamín.

Esto, unido á los *chichoneos* cargosos de sus amigos que ya se relamían de gusto al pensar en la comida que él tendría que pagar, lo ponía furioso y lo volvía loco. ¡Fuera gracioso que, cuando él ya no creía en la honra de las artistas, le saliera una intachable en todo! ¡Pues no faltaba más! En *La Idea* no salían más que elogios dirigidos al payaso amigo de Benjamín. Había que ablandarlo á fuerza de encomios. Ese no se mostraba tan indiferente al sahumerio. Por él Benjamín conocía ya toda la vida y costumbres de otras artistas á quienes no deseaba, á pesar de algunas instancias del clown-amigo. Este había de hablar y habló, al fin de cuentas. La *Reina* era como todas, pero ¡por Dios! no decir una palabra, ni menos que él se hubiese explicado. Aquella mujer, tan rica, tan bella y tan elegante, no tenía más que una pasión, pero grande, furiosa, desbordante, inmensa, avasalladora: la neurosis de las joyas. Es cierto que habían de ser de gran valor, muy ricas, raras y extraordinariamente brillantes. Antes fué más fácil complacerla, mas ahora que poseía tantas y tan buenas, era casi im-

posible satisfacer sus deseos sobremanera exigentes.

¡Ah! Benjamín estaba aplastado con tales noticias. Ya sabía cómo domarla, pero ¿y los medios con que ganaría su tan ansiada victoria? Aquello era completamente imposible. El no podía en manera alguna conseguir una alhaja igual ni siquiera parecida á las que había visto brillar sobre el cuerpo de la *Reina*. Si pedía el dinero, pronto todo el mundo se enteraría, y mucho más cuando fuera á comprar una joya de tan subido valor. Pero bueno; esto sería lo de menos. La cuestión era que él no tenía cómo regalar una joya digna de aquella mujer, y que, por tanto, había perdido la apuesta con Rivière. Y lo de menos era el dinero de la comida, sino los *titeos* que le dirigirían los amigos durante mucho tiempo, y la derrota que con este descalabro sufriría su fama de *Picaflor* afortunado. Aquello desesperaba. ¡Caray! La culpa la tenía él mismo, por no saber conservar los empleos que le daban *plata*. ¡Si ahora tuviera la cátedra del *Colegio de Montevideo* pudiera comprar una alhaja de un buen precio, aunque fuera pagando por mensualidades. A trueque de no poder disponer de su sueldo en cuatro ó cinco meses ó más, compraría una gargantilla como la de su Maruja que su padre le regaló el día de las bodas. ¡Miren qué

casualidad! ¡Ahora se acordaba! Si su padre hubiera conservado la *Platería,* podría elegir la joya más preciosa. Se la robaría como fuera. ¡El, sólo él, tenía la culpa de que ahora no pudiera escoger á su gusto una de las alhajas que su *viejo* quería hacer traer de Europa! ¡Qué desgraciado era! De seguro que para este caso tendría una joya más fina, más hermosa, más rica que la gargantilla de su mujer, con ser preciosísima. ¡Qué gargantilla soberbia! ¡Y qué bien estaría sobre el cuello de la linda *Reina!* Su gusto sería poseerla con adornos tan magníficos. Había de hacer ajustado *pendant* con la diadema, por todas las mujeres codiciada. Y su mujer sólo se la había puesto dos veces en tanto tiempo. Hasta le parecía que á Maruja no le gustaba. ¡Si fuera suya la regalaba en seguida á la neurótica *Reina!* Aunque sólo fuera por ver brillar tan hermosa joya. Bien es verdad que no tendría tiempo casi para que la *Reina* pudiera lucirla en Montevideo. Así nadie se enteraría. Le bastaba con alcanzar la tarjeta consabida. Sólo él sabría lo del robo de la gargantilla. . . . .

. . . .

Benjamín, después de haberse convencido por sí mismo de que á la *Reina* le brillaban de cierto extraño modo sus negros ojos al ver una joya riquísima ó hablarle de alguna

excepcional, determinó que la gargantilla de su mujer pasase á poder de la *Reina de las amazonas*. La sustracción fué hecha con sumo cuidado y vigilancia, no dando ningún motivo para que nada se sospechase. Consiguió su deseo.

A pesar de las bromas algo pesadas de los amigos y de la burlona risa de Rivière, Benjamín esperó dar el ataque decisivo el último día de la temporada, á fin de que la *Reina* no pudiera lucir la gargantilla en algún espectáculo. Así lo hizo Benjamín, y en seguida la *ecuyère* le invitó aquella misma noche para que la acompañara al Hotel. Pero Benjamín no quiso, rehusó con delicadeza, rogándole que al día siguiente, que era el último en que había de pasar la compañía en Montevideo, le indicase mediante una tarjetita la hora en que podía ir á despedirse. Vencía en toda la línea; aquello era grandioso.

Por lo tanto, cuando nadie menos lo esperaba, Benjamín presentó la tarjeta de la *Reina de las amazonas* á Guido Rivière, quien se quedó estupefacto delante de aquella prueba de la buena suerte del *Picaflor*. No tuvo más remedio que reunir á los amigos en el *Hotel des Pyramides* y pagarles una suculenta comida. A los postres se rindió gran triunfo á Benjamín Migliore, que para todos aquellos jóvenes había crecido dos cuartas sobre su

fama bien cimentada. Los diarios publicaron la noticia del banquete, contentándose con manifestar «que la juventud montevideana había demostrado su admiración y simpatía al inteligente literato, Dr. Migliore, con un costoso banquete en el cual reinó la mejor armonía »

Semejante victoria había puesto á Benjamín de una amabilidad extraordinaria no ya con los extraños, sino hasta con los de su familia. A Maruja la complacía y mimaba á cada momento y siempre que la ocasión se presentara. Esta, sin fijarse bien en aquellas demostraciones poco comunes, tomaba en brazos á Martita y la acercaba al rostro de su esposo, diciéndole:

— *Tomála,* hombre; parece que no es tuya.

Y Benjamín la besaba y se la devolvía en seguida. Los niños no le gustaban mucho.

Dos días después de su triunfo y precisamente el en que se embarcaba la compañía ecuestre para Valparaíso, se estrenó en el Nuevo Politeama, en cuyo teatro había desaparecido todo lo que pudiera recordar el circo, si se exceptúa varios agujeros en el pintarrajeado cielo-raso, una compañía dramática española para terminar la estación de la primavera. A Maruja continuaba gustándole mucho el drama, así es que á la primera invitación de Benjamín aceptó al momento. Aun-

que los actores fueran mediocres, prefería los españoles á los italianos, simplemente porque hablaban como ella, aunque el acento *gallego* resultase un poco feo y desabrido.

Cuando Maruja y Delia, acompañadas de Benjamín, penetraron en su palco, ya el teatro estaba bastante concurrido y, como era hora de empezar, todos los espectadores ocupaban sus sendas localidades mirando á las personas que llamaban la atención con el ruido de puertas y el leve roce de la seda. Todos los gemelos se dirigieron como siempre á Maruja que estaba hermosa y rebosante de alegría. Durante cinco minutos no hizo otra cosa que devolver saludos que de todos lados le hacían.

Sonó el timbre, levantóse el telón y se oyeron las voces de los actores, al principio un poco apagadas, pero que pronto fueron aumentando y entendiéndose con claridad. Maruja, según su costumbre, miraba atentamente á la escena. Le gustaba mucho aquella exposición. De súbito siente á su lado un rápido movimiento de nervios, como si una fuerte pila eléctrica hubiese producido su efecto en la persona que cerca de ella estaba. No se dió vuelta. Aquello fué instantáneo y ella estaba embebida en lo que pasaba en el escenario Sin embargo, le pareció notar otro igual movimiento, aunque aumentado, en to-

da la sala. Miró al público con ojos espantados y no comprendió nada. Dióse vuelta para preguntar á Benjamín y éste había desaparecido. Sintió un estremecimiento. Delia le dijo que en un palco de enfrente había entrado la *Reina*. Maruja no hizo caso y volvió su vista á la escena. Ya terminaba el acto. Acabó éste con un gran final trágico, muy del gusto de Maruja.

Entonces sí, ésta se fijó bien en la célebre *Reina*, á quien miraba y alababa todo el público. Realmente estaba preciosa, soberbia, era una verdadera reina. Vestía con mucha distinción, la abundancia de las alhajas no era en ella cursilería, el escote le quedaba espléndidamente, la gargantilla era magnífica. ¡Cómo brillaba en aquel cuello de cisne! ¡qué bien le sentaba! Delia afirmó en todo. Las dos hermanas no se quitaban de los ojos los lindos gemelos de oro y nácar.

—*Sabés*, —dijo Delia, —que esa gargantilla es igual á la tuya....

No podía ser. La que le regaló el padre de Benjamín era sumamente original y magnífica.... y Maruja seguía mirándola y reconociéndola, y fijándose más, y sintiendo un frío, un gran frío en toda la espina dorsal, hasta el punto de no poder mirar más. Descansó un poco. Insistió ferozmente en su examen, se estremeció, creyó que todos los espectadores

la miraban y sonreían y terminó por pensar que sería otra igual. Pero Maruja ya no podía aguantar; el calor la sofocaba, y el frío por otra parte la hacía temblar, nada veía, estaba ofuscada, necesitaba pasearse. Salió al corredor. Un pensamiento, como un clavo ardiendo, se había introducido en su cabeza. La atormentaba atrozmente. No podía resistir más. Vió á Guido Rivière que tomaba café en el pasillo de abajo, lo llamó y le rogó que la acompañara al coche. Se sentía un poco mal, y Benjamín no estaba allí. En la puerta tuvieron que esperar unos instantes, los precisos para buscar el carruaje. El fresco de la noche le aclaró bastante las ideas. ¿Si se habría equivocado? ¿Qué diría Benjamín? No importaba. Verdaderamente se había enfermado.

Rivière extrañó mucho la indisposición de Maruja, aunque no había por que dudar, viendo su pálido rostro. Quiso buscar á Benjamín que estaría de seguro *dragoneando* con alguna de la *cazuela* desde un rincón del teatro. Quizás se hallaba con la *Reina* en el corredor. Fué allá. Nada. Al bajar la escalera encontró á Gutiérrez. Este dijo que Benjamín le había hecho llamar á la *Reina* con quien se encontraba en un *camerino*. Le iría á avisar que su mujer se había enfermado.

Benjamín no supo lo que le pasaba al oir á

Mario. En seguida creyó que se había salvado, después pensó que Maruja había reconocido su gargantilla. En fin, él no atinaba nada absolutamente, ni siquiera en subir á un coche de alquiler que lo llevara rápido á su casa, á fin de salir pronto de aquel infierno.

Lo primero que oyó en el zaguán fué la voz de Delia.

—Véte; papá está furioso; vuelve más tarde.

Nó; ni á esto pudo recurrir. El Doctor Velázquez, rabioso, con ojos que echaban chispas, gritóle con voz ronca, apretándole fuertemente un hombro:

—Ladrón infame, te he de matar.

Maruja, á pesar de sentirse medio desfallecida, creyó que su papá iba á hacer lo que decía. Dió desgarrador grito y salió al patio, abalanzándose á los brazos de su padre.

Benjamín estaba aterrado, muerto. Su rostro era el de un cadáver; sus piernas ya no le sostenían. Penetró en el saloncito de descanso, donde un día celebró su mayor triunfo, y echóse á llorar como débil mujerzuela. Estaba completamente derrotado.

V

El desquite

Maruja, roto el corazón, la cabeza hecha una fragua y los ojos quemados de tanto llorar, se pasó toda aquella noche, sentada, tal como había ido al Nuevo Politeama, junto al lindo *secretaire* que tan agradables recuerdos guardaba en su interior Ya no lloraba. La fuente de sus lágrimas se había agotado por completo. No estaba loca, como creyera algunas horas antes. Al contrario, pensaba con mucha claridad, sentía intensamente, recordaba con toda perfección lo que había pasado en su casa. Ella veía bien, y como si sucediese en aquel instante, la impaciencia y el aturdimiento con que había abierto la cómoda en donde guardaba sus costosas alhajas, la desesperación experimentada al asegurarse de que la gargantilla había desaparecido, el temblor nervioso que de su cuerpo se había apoderado, la rabia que en su pecho

se formó en seguida, y que la ahogaba sin dejarla hablar y la asfixiaba impidiéndole la respiración. Y lloró, lloró largo tiempo, hasta que le cortó bruscamente el llanto la impetuosa voz de su papaíto que parecía querer aplastar á Benjamín. Como por instinto se levantó para detener y apaciguar á su padre. Después fué conducida por éste á su dormitorio, mientras le prometía que *lo suyo* volvería á sus propias manos ó cometería una atrocidad. Precisamente pasó por la puerta por la cual entraron Benjamín y ella cierta noche en que sufrió ligero susto al ver brillar de un modo siniestro los ojos lindos de su esposo. Lo recordaba muy bien. Fué cuando le preguntó si la querría siempre y él entusiasmado, aunque no tanto como ella hubiera deseado, le contestó afirmativamente.

¿Quién le dijera entonces que había de llegar un día desgraciadísimo en que aquel hombre á quien con tal ardor y frenesí amó, le inferiría atroz puñalada produciéndole una herida grande y profunda, como un pozo, de la cual brotaba la sangre, una sangre negra y coagulada que se extendía por todo el interior de su cuerpo, llenándolo todo, manchándole su alma, antes blanca como la nieve, y apretándole el corazón hasta dejarlo sin latido? ¡Ah! Y Maruja respiraba con fuerzas, produciendo fuerte rui-

do con las fosas nasales, cansada de contener el aliento, y cerraba y abría los ojos con frecuencia mirando los objetos que la rodeaban y *examinándose* interiormente para comprobar la falsedad de lo que se le había aparecido en el ensueño, que ignoraba si había sido corto ó largo.

Sin embargo, parecíale que había pasado mucho tiempo. ¿Qué haría su esposo? ¿Por qué no iría á consolarla, á pedirle perdón, á demostrar su arrepentimiento? Ella estaba bien dispuesta á perdonarle, pues las lágrimas la habían desahogado en extremo, y, además, comprendía que Benjamín era un niño que no había sentado aún la cabeza. Levantóse para ir hasta la puerta y hacer leve ruído como invitándole á que viniera. La puerta divisoria, ante la cual se paró con el objeto de recordar que fué la que atravesó primero entre los brazos de Benjamín, entonces loco de felicidad, estaba bien cerrada y, para ver algo, tuvo que apoyar el pestillo que dió apagado chirrido aumentado por el silencio de la noche. Por la rendija de las dos puertas Maruja miró ávidamente y vió á Benjamín, echado en el sofacito, cruzado de brazos, apoyada la cabeza en los almohadones, abierta la boca y cerrados, bien cerrados, los ojos. Benjamín dormía.

Tan inesperada actitud hizo estremecer á Maruja, quedando primero abatida en sumo

grado, para después reproducirse con más intensidad aún el aturdimiento, la desesperación, la rabia que horas antes habían convulsionado bruscamente su naturaleza tan nerviosa. Volvió á nacer en su corazón una especie de asco por aquel hombre que no sólo la engañaba, sino que hasta le robaba traidoramente Era digno de desprecio. Para ella ya no podía ser aquel Benjamín tan ardientemento amado, que ocupaba todo su corazón, que siempre lo tenía ante sus ojos, que era mirado por ella como un sér sobrenatural. Nó; su ídolo había resultado de barro y acababa de hacerse mil pedazos. Desde aquel momento entre los dos abríase profundo abismo que ya nunca podrían salvar. Ni él la amaba, ni era capaz de amar, ni ella podía conscientemente depositar el ardiente fuego que en su corazón se alimentaba, en un hombre de pecho duro, que convertía el amor en sensualismo, de cabeza loca, que no había sabido aprovechar las dulzuras que el hogar ofrece. Nó; todo había terminado entre los dos. Vivirían juntos porque la sociedad lo exigía, el honor lo reclamaba. En apariencia sería suya, pero en realidad... ¿de quién? Maruja tuvo un instante de perplejidad, de espanto, de angustia, al sentirse sola, abandonada, perdida en el vasto desierto del mundo. Pronto recobró ánimo y fuerzas, acordándose de su hijita, de Marta, del sér por el cual

tanto había penado y que tan bien la correspondía. Estaba de Dios que había de dedicarse por completo á su hija. A ella volvería Su esposo era incorregible, no tenía buenos sentimientos, había perdido ya el gérmen del amor. Ya no era Benjamín.

Apenas hubo amanecido, lo primero que hizo Benjamín, fué echarse á la calle, á fin de no encontrarse allí cuando se levantara el Doctor Velázquez, quien siempre despertaba de muy mal humor, aunque es cierto que á él nunca lo había tratado mal. Sin embargo, quiso quitar la ocasión de que aquella mañana fuese de fatales consecuencias, por lo que había sucedido la noche anterior. Mientras andaba por la calle, su pensamiento estaba fijo en un hecho que le llamaba poderosamente la atención: ¿á qué causa era debida la permanencia de la *Reina* en Montevideo, cuando él había visto las maletas ya prontas para ser conducidas al vapor que se dirigía á Valparaíso? El no lo quería creer, pero parecíale ver en todo aquello ó una mala suerte que lo perseguía, ó una venganza terrible de la *Reina*. Pero, ¿por qué? ¿A qué respondería esto? ¿Y cómo sabría lo de la sustracción? ¡No podía ser! ¿Sería un castigo de la Providencia? Benjamín no era católico, lo de los dogmas le fastidiaba y le parecía algo sólo para mujeres que creen, pe-

ro no discuten; sin embargo era espiritualista, admitía un Dios infinito y, por ende, perfectísimo, que todo lo veía, oía, y dirigía *ab œterno*. El había hecho un juramento; había faltado á él y el castigo era lógico. Prometió que no tendría más líos *artísticos*, se metió en uno nuevo y más escandaloso, si no para la sociedad, sí para su familia, y sobre su cabeza se desencadenó toda la cólera divina. ¡Había sido muy pesada la pena, demasiado! ¡Y quién sabe! La cosa no había terminado aún. Aquel suegro tan bueno, modelo de suegros, aquel doctor Velázquez tan excelente, de pronto se había convertido en una fiera rabiosa, con garras de pantera y rugido de león. Se conoce que tenía mala sangre.

Benjamín estaba en la Plaza Independencia y se sentía con ganas de tomar algo. Entraría en el *Tupí-Nambá* y más tarde se iría á la Redacción de *La Idea* para leer los diarios de la mañana. ¿Dirían algo de lo que le había sucedido? Imposible.

Se sentó en un rincón, pidió café con leche, panecillo y manteca. Vió unos diarios sobre el mostrador y rogó que se los trajeran. Bien pronto encontró en uno la explicación de la permanencia de la *Reina*. Había exigido del empresario mayor sueldo, éste no quiso abonárselo, y la *Reina* se negó á firmar el contrato que á última hora se le presentó. Luego

se decía que la celebrada *ecuyére* había llamado mucho la atención la noche anterior, por una preciosa gargantilla que adornaba admirablemente su ebúrneo cuello. Como en toda la temporada no había lucido tan soberana joya, murmurábase que uno de los más altos magistrados se la había regalado en el día de su beneficio. El suelto terminaba con este comentario: «¡Con dinero de otros, bien se pueden hacer magníficos obsequios de Rey ó de Presidente!» Benjamín comprendió desde luego que se aludía al Presidente de la República. ¡Ojalá que así hubiera sucedido, y ahora no se encontraría en aquella triste y lamentable situación!

Más adelante leyó otra noticia que á él se refería. Dábase cuenta de la fundación del *Club Filarmónico*, de que el Doctor Benjamín Migliore había sido con perfecto acierto nombrado presidente, y maestro-director el gran ex-artista Sanguetti; que la subscripción de los socios era numerosísima; pero que la Comisión había resuelto no inaugurar por el momento,— á causa del calor,— la nueva Sociedad, sino en el próximo otoño, cuando empezasen los cursos.

¡Por qué habría de ser tan calavera, tan picaflor! ¡Tantos disgustos que se proporcionaba, cuando todos los amigos procuraban darle nombre y llenarlo de satisfacción! Allí

estaba Sanguetti que se había interesado extraordinariamente en su nombramiento de presidente. Sin embargo, bien pensado, el Club ganaba muchísimo con que Benjamín ocupase la presidencia. El mismo Sanguetti lo decía: era preciso que el nuevo Club estuviera bajo el amparo, la tutela de un joven de la buena sociedad, á fin de que se asociaran á la idea, la difundiesen y protegieran los demás jóvenes de la *high-life*. Ya era una cosa muy sabida. En Montevideo no arraigaban más que aquellas novedades presentadas por alguno de cierto circulillo. Era cuestión de nombres. Que se le diese un individuo de la *crème;* aunque no entendiese nada de la cosa, y el éxito coronaría la empresa. De lo contrario, fiasco completo. Si se contaba con Benjamín que era inteligente y de buen tono, ya no había más que hablar. El *Club Filarmónico* se iría arriba, muy arriba. En efecto: la Sociedad con dos meses de existencia ya tenía una *punta* de pesos en caja, capital que sería notable, cuando empezase sus funciones, y eso que Sanguetti había lanzado la idea de que la entrada para el primer concierto fuera *paga*. Reunirían una cantidad para establecer un Banco, si la cosa iba tan al pelo.

Para esto Sanguetti indicó que él escribiera á la Mecher, que se encontraba en Buenos Aires esperando contrata, á fin de que to-

mase parte en el concierto, y de esta manera el *lleno* era segurísimo. No le parecía mal. Escribirle no podía ser, después de haber roto de aquel modo tan brusco. Si él estuviera en la capital argentina, otro gallo cantara, porque fácilmente se encontrarían. ¡Oh, de seguro! Por cierto que le convendría mucho á Benjamín ir á Buenos Aires, porque era difícil y hasta inconveniente vivir juntos con su familia día y noche en las cuatro paredes de la quinta, después de aquella catástrofe. Había que dejar pasar algún tiempo para que los ánimos se aplacasen y las cosas se restableciesen. ¿Y la *plata?* ¡Bah! Como se trataba de hacer un servicio á la Sociedad, ésta pagaría los gastos que, después, se pondrían en las cuentas del concierto.

Benjamín, antes de manifestarlo á Maruja, y una vez consultado con Sanguetti, que nada tuvo que oponer, hizo anunciar su marcha en *La Idea*, á fin de qué llegara á conocimiento de su esposa. A ésta no le pareció mal, no tanto por ella, cuanto por su papaíto, que se mostraba muy serio delante de Benjamín. Era preciso que estuvieran algún tiempo sin verse. Ella esperaba que su papá se calmase, pues su carácter era así, sin ninguna clase de rencor; es verdad que, como el motivo de su disgusto fué tan grave, aun no se le había pasado, según eran sus deseos. Ella po-

dría no amar á Benjamín, odiarlo, si se quiere, pero no podía sufrir que los otros lo aborreciesen, lo despreciasen; eso nó.

Pocas fueron las cartas que Maruja recibió de Benjamín durante los varios meses que permaneció en Buenos Aires. Tampoco las deseaba, porque sin las palabras de cariño y frases de amor que en otros tiempos escribieron, le parecían cartas de personas extrañas, mandadas por puro cumplimiento, y por otra parte era en absoluto imposible que se manifestasen deseos de verse ó se dirigiesen caricias que no sentían, porque Maruja odiaba la mentira y la hipocresía le repugnaba. Así pensaba, cuando al atardecer, sentada en un banco rústico del jardín, miraba correr por los caminos enarenados á su preciosa Martita. ¡Qué diferencia de otros años! Ahora se sentia triste, llorosa, apesadumbrada, creyendo que su cuerpo estaba vacío, que en su pecho no tenía corazón, ni en su cabeza cerebro. No atinaba á dar con la causa de su abandono y abatimiento: pudiera ser la hora triste de la noche en que callan los pajarillos, el viento se desliza suavemente, y de la tierra mojada por el jardinero se levanta un olor fuerte, excitante, que ataca los nervios; y también pudiera ser la muerte de un amor que fué grande, intenso, avasallador, infinito, muerte cruel, inhumana, desespera-

damente dolorosa. Maruja no tenía fuerzas; hasta su cuerpo estaba desfallecido, muerto.

Antes de lo que todos esperaban y con sumo placer de Delia, á quien *dragoneaba* ya con insistencia un jovencito al cual no había visto desde que vivían en la quinta, la familia Velázquez regresó á la capital á principios del otoño, estación la más deliciosa del campo, en la que el sol permite pasearse de día por el jardín, y las tardes son de las más lindas y agradables. Los trabajos reclamaban al Dr. Velázquez. Apenas estuvieron en su casa, Benjamín volvió en seguida de Buenos Aires, no tanto por deseo de ver á su familia, cuanto por exigirlo en Montevideo los preparativos del grandioso concierto con que se había de inaugurar el *Club Filarmónico*. Así se lo rogó Sanguetti, una vez sabido que Benjamín había conseguido ya de la aplaudida Mecher la promesa de que tomaría parte en la velada literario-musical. A pesar de mucha insistencia, de idas y venidas continuas, de la influencia que á Benjamín se le reconocía, fué imposible recabar el concurso de las excelentes aficionadas que con gusto cantaban en cualquier concierto de alguna importancia. Estuvieron dispuestas á hacerlo hasta el día en que en *La Idea* y en *La Patria* se hizo saber que la notable artista, Sta. Mecher, llenaría algunos números del programa. Ellas, niñas

de la buena sociedad, jóvenes que cantaban galantemente, no podían sentarse junto á una mujer, artista de teatro, ni contribuir á una fiesta en la cual tomaba parte una cantatriz asalariada. Aquello era rebajarlas, tratarlas sin consideración, casi insultarlas. Es verdad que había prometido su cooperación la primera de las diletantes, Anita Pionini, pero había de tenerse en cuenta que esta joven ni era de lo más *chic*, ni guardaba muchas veces las buenas formas. Aquella muchacha terminaría mal. Lo preveían. En cambio fueron incluídos en el programa todos cuantos aficionados cantaban ó tocaban algún instrumento de música, desde el rascador de violín más ó menos concertista hasta el tenor de voz bien timbrada, aunque muy poco extensa. Había que alentarlos; aquellos mozos prometían y acaso llegarían á ser otros tantos artistas que recogieran en Europa más laureles que las mismas celebridades.

No obstante la dificultad creada por las diletantes, el concierto iba en camino de ser brillantísimo, ya que las familias no devolvieron las entradas *pagas* que la Comisión les mandó. La parte literaria estaba á cargo de Benjamín que, como presidente, pronunciaría un discurso inaugural, de Mario Gutiérrez que leería la preciosa poesía *La Patria* de su amigo Benjamín, y de Guido Rivière

que cerraría el acto con cuatro palabras de agradecimiento. No había que recargar el programa con literaturas porque la gente se aburría con lo que no fuera música, aunque mala, pero, al fin, música. Pudiera ser que después la fiesta terminase en baile.

La víspera del concierto, Benjamín la pasó atareadísimo dirigiendo todos los trabajos de adorno y ornamentación, á fin de que resultase lo más artístico y elegante. En el vestíbulo del *Club* hizo colocar un caminero rojo que iba encaramándose por la escalinata que conducía á una especie de palquitos hechos alrededor de la espaciosa sala. Esta se encontraba ocupada en su vasta extensión por apiñadas sillas enfrente de las cuales se levantaba ancho estrado, cubierto de bayeta colorada con visillos dorados que resaltaban muy bien. En la pared principal había sido pintada al fresco una alegoría artísticamente combinada en que se representaba la Música, la Poesía y la Pintura. En las laterales fueron colgados grandes medallones con los retratos de los más célebres compositores europeos. De los mecheros de gas y de la araña central de luz eléctrica colgaban verdes ramas de hiedra y una que otra flor, pequeña y olorosa.

Una vez terminado el arreglo y mientras se probaba la iluminación, algunos aficionados

ensayaban las piezas que habían de cantar ó tocar, los cuales eran ya aplaudidos por los socios que cuchicheaban diseminados por la sala, alabando el buen gusto de Benjamín, y burlándose de alguno de los que ensayaban.

Una hora antes de empezar el concierto, Benjamín, vestido de punto en blanco, estaba en el *Club* dando las últimas órdenes, á fin de que los grandes ramos y canastillas de flores adornadas con preciosas cintas, con que se había de obsequiar á las cantatrices, fueran colocados con arte y contribuyesen al mejor efecto de la sala; y animando también á los jóvenes de la comisión receptora para que atendieran con suma amabilidad á las familias, recomendándoles que en la colocación no dejaran vacíos, porque probablemente la gente no iba á caber en el salón. Había que apiñarse mucho.

La sala estaba ya completamente llena. La hora de empezar se acercaba y aun no se había presentado la esposa de Benjamín. Este le pidió varias veces que fuera porque asistirían casi todas las familias de la buena sociedad, y no era regular que ella faltase, siendo él el presidente del nuevo *Club*. Maruja lo prometió. Sin embargo, empezaba á tardar; él ubie-h ra querido que se encontrara allí antes de dar principio. En cambio, en primera fila estaban Anita Pionini hablando con Sanguetti y la -Me

cher discurriendo con Rivière que no la abandonaba un momento.

Fué preciso comenzar, y Benjamín subió al estrado, no sin antes haber rogado á Gutiérrez que tuviese la amabilidad de esperar á su familia y colocarla en las sillas que les guardaba en la segunda fila, casi detrás de la Mecher y algo distante del sitio ocupado por Anita. Benjamín se había apoderado ya del público, lo seducía con su prosa galana y suave, salpicada de frases bellas y metáforas de caprichosas formas. Sus párrafos, bien redondeados, eran recibidos con grandes aplausos de la concurrencia que aumentaba sin cesar. De pronto el auditorio empezó á moverse, á agitarse, á murmurar, á cuchichear, hasta el punto de no atender al orador. Era que subía por uno de los lados de la sala Maruja Velázquez, en extremo elegante, hermosa, fina, seductora. Gutiérrez la acompañaba. Detrás iba Delia del brazo del jovencito que la obsequiaba. Benjamín tuvo un momento de contrariedad, quiso callarse, pero levantó más la voz para imponerse al público. Este estaba fijo en Maruja. Precisamente el párrafo que, según el autor, sería más aplaudido, en el cual tenía puesta la esperanza de ser aclamado, cayó en el más profundo silencio interrumpido sólo por aplausos aislados y que resultan por su pobreza, altamente ridículos. ¡Ah! El se iba á desquitar aquella noche.

En efecto, apenas hubo terminado el discurso, aplaudido extraordinariamente, sin ir á saludar á su esposa, sentóse al lado de Anita, la cual estaba hechicera, soberbia, magnífica. No había que darle vueltas; aquella muchacha era la más linda de Montevideo y la más interesante de allí y de muchas ciudades. Se trabaron en un diálogo seguido, continuo, importante al parecer y muy agradable, según lo indicaban las sonrisas de ambos, que matizaban la conversación. Ni siquiera hicieron caso, con escándalo de los que en derredor de ellos estaban, de la preciosa romanza, que admirablemente cantó la celebrada artista, la cual recibió de la concurrencia hermoso homenaje de simpatía. Fué la única vez que Anita Pionini borró de sus labios sanguíneos la sonrisa que en ellos jugueteaba.

Pronto llególe el turno. Había elegido el último número de la primera parte por su causa y razón. Subió al estrado acompañada de Benjamín, quien se quedó al lado del relumbrante piano de cola. El público estalló en un aplauso atronador, iniciado por los jóvenes que miraban con gusto á la aficionada. Fué un saludo inmenso. Sanguetti arrancó al piano los débiles sonidos del preludio y, contra lo que indicaba el programa, Anita atacó la célebre melodía *Non m' ama più*, que ella cantaba con sentimiento de sumo despecho y hasta con

cierta rabia reconcentrada. En ella había notas de desesperación, como también de enternecimiento. Cesó la música y la concurrencia aplaudió frenéticamente, pidiendo con insistencia el *bis*, que Anita no quería conceder por no incomodar á la Mecher, según ella misma, pero á lo cual accedió después con verdadero placer y contento. Repitió la composición, y estuvo mejor aun que la primera vez, por lo que salió del salón, acompañada de Benjamín, en medio de los fuertes aplausos de la muchedumbre que la proclamaba la primera diletante de Montevideo, capaz de obscurecer el esplendor de muchas artistas que gozaban fama de brillantes estrellas. Anita sí que lo era de primera magnitud Y durante todo el intervalo lo pasaron elogiando extraordinariamente á Anita Pionini, la diletante predilecta de la sociedad montevideana. ¡Qué artista resultaría aquella muchacha! La verdad es que había gustado más que la Mecher. Cantaba con más gusto, con más soltura, tenía mejor voz, más sentimiento Y, después de todo, era más linda y, por tanto, más simpática.

Maruja se negó á ir al *buffet*. No quiso moverse de su asiento, pensando en cosas que la preocupaban en gran manera. Había tenido allí, á dos palmos de distancia, á la mujer por quien su esposo expuso la vida, á la mujer á quien su Benjamín amaba ó había

amado, ya que en toda la noche no se le acercó ni un momento. Es cierto que estaba haciendo los honores á su amiga Anita. Ya no le importaba nada. Más mal le causaba ver á aquella mujer que la hizo sufrir agudos dolores porque le había robado, relajado á su esposo querido. Y la tenía cerca, cerquita, y no podía gritar, desahogarse, matarla. ¡Qué sociedad era ésta! Y Maruja aun sentía celos. Le hacía la justicia de juzgarla linda, muy linda, pero buena, nó. De seguro que sería una perdida, una ladrona de maridos, una mujer que no habría encontrado esposo y se vengaba en todas las que lo tenían. Y el de ella era hermoso, bien formado, arrogante; cualidades que, al fin, resultaban obstáculos para la felicidad del hogar.

La vuelta de los que tomaban parte activa en el festival, la sacó de su ensimismamiento fijándose, como una persona extraña, en las que se movían de continuo sobre el rojo estrado. Su esposo era para ella un hombre más, simpático é interesante.

La segunda parte fué tan bonita como la anterior. Uno de los primeros números estaba destinado á Mario Gutiérrez que se encargó de leer *La Patria,* poesía del Doctor Benjamín Migliore. Gustó mucho. Hubo un momento en que Maruja se transformó, sintiéndose más joven, con el corazón palpi-

tante, y poniendo un rostro alegre y placentero. ¡Cuán felices recuerdos! ¡Qué lejos estaba todo! La concurrencia aplaudió hasta que Benjamín salió á recibir la ovación. Una vez en el estrado se sintió crecer, aumentar, agigantarse; sonrió, miró la sala y empezó á enternecerse, temblándole las piernas, á causa de tanta sensación. Más tarde Anita enloqueció al público con la preciosa romanza *A suon di baci* que cantó con extremada voluptuosidad, con pasión arrebatadora. Aquellos labios besaban, mordían, hacían cosquillas en las partes más sensibles del cuerpo. El de Benjamín se estremecía por momentos y, sin atender á donde se encontraba, miraba extasiado, hipnotizado, á la joven que hablaba por extraño modo á su corazón y á sus sentidos.

Al final Rivière en su hermoso discurso manifestó á la concurrencia que, á pedido de muchos jóvenes, la Comisión daba permiso para que la fiesta terminase cantando un himno á Terpsícore. Todo el mundo lo entendió. Tratábase de bailar.

Maruja no quiso quedarse, y Benjamín la acompañó al coche. Algunas familias se marcharon también. Benjamín quedaba completamente libre. Ya no tenía quien lo vigilase. Al principio no bailó más que con Anita, á la cual demostró que lo sabía hacer decentemente y también con cierta libertad de

brazos y rodillas que no disgustó á Anita, quien, como si no advirtiese tales desmanes, reía en grande todas las frases que á su oído dejaba escapar Benjamín. Entonces fué cuando dió á entender que *recién* se enteraba de la casa en donde vivía Anita: Piedras, entre Misiones y Colón. Precisamente él pasaba todas las tardes por allí. Aunque Anita comprendió que aquello no era verdad, se hizo la desentendida y continuaron hablando de cosas muy serias, según Benjamín, pero que al parecer para Anita habían de ser de broma, tales eran las rísas que le arrancaban.

La concurrencia empezó á desfilar, y Anita, viendo á Benjamín sumamente excitado, mostró deseos de retirarse. Su amigo dijo que la acompañaría, más ella contestó que estaba comprometida de antemano con su maestro, Sanguetti, para aquel acto de galantería Despidiéronse, y una vez solo, se fué á la Mecher, á quien había dejado un instante Rivière, y se ofreció gustoso á bailar con ella. La artista se colgó de su brazo y dijo que bien podían irse ya. Estaba celosa, irritada, deseaba reñir con Migliore. Este lo notó, sin hacer caso, porque vió que la paz se imponía y que todo terminaría por donde él deseaba.

Ya en el carruaje, la Mecher le echó en cara su conducta indigna y grosera, en largas y quejumbrosas *tiradas*, medio crudas, medio

románticas, mientras que él, abrazándola, no la escuchaba, sino que se entregaba á unos pensamientos de triunfo, de desquite, de victoria completa. El, al fin de cuentas, salía ganando. Ya las mujeres, aun sin buscarlas, se le echaban en sus brazos. ¿Qué más quería? Lo mismo le sucedería con la fama, la celebridad, tan ambicionadas. Saldrían á su encuentro el día menos pensado. Al fin tenían nombre de mujer. El era un imán que atraía todo lo femenino. Su mujer lo quiso derrotar, pero ella no contaba con la *revancha*. El resultado de su libro fué desastroso, mas había el éxito del teatro. La *revancha* se imponía. La de su nombre vendría sin duda. Mientras tanto él gozaba de la proporcionada por el amor. ¡Cuán dulce, cuán sabrosa era!

LIBRO TERCERO

I

La vengadora.

Eran las tres de la tarde del día siguiente al concierto dado por el *Club Filarmónico,* cuando ya Anita Pionini, vestida con hermoso traje de casa, adornada con cintas y flores y perfumada con polvos y esencias de lo más fino que en su bien surtido tocador había, recorría todas las habitaciones, impaciente y nerviosa, mirando unas veces por el balcón y otras por la escalera. Varias veces mostró con gestos de histérica la suma contrariedad que sufría, al ser engañada por algunos ruidos ó por ciertas personas, que le recordaban á la que con tanta ansia esperaba. Después de la desilusión, el abatimiento, una laxitud de todo el cuerpo, cierta inconsciente tranquilidad se apoderaban de ella, y la obligaban á sentarse en el sofá, quedando medio amodorrada, ó en el taburete del piano, sobre cuyas teclas deslizaba sus delgados de-

dos, que, como movidos por secreto resorte, iban á encontrar las notas primeras de la melodía: *Non m' ama più.* Tocaba el acompañamiento y *cantaba* mentalmente, retratando en las facciones del rostro los sentimientos que siempre despertaban en su corazón las palabras románticas de Tosti.

De repente calló el piano, Anita dió ligero grito, estremecióse todo su cuerpo y se volvió rápida, á la voz de María, la vieja criada:

—El diario, señorita.

—¡Ay! ¡Qué susto me has dado!

Y se quedó mirando á María con la mano izquierda apoyada en el teclado que sonó horriblemente y con la derecha abandonada como insensible.

La sirviente le había alargado el diario y esperaba que lo tomara, pero, viendo la actitud de la señorita, exclamó:

—Pero, ¿no deseaba tanto el diario? Acá se lo dejo. Yo tengo que hacer.—Y lo puso sobre una silla, y se volvió en seguida rezongando en voz alta. Aquellas niñas no sabían lo que pensaban, ni lo que querían, ni nada. La *suya* no tenía aún la cabeza bien sentada. ¡Malditos grillos!

Anita cogió *La Idea,* fuése á sentar en la mecedora de rejilla que había junto al balcón y empezó á recorrer las columnas del periódico, buscando la crónica de la fiesta del

Club. La leyó muy detenidamente y releyó los párrafos que á ella se referían, y, aunque al pie del escrito no hubo el seudónimo *Gladiator*, — tampoco era regular, siendo Benjamín presidente de la Sociedad, — sin embargo quedó bien convencida de que *aquello* había salido de la pluma del mismo *Gladiator*. El artículo estaba denunciando á gritos á su autor. En Montevideo nadie escribía con aquellas frases y aquellos términos que á una le iban directamente al alma hasta enternecerla agradablemente. ¡Qué párrafos los que de ella hablaban! Eran la continuación del diálogo íntimo, muy íntimo de la noche anterior. Sobre todo cuando se ocupaba de la romanza: *Non m' ama più,* lo hacía con entusiasmo y hasta suponía en la cantante ciertos sentimientos revelados en la manera de interpretar la composición de Tosti.

Y esta lectura la llevó á pensar en las palabras que Benjamín le dirigió, y en las preguntas, hasta cierto punto indiscretas, que le hizo para inquirir el estado amoroso de su corazón. Se había mostrado claramente celoso. Ella le advirtió que siempre cantara la melodía con igual propiedad; pero Benjamín insistió en que la primera vez había sido la noche de su casamiento; entonces la interpretó casi rabiando, muy contrariada.

¡Ah! ¡Conque lo había advertido, á pesar del

estado excepcional en que se encontraba el día de sus bodas! Mucho mejor. Eso indicaba que pronto la conocería bien, y que bastaría poca cosa para darse á comprender.

Y mientras así dejaba Anita correr su imaginación, calificada por María de *la loca de la casa,* se balanceaba suavemente dando ligero golpecito con los pies en el suelo, teniendo la barbilla entre el dedo pulgar y el índice de una mano y el codo apoyado en el brazo de la mecedora, y con la otra que colgaba, sosteniendo el diario, cuyo ruido, al tocar el pavimento, semejaba el particular roce de la seda. Con la mente abstraída, perdida la mirada, inconsciente de su propia existencia y la respiración tranquila, Anita se había entregado por completo á sus recuerdos, que, como las cerezas, se presentaban unidos uno tras otro, aunque no hubiese relación alguna entre ellos, si no era que todos se referían á un mismo sujeto.

Así es que, apenas su pensamiento se hubo fijado en la noche en que se casaron Benjamín y Maruja, recordó desde luego las horas horribles de rabia y desesperación por las cuales pasaron su corazón, que los celos y el odio removieron con brusquedad, y su cuerpo hostigado por deseos de caricias y estremecimientos de sensaciones voluptuosas. Y en aquella noche fatal pasada en medio de des-

esperadas retorsiones de sus miembros, y de latidos desiguales del pecho, juró que ella se vengaría de su rival, de Maruja, la cual no la aventajaba en otra cosa sino en la posición elevada de su familia, posición encumbrada que había de haber deslumbrado al ambicioso Benjamín, á quien, después de haber vivido infinidad de años en una tienda, se le había despertado á última hora el deseo de ser rico, y más que esto, de brillar entre la sociedad entonada y elegante. Por tanto estaba bien segura de que Benjamín, si quería entonces á Maruja, era simplemente porque él se había engañado. En realidad no la amaba á ella, sino al *mundo* en que le veía lucir sus galas y la magnificencia que su nombre ostentaba. Esta pasión desenfrenada de lujo, de bienestar, de esplendor, podría ser que se calmara, y entonces con seguridad se vengaría. Pero, aunque así y todo no fuera, lo atraería de otro modo, que ella no veía por el momento con toda claridad, no sabía exactamente de qué medios se valdría, mas estaba decidida á echar mano de cualquier, aunque fuera.... de ella misma. Y con estas palabras quería decir, si bien mentalmente no lo precisaba, que tomaría venganza, á trueque de su honor, de su honra, de su virginidad.

Sería un robo, pero no importaba. Porque á ella se lo habían quitado antes. Suyo era.

El lo había demostrado con sus visitas continuas; sus padres se lo dijeron repetidas veces. Es cierto que entonces no tenía bien exacto lo que era el amor; no amaba como algún tiempo después; sin embargo algo sentía que amor debía de ser, porque era una cosa muy parecida á lo que experimentó más tarde: se complacía en ver á Benjamín, le era sumamente simpático, lo encontraba muy hermoso, le gustaba mucho oirle. Después comprendió que lo quería. Fué cuando Sanguetti le despertó su corazón, descubrió á su alma horizontes nuevos; puede decirse que le enseñó á amar.

La opinión del maestro era bien terminante: Anita poseía grandes cualidades para ser buena artista. Era excepcionalmente hermosa, tenía voz sonora y bien timbrada, cantaba con su escuela, la mejor del mundo artístico, su presencia era distinguida, sus modales correctos, vestía con arte y elegancia, hasta la naturaleza, siempre previsora, le había puesto en su agraciado rostro un lunarcito que era un encanto, el cual bien cuidado llegaría á conseguir.... ¡oh! *chi lo sá!* En una palabra: Anita era una joven destinada á conseguir grandes triunfos en el teatro, porque para esto había sido hecha. *Ma*.... le faltaba algo, algo que para él era mucho, lo principal: el sentimiento. ¡Oh! ¡Cuántos ar-

tistas muy celebrados había visto que cantaban correctamente y tenían arrogante figura en las tablas, con lo cual ya cautivaban al público; pero que á él no le hacían por completo feliz, no le seducían, no le conmovían! Lo encerraban todo, menos el sentimiento. Sin éste resultaban los personajes representados, fríos, sin vida, sin alma, y la música sin gracia, sin el pensamiento que siempre entraña, sin el *quid divinum* que la inspiración del autor le ha infundido. Anita así lo comprendió y desde entonces procuró hallar la idea musical y expresarla con toda exactitud; pero Sanguetti nunca estaba satisfecho. Y empezaban las explicaciones de las escenas y de los personajes de las óperas que estudiaban; se empeñaba en hacerle entender lo que la tiple que se llamaba de esta ó de la otra manera, sentía en su corazón, lo que pasaba en su espíritu; desmenuzaba las frases y alambicaba los términos y á veces terminaba el maestro por afirmar que era preciso experimentarlo para entenderlo bien. Había que amar apasionadamente para cantar con propiedad ó haber experimentado alguna pasión, porque el amor y la música eran una misma cosa.

Y Sanguetti tenía razón sobrada; Anita cantó mejor, mucho mejor, cuando ella comprendió que amaba locamente á Benjamín, al amigo de la infancia, que no le supieron guardar los pa-

dres de él y que ella no atrajo á su debido tiempo. Era una cosa muy clara: Anita comenzó por recordar la alegría y la complacencia experimentadas cuando él iba á presenciar la lección, y el placer sentido cuando él discutía con Sanguetti y lo vencía. Se fijó en las sensaciones agradables que le produjeron el calorcillo de su brazo apoyado en el de Benjamín, y el roce suavísimo y cosquillero de los labios de éste puestos sobre su mejilla, que le quedó largo rato abrasada. Fueron aquéllas las más deliciosas de las que recordaba. No dejó de pensar en la horrible contrariedad que experimentó cuando supo que Benjamín *dragoneaba* á la hija mayor del doctor Velázquez, como le anunció entre sonrisas de satisfacción la señora de Migliore. Se sentía verdaderamente apesadumbrada. Sin embargo, al principio creyó que pronto se desvanecería el dolor causado por las palabras de aquella señora amiga, y más después de la enfermedad y muerte de su mamá; pero fué al revés. Precisamente la soledad aplastadora en que se encontró, el abandono que aquella desgracia le ocasionaba, y hasta la imposibilidad de entretenerse con su pasión favorita: el canto, imposibilidad impuesta por las costumbres sociales, le dieron motivo y la obligaron á llorar, al propio tiempo que el fallecimiento de su madre, el olvido á que la había relegado la ambi-

ción desenfrenada de Benjamín, ya que no el amor. Por no ver á los novios, no tanto por el luto, se negó á ir al teatro, todas las veces que Sanguetti, valido de los años y de la amistad, se ofrecía á acompañarla á la representación de las principales óperas, ya que una artista, ó casi-artista, como Anita, no podía dejar pasar novedades tan notables, á más de que le era preciso ir al teatro á estudiar y á observar las genialidades de las grandes cantatrices. Tampoco quería asistir al casamiento de Benjamín con Maruja, pero rogó tanto la señora de Migliore y le pidió con tanta insistencia que la acompañara á una reunión en que no conocería á nadie, que no pudo negarse, so pena de dar á comprender la causa de su obstinación. Fué, sí, fué; mas no salió de allá sin antes haber clavado una espinita en el corazón de Benjamín, no sin antes haberle traspasado con finísima saeta el blando pecho, no sin antes haberle marcado la memoria con ardiente chispa de sus ojos. Aquello que en el interior de Benjamín dejaba, así como al descuido, era la semilla de su venganza, era el granito de su amor, sí, de su amor, que tarde ó temprano había de fructificar. ¡Cuánto tiempo necesitó para brotar, crecer, y espigar! Parecía al principio que realmente estaba enamorado de Maruja, y, cuando comprendió que no era así, al verlo solo en el teatro, tuvo otro

temor más justificado, si cabe, al leer en *La Idea* los artículos que escribía acerca de la Mecher. ¿A qué Benjamín hacía una calaverada con esa artista? ¡Ah! Allí, allí estaba su verdadero enemigo. El desafío, de que la enteró Sanguetti, le aumentó más y más el miedo cerval que las mujeres de teatro le inspiraban.

Por fortuna pronto supo por los diarios que aquel duelo no había tenido consecuencias, pues Benjamín había asistido con su esposa á cierta tertulia. ¿Qué? ¿Se habría arrepentido después de pasar por aquella prueba, y entraría á formar parte de los maridos caseros? ¡Oh! Había que insistir briosamente con Sanguetti para que se realizase el gran pensamiento, la magna idea concebida para atraer á Benjamín. Era un gran golpe. Lo manifestó á su maestro, precisamente un día en que éste se le quejaba del poquísimo trabajo que había en Montevideo. ¿Sí? Aquello sucedía por no haber un centro verdaderamente serio y adecuado, que fomentara el divino arte, que hiciera propaganda entre los profanos y que les descorriera el velo que ocultaba los misterios de la música. Entonces empezaría á haber afición. La cosa era bien sencilla: tratábase de fundar un Centro en el que se enseñara la música á los socios y que de cuando en cuando celebrara conciertos del

mejor modo. Pero había de procurarse que la Sociedad fuera distinguida, *chic*, á fin de que muchas de las familias tomasen como profesor particular al que tuviera el centro. Así estaba salvado. A Sanguetti le pareció excelente la idea de Anita, y prometió meditarla. Después encontró una dificultad para dar al *Club Filarmónico* — ya estaba bautizado antes de nacer — un tinte de elegancia y distinción. Anita también resolvió por completo este punto. Era preciso nombrar una Comisión de jóvenes de la *high-life* y poner un presidente tan apto y tan espectable como Benjamín Migliore.

Vencería en toda la extensión de la palabra. Allá, en el *Club*, se encontrarían, y poco había de valer si no atraía bien pronto á Benjamín que le demostró varias veces grande cariño rayano en pasión. Ella lo conoció en todos sus movimientos y acciones. En vano se había preparado para un asalto de Benjamín; se engañó; lo cual le daba á comprender que él no tenía mucha fuerza de voluntad, era un carácter débil; por lo tanto, aunque él desease mucho hablarla, no lo haría más que en ocasiones en que no tuviera que pasar por encima de obstáculos. Estaba bien; así le gustaba; porque sabía que una vez posesionada de su voluntad y de su ánimo, él no haría más que lo que ella quisiese. La venganza era se-

gura; se imponía. ¡Y con qué placer se apoderaría del hombre que era para ella, y que una rival le robó! ¿Por qué? Por ser más rica, en suma; pues ni era tan hermosa como ella ni siquiera tan inteligente. ¿Tan buena? ¡Bah! Esto era lo de menos. Y Anita se quedó pensando en la belleza de su cuerpo, se examinó con los ojos de la imaginación muchas partes magníficas que estaban ocultas por su elegante vestido, y las comparaba con las que hacían suponer los brazos y el escote de Maruja, y una sonrisa diabólica de triunfo rizaba airosamente los purpurinos labios de Anita. Se plantaba delante del espejo, y se componía con sumo gusto, quedando complacida de su figura arrogante y bien modelada. Ella triunfaría, como se demostró con toda evidencia la noche anterior en el *Club Filarmónico*. El cambio del número que le tocaba cantar, por la romanza *Non m' ama piú*, hizo el efecto que esperaba. La composición dió motivo á entrar de lleno en una serie de interrogaciones que hasta aquel momento había rehuído Benjamín, y que no terminaron hasta la despedida después del baile. ¡Oh! Su amigo se le iba á entregar por completo. Era suyo. La verdad que ella no sabía cuál de los dos sentía más ansia del otro. Ella se pasó toda la noche pensando en Benjamín, en los abrazos que en el baile

le había dado, y su ardiente fantasía le representaba entonces á su amigo, fogoso, lleno de vida, rebosando pasión, con un cuerpo bien formado, robusto y casi elegante. Y entregábase placentera á visiones que hacían brillar sus ojos y arrancaban una sonrisa á sus labios; visiones de *duos* sabrosísimos de amor, de escenas encantadoras en que la pasión ardorosa unía y electrizaba á los actores, de horas pasadas rápidamente con las manos apretadas, las bocas unidas, los corazones palpitantes.

¿Y después? ¡Ah! Había que tener en cuenta el carácter de Benjamín. Ella lo sabía todo por Sanguetti. Era todo un *picaflor*. Por lo tanto, se precisaba una conducta especial para encadenarlo bien y por completo. ¡Sería bueno que, después de haberle costado tanto la caza del voluble *picaflor*, ahora llegase, viese, venciese y se marchase! Nó; una vez entre sus brazos, no le dejaría partir *así nomás*....

La campanilla de un reloj de pared sacó á Anita de su largo éxtasis, pero, como quien despierta de profundo letargo, no se levantó en seguida, á pesar de haber dado las cuatro, sino que volviendo sobre lo pensado, reflexionó, que había ido muy adelante en su sueño, pues primero había de comprobarse si Benjamín cumplía la palabra, dada la noche antes, de ir á verla aunque fuera sólo desde la calle.

Y entonces nerviosa, otra vez inquieta, deseando salir de dudas, se levantó, fuése al espejo, arreglóse de nuevo, eligió un jazmín del ramo regalado en el *Club Filarmónico*, y salió presurosa al balcón mirando á uno y otro lado de la dilatada calle. Como casi siempre, estaba desierta y medio triste, pues las oficinas de compañías navales y de corredores y bolsistas habían sido cerradas y abandonadas por los dependientes. A aquella hora el sol ya no enviaba la última mirada á los balcones de su casa, como sucedía en el verano, sino que ahora eran los de enfrente los calentados toda la tarde por los destellos solares. El reflejo tampoco incomodaba, porque la brisa otoñal, bastante fresca, como que rompiera los rayos reflejados y se los llevase calle abajo.

Y Benjamín no aparecía. Cada minuto le resultaba un cuarto de hora, y ya empezaba á impacientarse y á ponerse casi rabiosa y despechada. De ella no se burlaban ni se reían. Benjamín se equivocaba al creer que ella era una joven sin carácter ni voluntad; todo al contrario, él sería el que acataría sus más sencillos deseos. ¡Oh! Estaba bien resuelta. La venganza había sido decretada y debía cumplirse. Maruja triunfó tiempo atrás, porque ella no quiso luchar, quizás por no amar como ahora á Benjamín, seguramente porque no se lo

propuso; pero ya podía darse por derrotada: Benjamín era suyo. Lo había rescatado. También se vengaría de su amigo. Lo encadenaría de tal manera que no podría rebelarse contra su voluntad.

Y un estremecimiento de placer y un grito sofocado de Anita hicieron callar el pensamiento de ésta y pusieron toda su alma en los lindos ojos que estaban fijos en un buen mozo que iba acercándose por la *vereda* de su casa mirando á su balcón. Era Benjamín. Es cierto que su principal intención era la venganza, pero también tomaba parte en su conducta el amor, como lo revelaban los latidos de su corazón, la respiración cortada, y un temblor nervioso que no la dejaba pensar, teniéndola abstraída é inconsciente. Benjamín caminaba despacio y al parecer tranquilo. Saludó desde cierta distancia, inclinándose y sonriendo, y la miró con ojos fijos y penetrantes. Ella con rostro en que se retrataba el estado de su corazón, amoroso y satisfecho, le devolvía miradas apasionadas, sonrisas seductoras. Benjamín dióse vuelta, fijóse en los balcones y, reparando que la *cuadra* estaba sin curiosos, le hizo seña de que le diese la flor que adornaba el abultado seno. Anita lo comprendió y rápida arrancóse el jazmín, dejándolo caer á dos pasos de su amigo. Este recogió la blanca flor, se la colocó en el ojal y volvióse á mirar hacia el balcón.

Poco á poco fué perdiéndose su silueta por la extensa calle hasta que, por fin, el amigo de Anita dió vuelta á una esquina y desapareció. Esta entróse en las habitaciones, encendió una luz y se sentó en su tocador para leer de nuevo la crónica de *La Idea*. Había vencido. Su venganza empezaba á cumplirse.

II

Les folies bergéres.

Eran las diez de la mañana.

Anita acababa de levantarse, después de haber dejado transcurrir una hora enterita leyendo y releyendo la vigésima carta de Benjamín, y abandonando su ardiente imaginación por las misteriosas llanuras de lo por venir. Vestida ligeramente, pero con cierta gracia atractiva, habíase sentado delante de pequeño pupitre de caoba bien lustrada, eligiendo en un cajoncito de papel-fantasía una esquela con que contestar á las insistencias de Benjamín. Deseaba que la viñetita fuese expresiva y caprichosa, y el conjunto elegante y original. Estaba indecisa; ignoraba cuál escoger de las seis ó siete que entresacó. Dos que tenían forma de triángulo: uno con varias rosas punzó y otro con un ramito de campanillas azules, eran las esquelas que más le gustaban entre las que ostentaban un

perro persiguiendo á un gato que agachaba las orejas, levantaba el lomo y le alargaba una garra, ó un niño hablando con un loro de colores chillones y teniendo á sus pies algunos muñecos, ó dos pájaros besándose con los picos, separados por un ramo de azahares. Este le complacía bastante, pero parecíale un poco cursilón y gastado. Siguió buscando, y, por fin, halló una viñeta que respondía á su pensamiento. Allí estaban los dos. Se veía una pintada avecilla en actitud de echarse sobre reluciente mariposa que á su alrededor revoloteaba. Al principio pensó que ella era el pájaro y él la mariposa; pero, después de meditar un poco, cayó en la cuenta de que habían cambiado ya los papeles. ¡Bien pudiera ser que aquel pajarillo fuese un picaflor! Hasta creía que en algo se parecía á Benjamín. Sí; en la actitud de abalanzarse sobre una indefensa mariposa. Lo reconocía en aquellos ojitos brilladores y en las trémulas alitas dispuestas á envolver y aplastar tan fino y delicado sér. ¡Oh! Es que ella no se dejaría prender tan fácilmente; ella conocía las mañas y triquiñuelas de los picaflores. No de balde Sanguetti le había descorrido la venda que cubre los ojos de la inocencia. En fin, la viñeta le gustaba, le parecía original y la creía muy expresiva. Se quedaba con ella.

Y, con la pluma en la derecha y los dedos de la izquierda pellizcándose el labio inferior, meditaba la manera de redactar la esquelita sin comprometerse en una sola palabra. «Querido amigo» parecióle demasiado íntimo, y «Muy señor mío» sobradamente serio. No convenía ni entregarse tan pronto ni presentarse con humos de resistencia. Optó por el familiar: «Amigo mío.» Lo demás no valía la pena. Con decir la hora á que iba Sanguetti, estaba del otro lado; y á esto solo había de reducirse su contestación tantas veces pedida. Benjamín quería visitarla sin comprometer la excelente reputación de Anita, por lo cual deseaba ir á la hora en que Sanguetti daría la lección. Manifestó semejantes anhelos desde las primeras cartas, pero Anita no creyó prudente contestar tan pronto. Este silencio no equivalía á reprobar la misteriosa correspondencia de Benjamín, ya que le mostraba su satisfacción las tardes que pasaba á saludarla desde la calle. Le sonreía, le miraba con ojos que agradecían, le echaba flores, cuando la soledad de la *cuadra* lo permitía y decíale una que otra palabra, si nadie pasaba en aquel momento. Por no llamar la atención de la vecindad, estos paseos no se repetían con tanta frecuencia como las cartas. A los pocos días después de la inauguración del *Club Filarmónico*, Benjamín en-

vió á Anita una esquela en la que le daba las gracias por el concurso prestado al concierto, que si fué brillante y esplendoroso, sólo era debido á la activa parte que en él había tomado y á su agradable presencia. Pasaron varios días, y llegó á manos de Anita la segunda epístola, en la cual se lamentaba de no haber podido demostrarle personalmente su gratitud como había hecho con los demás. En la tercera misiva pidió permiso para ejecutar la orden que tan imperiosamente su corazón le señalaba.

Anita no contestó; y desde aquel día recibió cotidianamente una carta larguísima, de las cuales las primeras fueron indiferentes, puramente literarias, y las consecutivas hablaron de su estado psicológico, de la nostalgia de su espíritu, de sus ambiciones, de su amor á la gloria, de una persona que lo comprendiera. Luego unas ya trataron de ella, de Anita, de la mujer angélica con voz de querube y cuerpo de sirena, y otras le contaron que había despertado una pasión loca, delirante, abrasadora, que le hacía palpitar el corazón y estremecer el cuerpo. Y ya hacía cerca de un mes que todas las mañanas, á la misma hora, despertaba Anita, llamada por la sirviente que le entregaba las cartas de Benjamín. Aquello era una vuelta á la vida deliciosa, soberbia, agradabilísima. Muchas veces dejaba un sueño pa-

radisíaco para empezar otro celestial. Tal era para Anita cada una de las correspondencias de su amigo. Después de un amor, durante tanto tiempo comprimido, encontraba, por fin, un pecho ardiente en el cual podría desahogarse cuando quisiera. Las cartas de Benjamín, llenas de fuego y entusiasmo, escritas con gárrula elocuencia y verbosidad impetuosa, electrizaban á Anita, le ponían carne de gallina, y le hacían experimentar sensaciones desconocidas. Una vez leída rápidamente la *confesión* de su amigo, sintiendo un poco de frío por la garganta y el seno de una blancura rosada, que dejaban transparentar los finísimos encajes de la camisa sumamente escotada, se metía de nuevo debajo del embozo, se arropaba bien, y, fijos los ojos en el techo, el papel entre las manos y el cuerpo recobrando el primitivo calor de la cama, se entregaba á sus favoritas meditaciones, repasando detenidamente las palabras escritas por Benjamín, cada día más enamorado. ¡Qué continua sucesión de sensaciones agradables!

De repente una bocanada de aire frío envolvió á Anita, que tuvo un movimiento de temblor.

—Cierra, mujer, — dijo á María con voz que denotaba el mal humor causado por aquella entrada tan intempestiva, que la sacaba de un éxtasis acariciador.

—Son las once, señorita. ¿Hemos de almorzar ó nó?

—Dentro de media hora.

Cerróse de nuevo la puerta por donde entrara el fresco hálito de una bellísima mañana de otoño. Anita metió la esquela dentro del sobre, se fijó de nuevo en el pájaro que quiere agarrar la mariposilla, sonrió placentera y escribió la dirección.

Entonces empezó el ligero *toilette* de la mañana, durante el cual se miró repetidas veces en el espejo, probando movimientos de rostro, miradas ora dulces y suaves, como caricias, ora poderosas y penetrantes, como amenazas, posiciones, en fin, de todo el cuerpo, que, sin ser atrevidas, fueran atrayentes y hasta cierto punto voluptuosas. Anita, ya no sólo buscaba encadenar por fuerza á Benjamín, sino que deseaba al propio tiempo agradarle; como hace toda mujer que ama á un hombre: quiere cazarlo no á traición, sino á sabiendas de él; más claro: ambiciona, no ya arrastrarlo, sino que se entregue con apasionamiento.

Hizo llamar al *changador* de la esquina y le dió en propia mano la esquela, encargándole que sólo el doctor Migliore la podía recibir. En seguida sentóse á la mesa y almorzó con apetito que de mucho tiempo atrás no había experimentado.

Benjamín no faltó. Desde las cuatro de la

tarde estuvo rondando la casa de Anita, en espera del profesor Sanguetti que había de ir á ver á su discípula. Este no tardó mucho tiempo. Benjamín le echó el ojo desde muy lejos, salió á su encuentro y entablaron conversación caminando hacia *lo* de Anita, quién, según afirmaba Sanguetti, cada día se perfeccionaba más y más.

—Sí ¿eh?—hizo Benjamín.

—Una cosa extraordinaria;—contestó el maestro retorciéndose el poblado bigote.—Ahora lo verá, mi amigo. Suba, suba.

Y, tomándole de la mano, le obligaba á entrar en el zaguán.

—¿No incomodo?—se atrevió á decir Benjamín, temeroso de que Sanguetti sospechase algo.

—¡Oh, *amico mío!*—contestó éste sonriendo.

Benjamín tuvo que ir delante obligado por el ex-tenor, quien no cesaba de elogiar á Anita. El crítico no le escuchaba. Subía con la vista baja, el corazón palpitándole con fuerza y las piernas flojas.

Anita salió á su encuentro, les saludó con cierta extrañeza que hubiera despistado á su maestro, en caso de haber sospechado un poco, y les introdujo en el salón donde tenía el piano. La dueña de casa, sin demostrar la intimidad que entre ella y su amigo había merced á la correspondencia, trataba á Benjamín

con cierta soltura que la hacía más encantadora, y, siempre que con él hablaba, lo hacía sonriendo de un modo provocativo.

Sanguetti se sentó al piano, abrió sobre el atril la partitura de *La Traviata*, é invitó á Anita á que cantase, diciéndole:

—*Mia cara*, precisa cantar con *vero amore*, porque el público *questa sera è pubblico speciale.*

Las risas estallaron, y, como Sanguetti no se había dado vuelta, Anita presentó la mano á Benjamín, le estrechó la suya y la retiró con dulzura, mientras decía:

—Mi amigo Benjamín es muy condescendiente.

—V. no precisa condescendencia, amiga mía;—replicó el crítico poniendo miel en sus palabras y caricias en sus ojos.

Durante más de media hora estuvo Anita cantando como un ruiseñor. Sanguetti no hacía más que repetir:

—*Bene*, *molto bene.*

Benjamín, entusiasmadísimo, no sabía si aplaudir, levantarse para estrechar las manos de Anita, ó rogar con encarecimiento que continuasen aquella música celestial y aquella voz que tenía, en sus acentos suaves, caricias, besos, perfumes, hálitos de mujer hermosa. Aquello era encantador.

Por fin levantóse Benjamín y fué á dar la mano á Anita y un abrazo á Sanguetti, exclamando:

—¡Es una artista completa, una verdadera celebridad!

—*Io lo dico, signore; é una brava artista.*

Y empezó un largo discurso en su gerga ítalo-española que gustaba mucho á Benjamín; todo lo que le contrariaba la de su padre. Sanguetti afirmaba que eran pocas las tiples que poseyeran voz de timbre tan delicado, tan sonoro, tan *simpático*, en fin, y una escuela de canto, ¡oh, era la suya! tan apropiada, tan justa, tan notable. Era una desgracia para ella y para el Arte, que no se dedicara al teatro, que no fuera á Italia, la nación esencialmente artística, á fin de darse á conocer, hacerse aplaudir *e poi.... guadagnare molto, molto danaro.* ¡Oh! Si él tuviera autoridad sobre ella, ya estaría cantando en la *Scala di Milano*. Eso sí: haría *debutar* á Anita en el mejor teatro del mundo artístico.

Anita no entendía las cosas de igual manera. Ella no tenía necesidad de moverse de casita; con que *la conocieran sus amigos*—y subrayó las palabras,—y la aplaudieran sus compatriotas, y conservara el dinero de su padre, ¿qué más había de ambicionar?

—¿Y la fama, y el renombre, y la gloria?—saltó fuera de sí el crítico.

—Música celestial;—contestó Anita riendo fuerte.

Sanguetti levantóse enfurecido; no podía oir

tales barbaridades; siempre que trataba aquel asunto, el hombre se había de ir seriamente enojado.

—*Andiamo*;—exclamó el profesor;—es decir, si es que *oste vuole* acompañarme.

—Con mucho gusto;—observó Benjamín, aunque lo contrario expresase su mirada.

—No se pierda, Benjamín;—dijo Anita, quien, temiendo haber ido demasiado lejos delante de Sanguetti, añadió:—Ya sabe que de cuatro á cinco *hacemos música.*

—Si el maestro....

—Al contrario, me gusta, me gusta;—replicó Sanguetti sin dejar hablar á Benjamín.

Diéronse las manos, y alguien, un poco suspicaz, hubiera advertido que los dos amigos tardaron un instante en separar las suyas. Benjamín se complació en sentir el dulce calorcillo y en tocar la fina epidermis de la mano que con su abandono demostró que se entregaba por completo y que le satisfacía aquel contacto de mutua inteligencia.

Más tarde, al recordar Benjamín punto por punto lo que había pasado y lo que se había hablado en la entrevista, creyó que sus palabras pudieran haber animado á Anita á realizar el pensamiento expuesto por Sanguetti. A él no le convenía que su amiga se fuera á Europa, que le dejase, le olvidase, amara á otro, nó; eso no podía ser, no lo quería

bajo ningún concepto. Ya estaba celoso. Sanguetti era un animal, y él, bárbaro, también había metido la pata. Nó, señor; Anita estaba acá muy bien, y que se la dejasen *no más*. La necesitaba á todo trance; era lo que él deseaba: una mujer que le amase mucho, que fuese completamente suya, que no lo engañase, como las otras.... perdidas.

Para que Sanguetti nada pudiera sospechar, no se presentó en algunos días en la casa de Anita á la hora de la lección; pero insistió con más tenacidad y mucho más calor en el diario envío de las cartas que rebosaban pasión é interés vivísimo. En ellas hacía constar que deploraba en lo más íntimo de su corazón que no se hubiese *apercibido* en tanto tiempo que ella, sólo ella se identificaba con el ideal soñado por su ardiente fantasía y hacia el cual se dirigiera su alma enamorada, como el náufrago al puerto de salvación. Y Benjamín no mentía; era de aquellos hombres que necesitan unos ojos que los hipnoticen y una voluntad que los domine; pertenecía al número de aquellos seres que besan y acarician la mano blanca que se posa con fuerza en sus mejillas.

Volvió tiempo después, y en cada visita aumentaba el cariño y la sumisión á la joven que lo detenía con imperativa mirada y lo atraía con su voz melosa, sobrenatural, an-

gélica. Pero ya no se contentaba con mirarla, con adorarla á la distancia, con besarla mentalmente. Así como aumentaba su amor hacia Anita, se acumulaban también las contrariedades que le causaba la presencia de Sanguetti. Era preciso verla á solas, poder mirarla sin testigos, hablar con libertad, decir lo que pensaba y lo que sentía. No tituheó largo tiempo. Escribió por la mañana su resolución y la cumplió por la tarde. Hizo bien, según Anita, porque ésta tuvo algunas horas para señalarse la conducta prudente que era necesario observar con el joven que no se paraba en barras y que olvidaba lo pequeño y lo chismoso de Montevideo.

Después de haber llamado desde el zaguán, subió pausadamente la escalera, porque no quería entrar como un ladrón en aquella casa, como se lo había pintado su conciencia; deseaba quitar á su visita el menor signo de asalto ó fechoría. Anita salió á recibirle, apretóle la mano para quitarle el temor que en su rostro se retrataba, si bien dejó abiertas todas las entradas á fin de que Benjamín no se propasase demasiado. Aun no estaba bastante esclavizado. Había que asegurarlo mejor.

Benjamín sentóse en una butaca y Anita en medio del sofá. Ambos habían procurado vestirse con sumo cuidado, aunque realmen-

te no lo pareciera. Benjamín estaba más elegante que de costumbre, con unas cuantas violetas en el ojal, y Anita se había puesto un vestido claro y ligero y hasta con mangas muy anchas, debido, podía ser, al calorcillo de aquel precioso día de otoño. Anita fué la que rompió el silencio preguntando por el estado de Maruja y de su hija. Benjamín contestó con cierto disgusto, porque creyó que la conversación empezaba muy mal para desembuchar todo lo que él tenía dentro. Pronto intentó cortar aquel diálogo y empezar otro que trató acerca de la prosperidad del *Club Filarmónico*. Esto dió motivo á entrar de lleno en una charla sobre el arte, y el amor que ambos le profesaban. Benjamín sacó á relucir la obra, la preciosa obra que tenía en embrión y que iba á empezar muy pronto, ahora precisamente que deseaba más que nunca hacerse célebre.

—¿Por qué?—preguntó Anita á pesar de haber comprendido el alcance de las palabras de Benjamín.

—Porque el artista necesita un estímulo y yo lo tengo;—contestó el autor nacional, subrayando con la mirada lo que decía.

Entonces Benjamín prosiguió hablando de su pasión por el arte, por la gloria, por la felicidad, por una mujer amada, que lo comprendiese, que lo incitase al triunfo, que le ayudase en su lucha, que lo coronase....

—Como Maruja, por ejemplo;—le interrumpió Anita con sonrisa maquiavélica.

—Como tú;—replicó Benjamín frenético y fuera de sí, apoderándose de la mano de Anita, que tenía apoyada en un almohadón negro con bordaduras de colores.

Anita, después de haber dirigido á Benjamín una mirada viva é intensa, se levantó, retiró la mano rozándola suavemente con la de Benjamín, y dijo quedito:

—Podría vernos la *sirvienta*.

Fuése al piano y cantó la preciosa romanza *A suon di baci,* que interpretó de un modo admirable, buscando posiciones de cabeza provocativas, poniendo los ojos en blanco y alargando mimosamente los labios encarnados.

Benjamín se sentía atraído por aquella mujer seductora, y ya se iba hacia ella, cuando ésta se levantó y fuése á sentar en la mecedora que había cerca del balcón.

—¿Le ha gustado?

—Infinitamente; es algo celestial....

Cortó su elogio, lleno de entusiasmo y locura, un golpe del *llamador:*

—Será mi amiga Emma;—dijo Anita.

—Entonces me retiro;—replicó Benjamín, medio sobresaltado, medio contrariado.

Anita no contestó, aun sabiendo que no podía ser su amiga, pero queriendo terminar aquella situación. Benjamín tomó el sombre-

ro y apretó la mano á Anita que no se movió de su asiento. Benjamín dióse vuelta una vez en el umbral del salón y la vió con las manos detrás de la cabeza, caídas las mangas hasta los codos y mostrando, por consiguiente, sus brazos desnudos, cuya forma y blancura hacían suponer la soberbia belleza de un cuerpo escultural.

Benjamín no encontró á nadie en la escalera. María entraba á ver á su señorita para darle seguramente algún recado. Ya que no era ninguna *visita,* tuvo la intención de volver á la sala, pero no se animó.

Quince días después asistió de nuevo á una lección musical que le agradó extraordinariamente, saliendo de allí más apasionado y más ardoroso. Benjamín no hacía otra cosa más que pensar en Anita y en la ansiada felicidad que su amor le proporcionaría; así es que nada encontraba que lo distrajera. No hay que hablar de Maruja ni de Martita, á quienes, sin que se pueda decir que las odiaba, sin embargo no las tenía presentes en ningún momento, si no era cuando su esposa le indicaba que habían de ir á tal recibo ó á tal teatro, y esto, pensaba Maruja, para que la gente no se fijase en el rompimiento moral de ambos; sino ni siquiera de diversiones, de teatros, de diarios, de artistas, ni de *cazueleras*. El no tenía otra cosa que reclama-

se su atención más que el amor desenfrenado que Anita había infiltrado en su pecho, con una fuerza tal que no recordaba haber experimentado sentimiento parecido. Hasta su figura, antes tiesa y arrogante, parecía un poco decaída y doblegada. El mismo Mario Gutiérrez había preguntado al *signor* Migliore qué le pasaba á su hijo, á quien encontraba bastante *abatatado*. El *viejo* nada sabía, ni tampoco quería meterse con la familia Velázquez; aquel buen doctor había de perder á su *hico*.

— *Ma, amico mio,* — decía el señor Migliore, todo desconsolado; — *il dottore Velázquez non sa dirígir á Benjamino. ¡Per Dío!*

Quién, según creía, adivinó la causa de aquel abatimiento, era el francesito Guido Rivière. A él no le cabía duda ninguna, de que *Gladiator* fracasaba con la *portentosa* producción que siempre sacaba á relucir y que nunca salía á luz. Se habría querido meter en la escena, y había de saber el *gran crítico* que no todos tenían, como él, condiciones para el teatro.

Benjamín, que algo sabía de estas suposiciones, no se preocupaba por esto, siguiendo en sus trece de pensar continuamente en su amada Anita.

— ¿A dónde se va *oste per la nocte?* — le preguntó Sanguetti el día que salieron juntos de casa de Anita.

—A cualquier parte.

—Ya no *escrive* más en el *giornale L' Idea*.

—¿Cómo nó?

Y, una vez sabido esto, Sanguetti le indicó que, si quería pasar un buen rato, fuese de noche á *Les Folies Bergéres*, al teatrito de la calle Andes esquina Mercedes. Iba bastante público, y había una *troupe* de *mochachas* lindas que le habían de gustar. Estaba seguro de que se animaría á escribir algún artículo *macanuto*. Pero Benjamín no tenía ganas de bochinches, no le gustaban las cancanistas y demás hierbas....

—¿V. ha de ir, *profesore*?—preguntó, al fin, en la creencia de recibir una negativa.

—¡Oh! *sicuro, sicuro*.

—Allá nos veremos;—contestó después de una pequeña pausa.

Cuando Benjamín entró en *Las Folías*, como decían los concurrentes, encontró la fiesta empezada, tanto que ya iban á terminar la primera parte. Se sentó en las últimas sillas de las que llenaban la sala y desde allí examinó el teatrito tan recomendado por Sanguetti. La platea estaba cerrada por una serie de palcos completamente descubiertos á fin de que pudieran ver la función los que se quedaran en el café ó los que se paseaban por el jardín. Esto en verano, porque en la estación del frío corrían una cor-

tina gruesa y tupida. Encima de aquéllos había unas galerías suspendidas por fuertes columnas de hierro, las cuales estaban destinadas á los espectadores de pelo en pecho y que á un dos por tres se ponen en mangas de camisa. Los tales pateaban á cada frase picaresca ó á cada *ritornello* que con poca gracia cantaba un vejete vestido de frac y corbata blanca que bailaba en el escenario al son de la orquesta que componían un piano, dos violines y un contrabajo. Las patadas de los de arriba hacían temblar los mecheros y bombas del gas y las pantallas chinescas que se cruzaban detrás de cada juego de luces.

La concurrencia se podía dividir en tres clases: el pueblo, que ocupaba las galerías, la burguesía representada por comerciantes y dependientes, que llenaba casi toda la platea, y el buen tono, formado por la gente de la *high-life*, que estaba en los palcos. Benjamín se fijó en una franja de papel blanco en el cual se leía: *Reservado para la prensa,* y que había sobre un palco más espacioso que los restantes, en donde vió á Rivière y al indispensable Gutiérrez, que seguramente iría allí en representación de *La Idea.*

De repente nutridos y estruendosos aplausos de toda la concurrencia, entre los que se destacaban los golpes de bastón sobre las

mesas del café y los gritos del *paraíso*, obligaron á Benjamín á fijarse en el escenario en donde saludaba sonriendo una muchacha bonita, con el pelo destrenzado, unas faldas granate, cortitas, medias negras, zapatos blancos y un corpiño rosado que ostentaba un escote muy atrevido. Siempre sonriendo y con cara de pillete monísimo, empezó á cantar con descoco sorprendente para Benjamín, quien había reconocido en la cantarina á su ya olvidada *húngara*. Al primer momento se quedó estupefacto, con ojos tamaños y la boca abierta. La *chansonette* fué corta; corta pero indecente. Los espectadores aplaudían á rabiar, se desgañitaban pidiendo el *bis*, reían, bromeaban, remedaban á la artista. Levantóse de nuevo el telón y resonaron de todas partes feroces gritos:

—Cancán.

—Ché, *bailá* un poco.

—Huip, huip.

—*Levantá* la pierna.

Benjamín no gritaba, no se movía, no decía una palabra, pero en su interior tomaba parte en la *farra;* le gustaba, esperaba la decisión de la *húngara,* quería que bailase, ya no veía nada más que el escenario con la bailarina sonriendo descaradamente, ya no pensaba en otra cosa sino en que aquella mujer bailase. De pronto levantóse y, con voz estentórea y

señalando á la escena, gritó como un energúmeno:

—Che, *húngara*, *bailá*.

La interpelada se fijó en él, lo saludó y empezó el atrevido cancán provocando á todos los espectadores y entusiasmándoles más y más. Bajó el telón, una tela representando un lago anchísimo en el cual se bañaban mujeres desnudas jugando con cisnes que competían en blancura con las sirenas.

Lo primero que hizo Benjamín, fué dirigirse á la puerta que conducía al escenario en donde no pudo penetrar hasta que entregó una tarjeta enviada á la *húngara*. Como ésta ya había terminado su trabajo por aquella noche, bajaron de la escena al jardín, solitario entonces por el frío que se dejaba sentir, y obscuro por economizar el gasto de los faroles que en verano estaban encendidos.

Cuando iban á salir de *Las Folías*, antes de que la función acabase, encontraron á Sanguetti, con gran contrariedad de Benjamín que temía que el maestro pudiera contar algo á Anita. Entonces, acercándose al profesor, le dijo al oído:

—*Mutis* ¿eh?

—Comprendo, comprendo.

Y, cuando ya estaban en el vestíbulo, añadió en alta voz:

—*¿Escrivirá alcuna cosa?*

—Sí;—contestó Benjamín ya casi desde la calle. Iba muy de prisa por temor de que se le viese con *la del bombo*. Y no había por qué recelar, pues ¿quién pudiera verlo que se lo contara á Anita? A su mujer no le importaba. Separado por uno, separado por mil. En aquel instante, si algún remordimiento sentía, consistía ante todo en ser infiel á Anita, su verdadero amor. Nunca, al engañar á su mujer, se había acordado de ella, y en cambio ahora no podía quitarse de su memoria la imagen de su amiga. La amaba mucho. Sin embargo, podía decirse que no le era desleal, porque con la *húngara* no añadía una conquista más á las tantas que contaba su vida de picaflor; no había tenido que enamorar de nuevo; era simplemente una amiga antigua que acompañaba á su casa.

Y la acompañó muchísimas veces. Pasaba lo más natural del mundo. El amor que Anita había encendido en su corazón y que en cada visita aumentaba hasta convertirse en voraz hoguera, necesitaba amortiguarse un poco para que no lo abrasara ni lo matase asfixiándolo, y, por esto, de *Les Folies Bergéres* salía casi todas las noches con *la del bombo*, con la cual desahogaba la desenfrenada pasión que le corroía las entrañas, aunque después tan descarada bailarina le causase verdadero asco.

Un jueves por la tarde habían determinado Anita, Sanguetti y Benjamín ir al Politeama para ver la representación de la ópera americana *Guaraní*, del maestro Carlos Gómez. Benjamín se pasó toda la noche dirigiendo los gemelos á su amada Anita que le sonreía dulcemente desde la *cazuela*. Es verdad que, á la vista de las decoraciones que representaban la naturaleza virgen de América, y de la turba de salvajes còn plumas multicolores en la cabeza y en la cintura, se le ocurrió un pensamiento que le tuvo abstraído un minuto causándole impresión gratísima; pero aquel momento no era para pensar sino para amar. Allí estaba Anita.

Salieron del teatro los tres juntos, y, como la noche no estaba muy fría, Anita quiso caminar.

—Será muy tarde;—observó Sanguetti.

Los dos jóvenes replicaron que no importaba; hablarían un poco de arte. Precisamente Benjamín había tenido una idea, rápida, esfumada; iba á pensarla mejor. ¿Qué les parecía que él hiciese un gran libreto para una ópera grandiosa? Al fin había dado con la forma de su notable producción.

—*¡Chi lo sá!*—dijo Sanguetti con sonrisa incrédula.—*É difficilè; ma....*

Para Anita no había reparo alguno; Benjamín haría una cosa buena. Manos á la obra.

Gladiator no necesitaba que lo animasen más. ¿Anita lo creía posible? pues ya estaba comprometido. ¿Y el asunto? Ya lo hallaría. Los tres guardaban profundo silencio. La noticia, al parecer, les había dado qué pensar.

—Lo haré—dijo de pronto Benjamín,—si V., Anita, me promete desempeñar el papel de protagonista.

—¡Oh, por Dios!—replicó la interpelada.—Yo nunca sabría moverme en las tablas.

—*A la prova, á la prova;*—exclamó rápidamente el profesor.

—¿Cómo?—preguntó Anita.

—Vengan *con me;*—decía Sanguetti adelantando el paso y dirigiéndose al teatrito de *Les Folies Bergères*, del cual no distaban más que media *cuadra*.

Los faroles de la fachada estaban ya apagados y las puertas de la entrada principal cerradas. En la vereda se despedían algunos concurrentes rezagados y salían las artistas por la puerta del café. Por aquí entraron Anita y Benjamín, que seguían á Sanguetti.

—¿Qué van á decir?—repetía la joven.

—*Somos in* casa,—contestaba triunfante Sanguetti.

Entonces Benjamín contaba á su amiga lo que había descubierto: que Sanguetti era el verdadero empresario de aquel teatro.

La sala estaba á obscuras, llegando á penas

el resplandor de las luces del café. Sanguetti se dirigió á Benjamín y le dijo que se sentara en la platea, y á Anita que fuese con él. La dejó en el escenario. Benjamín se puso á aplaudir en seguida que la figura clara de Anita se destacó sobre la obscuridad del escenario. La joven sonrió. Sanguetti se fué corriendo hacia el piano y empezó á tocar la música de *La Traviata*, correspondiente á la última escena del primer acto:

E strano.... é strano!.... in core
Scolpiti ho quegli accenti!

Anita, con una gracia especial y como si hubiese representado muchas veces, estuvo admirable, cantó con exquisito sentimiento, con propiedad exacta, con entonación robusta. Benjamín quería aplaudir á cada momento y aun del café se oía ciertas voces y una que otra palma, apagada por siseos de algunos que miraban y escuchaban desde allí. El entusiasmo estalló cuando con picaresco ademán que sólo Benjamín podía apreciar, y con voz arrulladora que cautivó á todos, Anita atacó las célebres palabras:

Sempre libera degg' io
Trasvolar di gioia in gioia....

Los aplausos estallaron con fuerza, apagando la precipitada carrera de Benjamín que se dirigió al escenario. Cuando llegó, Anita, alegre, sonriente, ardorosa, se precipitaba

por entre los bastidores con los brazos extendidos para no chocar con algún trasto. De repente se sintió abrazada con fuerza y oyó la voz de Benjamín que le decía al oído:

—Eres divina.

Después le pareció que unos labios le habían rozado la mejilla y se acordó de aquella noche que regresó de Solís acompañada por Benjamín.

Aun resonaban los aplausos cuando Anita, que se había desprendido pronto de los brazos de su amigo, aparecía en los corredores, seguida de éste, que estaba satisfechosísimo como nunca.

—¡Qué artistona, Sanguetti!—exclamaba Benjamín.

—*Il* teatro la reclama *per forza;* —decía el maestro á Anita.

—*E bene;* — contestó ésta entusiasmada.

—¿De veras?

—Hablaremos mañana; — dijo la joven. — Ahora pida V. un coche y vámonos á casa.

III

La victoria.

La lectura de la obra que tantas veces anunciara su autor, Benjamín Migliore, fué coronada por entusiastas aplausos de todos los que se encontraban en el salón del palacete del notable jurisconsulto y excelente orador político, Doctor Velázquez. ¿Qué remedio quedaba al fin de cuentas? Este era el primero en demostrar su aprobación al final de cada acto, moviendo la cabeza, ya que no las manos, y los invitados habían de aplaudir, aunque no fuera más que por cumplimiento. Pero, nó; á los diferentes grupos en que se había dividido la concurrencia, que llenaba el salón, en cada cual de los grupos había uno de los que elogiaban sin condiciones, por lo menos en público, al inteligente crítico y notable autor nacional, les había parecido *Abayubá, —drama lírico*, según Benjamín, aun antes de ser puesto en música, ya que *líbreto*

era título pobre y vulgar, — una obra grande, espléndida, acabada, digna del talento reconocido del autor de la *Literatura Uruguaya*, y heraldo de la Fama que coronaría la cabeza del Doctor Migliore.

Una vez terminada la lectura, Benjamín fuése recorriendo todos los grupos y recibiendo elogios y felicitaciones por su incomparable *drama*. El autor estaba satisfecho, radiante de contento, saltando de alegría; pero, á pesar de todo, en lo más recóndito de su mente había una duda, y en lo más profundo de su corazón un temor. Varias veces, después de una que otra escena aplaudida por el auditorio, levantó la cabeza y encontróse con una sonrisita irónica y maliciosa de *Guy* Rivière, su temible rival y envidioso colega. Mas.... no era posible; su duda y su temor eran infundados; Rivière no conocía las obras nacionales de los literatos viejos. El mismo autor de *La Batalla*,—aquel drama histórico en cinco actos, tan aplaudido por *Gladiator*, pero que no se había vuelto á representar,—disipó la incertidumbre de Benjamín, abrazándole y colmándole de frases encomiásticas y alentadoras, y haciendo hincapié, más que nadie, en la extraordinaria originalidad de *Abayubá*.

Benjamín le agradeció en el alma aquellas palabras, tomó á Rivière del brazo y se lo

llevó á un rincón de la sala, cerca de la puerta detrás de la cual se había ocultado Maruja, interesada en la opinión que formaría aquel conclave de literatos, artistas, músicos y diletantes. Estaba sumamente contenta, sentía cierto placer que no podía ser puro y limpio, como cristalina corriente, á causa del abismo que la separaba de su esposo. Aquel éxito la complacía, como el de otro autor estimado, como el que un hermano, un primo, por ejemplo, pudieran alcanzar.

Y era verdad lo que Benjamín contaba á Rivière, el único de aquella reunión que podía comprender las fatigas que cuesta una obra dramática, los desalientos que se experimentan ante un final de acto que no quiere salir, la fiebre que abrasa cuando la inspiración compele al autor, las dificultades que encierra un asunto original y el arduo trabajo que supone la métrica en un idioma extranjero, como sucedía con la obra *Abayubá,* escrita en verso italiano, según la costumbre de los libretistas. Los dos compañeros se entendían perfectamente, se comunicaban sus impresiones; Rivière se atrevía á hacer algún reparo, Benjamín lo aceptaba gustoso pero con la intención de no cambiar nada; en fin, estaban bien convencidos de que con una buena música, aquella obra daría nombre y dinero.

—¿Y dónde vas á encontrar compositor y artistas....?—preguntó maliciosamente Rivière.

—¡Así tuviera un músico tan bueno como la artista que ha de interpretar el papel de *Liropeya!*

—¿Quién?

—Anita Pionini.

Maruja sintió el corazón oprimido y tuvo celos de su antigua amiga.

—¿Por qué no entregas el libreto á Sanguetti?

No es capaz.

Mientras que conversaban amistosamente, Gutiérrez y Sanguetti, rodeados de varios amigos, estaban hojeando el *original* de *Abayubá* y recordando las escenas mejores del *drama lírico.* A Gutiérrez parecíanle de mucho efecto los cuadros que representaban las selvas vírgenes de América, de las cuales salían á manadas los desnudos charruás con la cabeza coronada, los quillapis en la cintura, las flechas en el carcaj y el arco en la mano Sanguetti tenía mucha fe en las escenas en que llegaban los buques españoles, en que se levantaban los fuertes aislados por los fosos, y en que combatían indios y cristianos. El compositor tenía motivos para hacer una música notable. ¡Si él tuviera tiempo y algunos años menos! *Liropeya* sería la tiple, *Maga-*

luna la contralto, *Abayubá*, como amante, tenía que ser el tenor, á *Carvallo*, capitán de los españoles y el traidor, le correspondía el papel de barítono, y el de bajo, al indio viejo, y jefe de los charruás, *Zapicán*. En los coros de salvajes y soldados, lo mismo que en los duos de amor, entre *Abayubá* y *Liropeya*, en los de lucha entre ésta y *Carvallo* y en los concertantes finales, podía el músico hacer proezas de ingenio é inspiración. El, que conocía al dedillo las condiciones vocales de Anita Pionini, quién estrenaría la obra, pondría filigranas en la parte de *Liropeya*. ¡Lástima grande que Benjamín no escribiera el libreto algunos años antes, cuando él tenía más humor y estaba menos fatigado!

Y Sanguetti repetía las mismas palabras á todos los concurrentes, que, contrariando á Benjamín, le animaban á emprender aquel trabajo tan importante. Hasta el mismísimo Doctor Velázquez, á quien acompañaba el director de *La Idea*, Brioz, le llamó y le dijo:

—A ver, señor Sanguetti, ¿qué dicen los buenos músicos?

—¡Oh! *dottore: un capolavoro, un vero capolavoro.*

—Entonces se precisa un maestro de talla ¿nó?

—*Si, signore.*

—Y no nos animamos;—interpuso Brioz.

—*¡Ocalá, amico mío! Ma*.... los *trabacos*, los años; *é una opera molto lunga.*

A Benjamín le fastidiaba aquella unanimidad de ofrecimientos, y aquella intromisión de todos en un asunto que sólo á él competía.

—Señores: ¿quieren pasar al comedor?

Y por grupos se los llevaba para distraer á la gente, á fin de que no le fastidiasen más con sus *zonceras* y sus malditas ocurrencias.

Maruja había quedado detrás de la puerta sentada y abstraída en pensamientos tristes y atormentadores; por sobre la mujer del artista se había puesto la esposa engañada, la mujer celosa que presiente una desgracia, y cuya clarovidencia femenina le hace comprender que su marido tiene puesto su corazón y su mente en otra mujer que necesariamente ha de ser Anita. Y no siente despecho, rabia, sino, más bien, tristeza por su desgraciada vida, y compasión hacia aquel hombre á quien amó mucho y que solamente estima ahora. Si tiene algún sentimiento de exasperación, no es como esposa digna y que ha cumplido con su deber, sino como mujer honrada que se desespera de que una amiga sea la que pervierta á un hombre que ya no se pertenece á sí mismo. La que llora, la que sufre, es la madre, presintiendo una desgracia para su hijita amada, en quien adora con delirio.

Maruja se iba á retirar ya del sitio en el cual había recibido una alegría con el éxito de la obra de Benjamín, y una espina que la incomodaba atrozmente. La gente debía de haber ido al comedor. Ella se distraería un poco mirando á su Martita entregada al sueño feliz de los ángeles. De repente oyó la voz de Guido Rivière y el nombre de su esposo. Acercó el oído á la rendija de la puerta y escuchó atentamente.

—La obra de Migliore no vale nada, es una *macana* completa.

—¿Cómo?

—Esta es mi opinión.

—Pero me ha parecido algo bueno, bastante bueno; y ya sabe que difícilmente se me contenta.

—Como que ni siquiera le gusta mi drama;—dijo Rivière sonriendo y recordando que su interlocutor era el mocito que le llamó Icaro, la noche del estreno de *La Batalla*, su gran drama histórico. Después añadió:

—Lo que son las cosas: V. atacó mi obra, y por lo menos era original, y aplaude la de Migliore siendo escandaloso plagio.

Maruja tuvo un estremecimiento como de querer gritar. Aquella palabra era abrumadora, y aquel golpe demasiado fuerte. Cayó en la silla. ¿Sería verdad? ¿Era error ó calumnia? Quiso salir de dudas, y escuchó de nuevo con furioso encono y extraordinaria atención:

—Precisamente para escribir mi obra,—decía Rivière, – tuve necesidad de examinar todos los dramas históricos más viejos que hay en la Biblioteca Nacional, y entre ellos se encuentra el que le he dicho.

—¿Y ese Bermúdez será el padre de Wáshington?

—Ha de ser. Dicen que era un buen literato, aunque un lírico empalagoso y un romántico ultra.

—También ¿qué más quiere en el año cincuenta?

Maruja no respiraba casi por atender bien y fijar aquellos nombres en su memoria. Aun no daba crédito á aquellos informes que parecían exactos.

—Voy á apuntar el título,—dijo el interlocutor de Rivière;—¿ha dicho *El Charrúa?*

— Drama en cinco actos.

—¿A qué horas está abierta la Biblioteca....?

De pronto sonaron los pasos de Benjamín, que les dijo pálido y tembloroso:

—¿No vienen al comedor?

—Si, vamos; – contestó Rivière.

Y Maruja se quedó con el corazón traspasado, los ojos extraordinariamente abiertos, ojos de loca ó desesperada, y la cabeza agujereada por un pensamiento cruel que podía hacerle perder el juicio: Benjamín tenía todas las inclinaciones de ladrón, ó tan pronunciada la neurosis

de la celebridad que no paraba en los medios para llegar á ella. Y con esta idea fija, punzante como una espina, atormentadora como una obsesión, Maruja, que ya no era la joven llena de idealismos é ilusiones, sino la mujer de profunda meditación, de juicio exacto y de resolución robusta, sintióse desfallecer y morir, como el que pierde la última esperanza de vida. Durante varios meses había acariciado la idea de que la obra tan ansiada sería fuerte impulso para que el nombre de su esposo se levantara muy alto, y así muchos que dudaban de su talento se convencerían de que Benjamín valía; y hoy, de repente, y contra todo lo esperado, el que un día fué su ídolo, ídolo de oro, caía á su plantas roto, hecho trizas, mostrando ser de una materia sin valor alguno. Si ella lo amó por lo que valía, quedaba el amor bien disipado, ya no se podía esperar nada de un hombre que no tenía inspiración ninguna. ¡Oh cuán atroz había sido todo aquello!

Cuando Benjamín hubo despedido á los invitados, se retiró á su escritorio sentándose á la mesa, único testigo del misterio que encerraba su *Abayubá*, según creía él. Estaba demostrado que nadie conocía la obra que le había inspirado su *drama lírico*,— no quería pronunciar ni siquiera mentalmente la palabra *plagiado*; — de modo que era seguro, completo, su triunfo. Ya no le importaba tanto lo que dirían sus ami-

gos, como lo que pensaría Anita, que era el único juez admitido para juzgar y aplaudir su obra, su gran obra. Si le gustaba,— que sin duda había de gustarle,—¡con cuánto cariño la interpretaría! Y el público electrizado los llamaría á la escena, y ambos, cogidos de las manos, saldrían á recibir la ovación, y después se confundirían, estremecidos por una misma sensación, en un abrazo estrecho y ardoroso.

Y con estos pensamientos halagadores, se fué á la alcoba, en donde Maruja se desnudaba ya.

—¿Te ha gustado?—preguntóle Benjamín en un arranque inconsciente y de satisfacción.

—¿Si me ha gustado?... Sí,—dijo Maruja con voz en que se confundían la tristeza, la zozobra, el fastidio, la reconvención.

Benjamín creyó que estaba enojada porque no le había leído primeramente su gran obra. Y sin hacer caso de aquel *capricho*, durmióse con toda tranquilidad, pensando en la estatua que le dedicarían sus compatriotas admirados.

Al día siguiente envió á Anita todos los diarios que hablaban de la notable producción del escritor nacional, doctor Benjamín Migliore, entre los cuales se contaban *La Idea* y *La Patria*. En éste Guido Rivière firmaba precioso artículo describiendo la reunión literaria y afirmando que *Abayubá*, drama lírico del Doctor Migliore, era una obra que re-

velaba gran ingenio y exacto conocimiento de la escena. El éxito de la nueva producción estaba *desde ya* asegurado. Un sólo periódico dejó de hacer coro en el himno de la gloria que, según frase de Rivière, toda la prensa había *burilado* para el *insigne autor nacional*, y fué precisamente aquel que llamó al dramaturgo Guido *Icaro* y sacó á relucir vergonzosa inconsecuencia de *Gladiator*, á raíz del estreno de *La Batalla*, drama histórico en cinco actos.

Por supuesto, no cabía discusión de ninguna clase: para Benjamín no había en Montevideo compositor alguno que fuera capaz de poner en música la preciosa letra que él había escrito. Y era sumamente difícil que el músico interpretara con propiedad el argumento, los caracteres, la *vida* de su *Abayubá*, porque, á más de ser inspirado compositor, tenía que sentir la naturaleza virgen al par que exuberante de América, y de la América pre-colombiana. Podía dirigirse al brasilero Carlos Gómez, aunque á él no le satisfacía por completo la música de *Guaraní*. ¿Qué hacer? Una vez consultado el punto con el Doctor Velázquez, quien hacía tiempo que olvidara los disgustos pasados, según lo pedía su carácter que no conocía el rencor ni la malicia, resolvieron que él, Benjamín, se iría á pasar unos días en Buenos Aires, en cuya ciudad quizás podría encontrar algún buen músico.

Benjamín se embarcó y permaneció cerca de quince días en la capital argentina.

Apenas hubo salido Benjamín de su casa, Maruja, deseosa de llevar á cabo el pensamiento formulado la noche en que Rivière afirmó que la obra de su marido era una copia exacta de *El Charrúa*, lanzóse frenética al escritorio de Benjamín para comprobar aquella afirmación, que podía ser tanto error como calumnia. Maruja no dejaba de mirar y leer el título de cada folleto que encontraba; los registraba con toda minuciosidad, á pesar de que deseaba ardientemente que Rivière se hubiese equivocado. ¡Quién sabe! ¡Los escritores y los artistas son tan envidiosos! Y lo cierto era que en los estantes de la biblioteca no había drama ni comedia alguna, cuyos títulos ni remotamente se parecieran al que ella buscaba. Quería, sin embargo, asegurarse bien de que aquella obra no estaba allí. Subió sobre una silla y registró los vacíos, llenos de polvo y papeles sucios, que había entre los libros y la pared. En los de abajo nada encontró. El último estaba muy alto y tuvo que poner la mano sin mirar. De pronto dió con un libro, tembló, lo examinó con los dedos, perdió las fuerzas, no encontraba en la cubierta la capa de polvo fino que había de tener, si hacía tiempo que aquel libro estaba allí olvidado. Lo sacó

y vió un folleto, viejo y cuyas páginas tenían el color apergaminado. Le dió vuelta para ver el título y leyó *El Charrúa*, *drama histórico en cinco actos y en verso*. Quedó completamente atontada, desfallecida, inerte. Quedaba convencida y hasta vencida en su incredulidad. ¡En vano había dudado! Bajóse lentamente de la silla, sentóse en la misma y empezó á leer. Los nombres de los personajes eran los mismos, muchas escenas eran iguales, los versos traducidos únicamente. ¡Un plagio escandaloso! ¡Rivière lo había dicho! Y Maruja seguía leyendo y creciendo en su corazón una especie de desdén, hasta de repugnancia por un hombre que, si admitía á su lado, era por consideración á la familia y á la sociedad. ¡La romántica recibía brusco golpe de la realidad, y sufría dolorosamente!

Benjamín no pasó día alguno de los en que permaneció en la otra orilla del Río de la Plata, que no escribiera á su idolatrada Anita, quien no le contestó hasta pasado ya cierto tiempo. En la carta se quejaba de que en las suyas no le hablaba más que de su obra, olvidándose ya de otras épocas en que no se preocupaba tanto de su gloria cuanto de su corazón. Era extraño que no se hubiese fiado en ella que varias veces lo había sacado en bien de serios compromisos. ¿Por qué no había de ser la que consiguiera una buena mú-

sica para aquel *Abayubá* que aun no conocía más que por los juicios de la prensa?

Benjamín escribió que el sábado siguiente se embarcaría en el *Eolo*, que salía de mañana y llegaría por la tarde. Por la noche, si ella no se lo vedaba, estaría á su lado para amarla locamente, leerle su ya aplaudido *Abayubá* y hablar sobre la música de la futura ópera.

La tarde en que Benjamín había de regresar á Montevideo, era una de las mejores de un final de otoño, así es que Delia, cuyo *dragón* volvía también de Buenos Aires juntamente con Benjamín, quiso subir á la azotea armada de gemelos y ver la llegada del *Eolo*. Invitó á Maruja, que no mostró deseos de acompañarla.

—Me llevo á Martita.

—Nó; podría lastimarse.

—Pero si ella quiere venir, ¿verdad, nena?

—Bueno; ahora voy.

Y sacó también sus gemelos y subió detrás de Delia, que respiraba con fuerza, cansada por el peso de la niña.

El vaporcito, aunque aun estaba lejos, se veía ya completamente, y pronto entraría en el puerto. Delia no se cansaba de mirar, y Maruja, después de haberse fijado también en la bahía, se sentó en un escaloncito. Sus pensamientos eran horribles, le partían el alma,

la lastimaban atrozmente, le arrancaban lágrimas, porque lloraba, lloraba sin saberlo. Otra vez había subido á aquella azotea, contenta, alegre, satisfecha, para esperar al amado de su corazón, al hombre que había prometido hacerla feliz, por lo menos amarla siempre; y ahora, después de tan poco tiempo, subía de nuevo sin deseos, sin gana, con el pecho atravesado por la angustia, con el alma entristecida, después de haber recorrido una época que guardaba para ella dolorosas fechas, señaladas por el desengaño y el sufrimiento. ¡Qué nebuloso era el porvenir! La felicidad se le había presentado con rostro risueño y halagador, y después desapareció para siempre dejando en pos de sí desgracias, sinsabores, golpes rudos. ¡Qué contraste! Allí, á su lado tenía á su hermana Delia que se consideraba feliz con sus ilusiones de enamorada, con la esperanza de realizar las aspiraciones de su corazón, con la seguridad de que un joven fino, elegante, hermoso, y sobre todo enamorado, no tenía otro pensamiento que á ella no se refiriese, no experimentaba otra sensación que producida no fuera por su recuerdo, no latía aquel corazón que por ella no fuera. Y podía ser todo cierto. ¿Pero quién sería capaz de asegurar la continuación de aquella felicidad? ¡Pobre Delia!

—Ya está en el puerto;—dijo Delia con voz que tenía acentos de placer.

Maruja no hizo caso. Enjugóse los ojos y siguió pensando.

—*Vení,* china;—añadió Delia que había sentado sobre la baranda á Martita y con la cual hablaba con impropia seriedad.—Estás hecha una *zonza* hoy.

—Pero ¿que *querés,* mujer?

—Que vengas á mirar y hablar.

Maruja se levantó y se fué hacia su hermana. Sin embargo no miró hacia el puerto, sino que, para distraerse, clavóse los gemelos en los ojos y recorrió detenidamente las demás azoteas, cúpulas y campanarios que pasaban por delante de su visual. No había persona alguna. Apenas hubo pensado esto, delante de los vidrios de aumento se le presentó una mujer que miraba también con gemelos hacia el puerto. Se quedó examinándola sin conocerla. ¡Quién sabe! Podía ser aquella mujer una de las esposas felices, amadas de sus maridos, amantes cariñosas, como lo sería ella. Y sintió cierta simpatía hacia aquella joven que dirigía con insistencia sus miradas al vapor, en donde estaría sin duda su esposo que la adoraba haciendo su felicidad. Súbitamente doloroso escalofrío recorrió todo el cuerpo de Maruja, estremecióse, casi gritó; había recono-

cido á Anita Pionini. ¡Ah, la perversa! ¿Conque estaba allá esperando á Benjamín, al hombre que era suyo, que le pertenecía por completo? Y, sin advertirlo, aquella simpatía, aquel cariño, nacidos en su corazón, convirtiéronse en despecho, en furor, en odio que era tanto mayor y más doloroso, cuanto que era reconcentrado y sin poderse externar. Y las dos mujeres se dirigían los gemelos, y las miradas de Maruja eran chispeantes, rabiosas, asesinas, capaces de aplastar, si posible fuera. Entonces creía adivinar en los ojos y en los labios de Anita miradas y sonrisas de desdén, de triunfo, de ironía. Maruja no podía aguantar más; el corazón le saltaba, la sangre acudía á la cabeza; sufría martirio cruelísimo; se volvería loca.

Benjamín, al poco rato de haber llegado, recibió una tarjeta que rompió en seguida, echando los pedacitos en el canasto de su escritorio, lleno de papeles. Maruja pensó al momento que era una carta de Anita, pues nadie sabía, como ella, la llegada de Benjamín.

Este, después de haber comido, en cuyo tiempo estuvo muy expresivo con su suegro contándole todo lo que le había pasado en Buenos Aires, tomó su *Abayubá*, y echóse á la calle. Fuése á ver á Anita, quien le había invitado en su tarjeta á tomar té con ella, después de la lectura de la obra.

Anita estaba hermosa, muy hermosa, y elegante, muy elegante. Lo introdujo en el saloncito, que ahora estaba transformado á causa de la alfombra y los *portieres*. Estos se dejaron caer á su paso, y la habitación quedó cerrada, herméticamente cerrada, pareciendo que nada ni nadie había más allá. Tenía un aspecto de nido, de nido bien resguardado, caliente y aromatizado por el amor. Sentáronse ambos alrededor de una mesita y, después de interesante conversación, llena de quejas por parte de Anita y de satisfacciones completas por la de Benjamín, empezó éste la lectura del *drama lírico, Abayubá,* que pareció excelente á su amiga.

La tibia atmósfera de aquella habitación encendía la sangre á ambos y la rítmica sonoridad de los versos les ponía más amorosos y más tiernos que nunca. Anita se iba interesando cada vez más por la amante *Liropeya*, al propio tiempo que estaba contentísima viendo las frases originales y hermosas escritas por Benjamín. Lo miraba, mientras él leía con voz sonora y expresión clara, y su amor aumentaba á ojos vistas. Sentía una sensación de placer, que la enternecía, le quitaba las fuerzas, la desfallecía, sin encontrar un movimiento de resistencia, cuando Benjamín se apoderaba de su mano y jugaba con sus dedos.

Y siguió así reteniendo aquella mano de piel fina y blanca que parecía electrizar el cuerpo todo de Benjamín, á quién miraba Anita con ojos fijos y penetrantes, á pesar de haber terminado ya la lectura. La joven tenía la cara encendida, los ojos brillantes, los labios con estremecimientos de besos y las manos ardientes. Benjamín acercó rápidamente la boca al rostro de Anita, y la besó. Ella levantóse perseguida por Benjamín, llegó al piano, se volvió apoyada en el instrumento, cruzó las manos sobre su seno y quedó presa de los brazos de Benjamín.

En aquel momento Maruja acababa de reconstruir la tarjeta de Anita, hecha pedacitos, y se enteraba de la cita que había dado á su esposo.

Este abrazaba desesperadamente á Anita, en cuyos labios culebreaba una sonrisa de triunfo.

IV

A volar.

Decididamente Anita amaba mucho á Benjamín, desde el momento que no había podido substraerse por completo á los halagos y caricias con que su amigo la envolvió mimoso y zalamero. No quería negarlo tampoco: ya no era sólo el sentimiento de venganza, sino también el del amor, las causas principales que había tenido para luchar con la debilidad, llámese así, de Benjamín, por la cual éste no se le hubiese acercado nunca, á pesar del cariño que le profesaba.

Podía darse por muy satisfecha, ya que se había realizado absolutamente el pensamiento que un día forjara. Benjamín era suyo, todo suyo, según él mismo se lo había confesado entre demostraciones de ardiente amor y pruebas de completa esclavitud.

—¿Me amas?—le preguntó Anita.

—Con locura;—repetía Benjamín.

—¿*Querés* ser mío?

—Soy tu esclavo. Haz de mí lo que te plazca.

Benjamín deliraba, estaba fuera de sí, la poseyó ferozmente, se conoció que tenía hambre de aquella joven dulce y sabrosa.

Sí; había vencido, pero también era cierto que ella cedió, lo cual no entraba en sus resoluciones, pues esto había de ser más tarde, cuando él no pudiera separarse de su lado. No había de olvidarse que era reconocido *picaflor* y que, una vez chupado el néctar de la rosa, bien pudiera ser que se lanzara en largo vuelo para otros *pagos*. No había que fiarse. Por esto es que Anita pasó aquella noche hasta cierto punto bastante intranquila y dándole vuelta por la cabeza mil encontrados pensamientos que le quitaban el sueño, plácido casi siempre.

Así es que, cuando María la despertó á la mañana siguiente para entregarle una carta que resultó ser de Benjamín, sintió placer inmenso, satisfacción infinita, y durante la lectura de las cuatro páginas que rebosaban pasión y entusiasmo, expresados con frases arrobadoras y párrafos repletos de gratitudes, cariñosas demostraciones y firmes promesas, Anita experimentó emociones de tranquilidad, de sosiego, al par que de orgullo, de renacimiento. Nada había que temer; Benjamín se entregaba atado de pies y manos, con verdadero gusto y delirante apasionamiento.

Por tanto ya podía principiar los preparativos para atacar la plaza que seguramente no había de ser difícil de conquistar por su resistencia, sino mejor, por su debilidad. La amaba mucho; demostróse muy bien; ¿pero sería capaz de realizar juntamente con ella el pensamiento que formuló, aunque no con precisión, la noche que Benjamín ofreciera escribir el libreto de una ópera cuya protagonista sería ella? Lo había pensado durante mucho tiempo y ahora se presentaba el momento de poner en práctica su idea. La ocasión era oportuna, y á la ocasión la pintan calva.

A aquella carta en que Benjamín manifestaba su ardiente pasión, la ternura de su alma, la alegría de su pecho, la fruición de su cuerpo todo, siguieron día á día otras muchas, en las cuales repitió tenazmente los conceptos de la primera, y pidió con constancia el permiso para echarse de nuevo á sus plantas y ser pisoteado por aquellos menuditos pies de diosa celestial. Pero Anita no contestaba, aunque aprobaba desde el balcón. Le había ido demasiado bien en la primera época, para que ahora no echase mano del mismo medio que le había proporcionado la victoria. Nó; Anita no quería contestar aquellas correspondencias que altamente le complacían, contentándose con recibir á Benjamín cuando estaba Sanguetti, y avivar más y más el

fuego que ardía en su corazón, con miradas incendiarias y apretones de manos que quemaban.

Con tantas contradicciones Benjamín se ponía insoportable; no se le podía aguantar. Maruja no atinaba en la causa de aquel mal humor ni de aquel rostro cejijunto. Bien es verdad que nunca lo interrogaba, ni él se quedaba con ella á solas, á no ser en las horas de dormir, que pasaba desvelado é intranquilo. Algunas veces él pedíale caricias propias de lo más rudimentario del matrimonio, que no les causaban fruición de ninguna especie, porque ella se entregaba sin amor, y él no satisfacía las ansias de su deseo. ¡Cuántas veces Maruja se propuso consolarlo, nó con sus ternuras, que no hallaba en su pecho, ni que él hubiera aceptado, sino con los mimos y gracias de Martita, de su hijita amada! Pero nada conseguía. Sin decir que lo incomodaba la presencia de aquel pedazo de su corazón, se comprendía, sin embargo, que ninguna impresión de placer le causaba la vocecita infantil y torpe en pronunciar las palabras cariñosas que la madre le enseñaba para que las repitiera.

Benjamín había sufrido un cambio radical. Todos lo conocían, y más que nadie él mismo, que se notaba indiferente delante de mujeres que le tenían los sesos sorbidos. Para

él ya no existía la desvergonzada *húngara,* á quien no fué á ver más ni aun con peticiones de Sanguetti, que no se cansaba de darle entradas con el objeto de que escribiera *bombos* para su *Folies Bergêres.* Ya casi nunca escribía en los diarios.

El Doctor Velázquez notó también el estado de Benjamín, que lo hacía ser más asiduo al escritorio y más constante en el trabajo. Por lo cual estaba muy contento, creyendo que se habría cansado ya de la vida disipada de calavera; y así se lo dijo al viejo Migliore. Al antiguo platero de la calle Sarandí le extrañaba mucho aquel cambio, y, en caso de ser cierto, debía atribuirse, según pensaba, al buen carácter de su *hico*, y no á la dirección del *dottore* Velázquez, quien se preocupaba poco de Benjamín.

El distinguido orador estaba seguro de que su yerno se sentía asfixiado en una atmósfera falta de nitrógeno literario y artístico, como la de Montevideo. Ahora resultaba que, un mozo, teniendo talento, no podía aspirar, en Montevideo, á la gloria á que sus dotes intelectuales le hacían acreedor. Benjamín no había nacido para vivir en una ciudad en que ni las letras ni el arte ocupaban el puesto merecido. Pero ¿qué hacer? Por el momento no había más remedio que conformarse, esperar que esto cambiase, aunque la cosa sería lar-

ga. ¿Y si él con su influencia le proporcionaba un nombramiento de cónsul en Europa, por ejemplo? ¿Por qué nó? Otros había que no valían ni remotamente lo que él. Por lo menos se hacía un bien á la patria, dando *vida* á un autor nacional. Había que trabajarlo.

Al fin Anita determinó escribir á su amigo, invitándole á una conferencia para tratar de su *Abayubá*. Benjamín se puso tan alegre que nadie que con él habló aquel día, dejó de observar su satisfacción y contento. No faltó á la cita ni un solo minuto. A las ocho en punto de la noche, subía la escalera de la casa cuyas puertas siempre traspasaba con el pecho palpitante y las piernas débiles. Una vez en el salón, en el cual ninguna mirada extraña podía penetrar, y en donde se experimentaba una sensación de bienestar, de tranquilidad, de amor, Benjamín se apoderó de las manos de Anita é intentó besarla en la boca.

—Che, más formalidad; —exclamó Anita sonriendo y apartándose con gracia y coquetería.

Le invitó á sentarse en el sofá, haciendo ella lo propio en una butaca inmediata.

—Te he pedido que vinieras, —empezó diciendo la joven, —para preguntarte si insistes en que yo cante la parte de *Liropeya*.

—Ya sabes que he escrito la obra solamente con esa condición. O tú ó nadie.

Anita sonrió y le dió las gracias con una mirada dulce y amorosa.

—Pues bien; tú comprenderás que no es posible que yo, de buenas á primeras, me presente en un teatro para estrenar tu obra.

—¿Por qué nó?—preguntó azorado Benjamín.

—Sencillamente, porque una falta mía podría echar á perder la ópera.

—¿Y qué importa?—exclamó el joven con voz firme y segura.—Caeremos los dos juntos.

Anita fijó nuevamente su mirar claro y zalamero en Benjamín y apretó el brazo de éste con sus dedos tibios y suaves. Se quedó apoyada en el respaldo del sofá; las dos manos se comunicaban el mutuo calor.

—Tú, que eres muy amable, puedes decir esto, pero yo, que deseo con ansia tu gloria, no puedo aceptarlo, Benjamín.

En esta última palabra había puesto todo el acento de angustia que supo encontrar en su garganta. Esta vez bajó tristemente los ojos.

—¿Qué tienes, Anita? ¿Que te pasa hoy? Estás algo misteriosa.

Benjamín hablaba temblando y apretando la mano de su amiga.

—Nó; no creas, Benjamín. Es que había pensado algo que á los dos nos conviene.

Había vuelto á levantar los ojos, abriéndolos todo lo posible, aunque poniendo en ellos alegría y gracia atractiva.

—¿Y qué es?

—Ya que Sanguetti cree que me debo al arte y que *tú mismo* (recalcó bien estas palabras) me animas á ir á encontrar la fama....

—*Terminá.*

—....he resuelto marcharme.

Benjamín se había incorporado, clavando los ojos en la boca de Anita, como para no perder un solo vocablo. Después que Anita hubo proseguido con cierto tono de completa resolución, dejóse caer en el respaldo del sofá, completamente abatido. Anita reclinóse también en su butaca tomando una actitud muelle y provocadora. Al cabo de un rato de silencio, preguntó con dulzura:

—¿No lo quieres?

Benjamín no contestaba. Anita insistió más dulcemente aún:

—Che, ¿no lo *querés?*

—Nó, no lo quiero;—exclamó Benjamín con voz débil y entristecida.—No quiero que te vayas sola....

—Me voy con mi *sirvienta.*

—Nó, no quiero.

—¿Y entonces? ¿Con quién?

Y, mientras preguntaba esto con insistencia, miraba fuerte y fijamente los ojos de Benjamín, que luchaba en pronunciar la palabra que merodeaba por sus labios. Anita no le quitaba su mirada hipnotizadora, ni le abandonaba la mano que apretaba entre las suyas acariciadoras y que comunicaban fuego.

—¿Con quién, vida mía, con quién?—repetía la joven, levantándose para infundir fuerzas á aquel hombre que estaba luchando con su debilidad y su pasión. Anita le había puesto una mano sobre la frente y le miraba con ojos penetrantes, fijos, que le llegaban al alma. Poco á poco fué acercando sus labios á la boca temblorosa de Benjamín y, una vez rozándola, preguntó de nuevo:

—¿Con quién, amor mío, con quién?

Benjamín no hizo más que levantar los brazos, rodear á Anita fuertemente y gritar con voz apagada pero furiosa:

—Conmigo.

Y entonces juraron en un loco arrebato de pasión desenfrenada irse á lejanas tierras para ser felices y dichosos. . . . .

. . . .

Unicamente cuatro eran las personas que estaban enteradas del viaje que dentro de quince días había de emprender Anita: ésta, Benjamín, Sanguetti y María, la criada. Sólo entre los dos primeros había la combinación de encontrarse en el vapor de *La Veloce*, que salía á fines de mes.

Sanguetti recibió la noticia de la marcha de Anita con extraordinaria satisfacción, previendo al instante la parte de gloria que le cabría en los triunfos que alcanzaría su notable discípula. Como se había resuelto que ella se

llevaría el *drama lírico* de Benjamín, escribió larguísimas cartas para varios compositores recomendándoles la obra y animándoles á emprender el trabajo, porque en América había de tener á todo trance un gran *suceso*. Durante quince días repasaron todas las óperas que Sanguetti le había enseñado, repitiendo los consejos, las advertencias y explicaciones que en muchos años le diera. Deseaba que los inteligentes conocieran al momento que la *egregia* artista, Anita Pionini, tenía la *brava scuola* del *tenore Sanguetti*, el héroe de *Ruy Blas*.

Benjamín estaba algún tanto aturdido, no se daba cuenta clara de lo que le pasaba, tenía todo el aspecto de un individuo que ha sido hipnotizado muchas veces. El no veía más que á Anita, no sentía otro olor que de su perfumada persona no se desprendiera, no comprendía la existencia más que al lado de aquella mujer hermosa, viva, elegante, artista, ingeniosa. A ratos adivinaba así, en confuso, los triunfos que le proporcionaría su *Abayubá*, cuya producción no le interesaba del mismo modo que si fuera realmente hija de su inspiración. Lo único que lo tenía encadenado en absoluto, era su amiga á quien amaba tan apasionadamente como él no había llegado á comprender que así se quisiera, y en cuyo cuerpo había descubierto estremecimientos de una volup-

tuosidad seductora. Nadie había en Montevideo que lo pudiera atraer: nada se diga de las diversas *flores* en cuyas corolas él, el inconstante *picaflor*, había chupado el néctar sabrosísimo del amor; pero ni siquiera le detenía en su imaginario vuelo á tierras desconocidas aquella *primera flor* que, gracias al continuo revoloteo y romántico *pío-pío*, le abrió placentera sus hermosas hojas para que del beso ideal de sus amores brotara el *pimpollo* cuya lozanía no era suficiente á atraerlo, para que creciera, resguardado del sol, á la sombra de sus finísimas alas. Nó; el *picaflor* quería llegar á la meta que su pasión le había señalado, y no eran parte á detenerlo obstáculos ni dificultades. De todos modos ya nunca más había de disiparse la tristeza que envolvía el corazón de Maruja; por consiguiente no podía ser feliz. Vivir moralmente separado de ella, era mucho peor que estarlo materialmente. Hasta el cuerpo deseaba otra cosa, pues ¡qué pucha! no había más remedio que dárselo.

A lo cual no accedía la desconfiada Anita, quien no dejaba de temer una escapatoria del voluble *picaflor*. No se le podía hartar, porque era muy posible que se fuera para otros *pagos*. Era preciso que el deseo lo espolease, si quería retenerlo como era debido. Por esto es que, cuando le escribía, no hacía otra cosa que

prometerle, siempre prometerle, una vida de delicias hasta ahora no conocidas, una existencia iluminada por resplandeciente aurora de arte, amor, y magnificencia.—A gozar, á gozar: —eran siempre sus últimas palabras; palabras que Benjamín saboreaba con fruición inefable, dejándole más abatido y sin fuerza la ilusión del placer, que el placer mismo.

Lo primero que Anita exigió de sus amigos, fué que guardasen el más estricto secreto de su partida, pues no quería que la fastidiasen sus amigas con el sonsonete de los peligros que ofrece el teatro, la insegura vida de los artistas, etc., etc. Nada quería saber; lo había resuelto ya; pues en marcha. Benjamín se cuidaría de mandarle los diarios para ver cómo la habían tratado. Sanguetti, ya que había sido tan amable en recoger su *plata,* sus diez mil pesos, la herencia de su familia, se encargaría de *rematar* sus muebles, cuyo producto destinaba á la caja del *Club Filarmónico,* la obra artística por ella fundada. Deseaba que nadie la acompañase al vapor, pues no quería llamar la atención. Una vez á bordo, se encerraría en su camarote con su *sirvienta* para no toparse con ningún conocido.

Todo esto lo disponía Anita en presencia de Sanguetti, á fin de que no pudiera sospechar en lo más mínimo la partida de Benjamín.

Este escribió una carta explicativa para Maruja, carta que metió dentro de otra enviada á Mario Gutiérrez, rogando á éste que la diese á su mujer. Recomendó á su sirviente Pedro que no entregase aquella carta hasta el día siguiente por la mañanita. Por un rasgo, que en él no era más que de debilidad, Benjamín rogaba en la carta á Gutiérrez que preparase á Maruja para tan rudo golpe. De su casa no quiso sacar ni un libro ni una prenda de vestir,—de todo tenía en los baules de Anita,—á fin de que nada pudieran sospechar los de su familia. La última visita que hizo, fué á sus padres. El *viejo* estaba muy contento porque sabía por el *dottore* Velázquez que su *híco* se portaba muy bien y que, por esto, le preparaba su suegro una gran novedad.

A las tres de la tarde el gran trasatlántico empezó á respirar con fuerza descomunal, oyéronse sus mecánicos latidos y empezó á andar pesadamente por la tersa superficie de las aguas del Río. Benjamín había salido del camarote para respirar aire libre y burlar al mareo, producido por el fuerte olor de alquitrán y otras substancias propias de las embarcaciones. Apoyóse inconsciente sobre la borda que daba á la parte de la costa, á la cual desembocaban las calles de la ciudad que van de norte á sur. Entonces empe-

zó á vagar libre y rápidamente su imaginación: tan pronto recordaba un hecho de su infancia, como pensaba en lo que le había pasado el día anterior; ora creía encontrarse en un sitio conocido en su niñez, ya desaparecido, ora se imaginaba el lugar visitado por la mañana de aquel mismo día.

De pronto dieron sus ojos con el resplandor deslumbrante que despedían los cristales de la torrecilla que coronaba el edificio en donde Velázquez tenía su estudio. ¡El *viejo* le dijo que su suegro estaba contento! ¡Cómo se pondría al anterarse de su fuga! Todo se convertiría en gritos y lágrimas. ¡Lo que es la naturaleza! Precisamente aquel día era uno de los más alegres y lindos del invierno. ¡Qué contraste! El sol, habiendo corrido ya más de la mitad de su camino por un cielo de un azul purísimo, enviaba millares de rayos que se reflejaban en las paredes, cúpulas, torres y campanarios de Montevideo, que brillaban con más ó menos intensidad, y en las tranquilas aguas del mar que movía incesantemente sus ondas, cabrilleando y haciendo más blanca la espuma de la estela. Era un día precioso; lindo para hermosear un recuerdo. El firmamento estaba claramente azul, sin una nube ni una mancha de humo. Nó; no tanto, allá lejos, sobre la ciudad, aparecía sutil nubecilla, imperceptible casi, un copo de

algodón finísimo, una bocanada de vapor. Benjamín la miraba fijamente, con insistencia y encono, hasta perder la conciencia de la realidad para imaginarse que era el vaporoso efluvio de dilatado charco que habían formado las lágrimas de los seres que le amaban entrañablemente....

De repente se sintió abrazado por cariñosos lazos y percibió en su frente el hálito encantador de los labios divinos de *su* Anita.

V

Un nido abandonado.

Maruja, después de haberse convencido, palpando con la mano, de que estaba sola en la cama y de que la parte de Benjamín se conservaba intacta, á pesar de que había de ser muy de madrugada, sentóse rápidamente en el lecho, encendió una vela, miró el reloj que señalaba las cinco, y sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Cómo? ¿Benjamín aun no se había retirado á descansar, siendo hora tan avanzada? ¿Qué le habría pasado? ¿Habría sufrido alguna desgracia, ó se habría olvidado de sus deberes de esposo y de su dignidad de hombre honrado?

En el primer momento tuvo la idea de levantarse, vestirse y salir á indagar la causa de aquella tardanza; pero no se animó, quiso esperar más, á fin de que, en caso de retirarse aún sin que nadie notara su falta, no hubiera motivo para el escándalo que de un día

á otro ella esperaba, en vista de lo insufrible que su marido se ponía. Ni él ni ella podrían callarse, si llegaba á saltar de la cama para ir á buscarlo. Esta sola idea poníale carne de gallina y estremecíale todo el cuerpo. ¡Ella obligada á dirigirse al Cabildo ó á la puerta de algún amigo de Benjamín para saber el paradero de su marido! ¡Oh desgracia!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba Maruja llorando á lágrima viva, con la cara entre las manos y éstas apoyadas sobre las rodillas cubiertas por el abrigo del lecho.

Y en este estado de meditación pasaron por su mente mil pensamientos á cual más encontrados y diferentes. Se acordó de múltiples detalles de su vida, los más pequeños, los más insignificantes. Una vez Benjamín le dió un beso en la nuca, cuando eran novios, y le había causado la misma sensación que la que sintió una tarde oyendo en San Francisco cierta palabra dicha por una penitente al confesor; sensación muy parecida también á la experimentada la mañanita que subió á la azotea para esperar á Benjamín que regresaba de Buenos Aires. A contar de esa época hasta el presente, no había tenido aquellas alegrías que presintió en los felices tiempos en que Benjamín la visitaba como novio. Uno de esos inolvidables días, le preguntó después de haber permitido que le diera un beso.

—¿Cuándo me amarás con todas tus fuerzas?

Y él contestó con frenesí:

—Cuando seas bien mía.

Nó; no había resultado cierto; cuanto más se le había entregado y más sumisa se le mostraba, menos la había amado, menos había gozado de los placeres destinados al cariño conyugal. Hacía tiempo que había adivinado la vida triste y dolorosa que el porvenir le guardaba; sin embargo nunca creyó que llegase este momento cruelísimo en que sentía todas las angustias del olvido y del abandono. Ya estaba convencida de que Benjamín no la amaría más, como en otro tiempo, pero no podía creer que su marido no advirtiese que era necesario observar las conveniencias sociales, aunque *más no fuera* por su hijita.

El recuerdo de Martita la obligó á prorrumpir en nuevo y más abundante llanto, que le enrojecía los ojos y le producía frecuentes sollozos que no la dejaban respirar.

Se secaba las lágrimas y continuaba discurriendo acerca de la vergüenza que tendría que pasar, si su familia se enteraba de aquel desarreglo. ¡Qué sucedería si su papá llegaba á saber que Benjamín habíase retirado á la salida del sol! Nó; no podía ser. Aquello pedía un remedio radical. Benjamín podría enojarse, rabiar, no importaba; ella estaba en la obligación de hacerse respetar, como esposa, y de ahorrar cualquier disgusto grave á su papaíto.

Y, apenas hubo tomado tal resolución, echó á un costado el abrigo de la cama y se levantó vistiéndose á la desesperada, sin atender á lo que se ponía, ni á lo que hacía. Temblorosa, medio sofocada, incapaz de coordinar una idea que le señalara el proceder más prudente y correcto, llegó hasta ponerse la primera *gorra* que á mano encontró. Para esto miróse al espejo, y las manos se le cayeron de golpe y el cuerpo sufrió una especie de aniquilamiento, al verse mal arreglada, despeinada, con el rostro deslavazado. Aquella vuelta en sí la hizo reflexionar algún tanto, hasta el punto que, una vez sentada, empezó á desnudarse de nuevo, por creer que no era posible que una mujer de su condición pudiera salir á la calle tan temprano. Toda la casa se enteraría de la falta de Benjamín, los que la verían por la calle: obreros, dependientes y celadores, se figurarían que venía de mala parte; hasta á su esposo le había de pesar que ella madrugase de tal suerte.

¿Y con qué derecho se podría quejar? ¿Acaso no era él la causa de tanto malestar, de tal desbarajuste?

No había de extrañar absolutamente nada; esto no era más que una consecuencia lógica y natural de la vida que llevaba su marido. Debió presumir que cualquier día Benjamín se olvidaría de volver á su casa, descarada-

mente echado en brazos de alguna mala mujer. Y perdióse su memoria en el negro laberinto cuyos límites estaban formados por los hechos escandalosos de su marido, que por desgracia ella conoció.

Los ruidos de la calle y de los establecimientos cercanos indicáronle que la ciudad empezaba la vida diaria, y que en breve la servidumbre de su casa se pondría en movimiento y se apoderaría del secreto que tanto la lastimaba. Por esto no quiso abrir puertas ni postigos, á fin de que nada se notase, pues siempre le quedaba un resto de esperanza. Allí estaba, acurrucada, inmóvil, con los ojos fijos en la vela, cuya llama no se movía ni un ápice. Aquella claridad, obscuramente amarilla, le recordó el día tristísimo de la muerte de su mamita, pareciéndole ver los cirios que iluminaban con siniestro fulgor el rostro pálido y sonriente de la muerta. Comparable con aquel abandono era sin duda éste. Entonces quedó huérfana, ahora puede considerarse viuda. ¡Ya nunca lo sería más!

—¡Oh mamá, mamá mía!—exclamaba á cada instante Maruja, sintiendo ansias, vivas ansias de llorar y no pudiendo en modo alguno. El corazón se le había cerrado por completo y se le iba formando un nudo en el pecho. Ella comprendió que no podía llorar, pero es que no debía, pensaba una y otra

vez. No debía desesperarse tan tristemente por un hecho que, más que abatirla, había de animarla á imponerse y á tener fuerzas para reprobarlo en presencia de Benjamín. Hasta ahora se había presentado muy buena, callada, paciente; desde entonces había, por lo menos, de hacerse respetar, á ella y al hogar.

Pero ¡quién sabe! se mostraba severa con su esposo. Podría haberle sucedido alguna desgracia, quizás se lo traerían pronto herido, malparado. ¡Hay tantos peligros en una ciudad! ¡Corre uno tanto riesgo de pelearse entre gente tan *susceptible!*

Y el amor, aquel gran amor que Maruja sintió años atrás en su pecho hacia Benjamín, revivía á cada momento, no quería morir. Se agarraba á la menor esperanza, y hasta pensaba que, si después de aquel duelo, su marido se mostró más amable y cariñoso, bien pudiera suceder que ahora, si había tenido algún percance, se arrepintiese y se echase en sus brazos.

Este pensamiento la dejó profundamente extasiada, permaneciendo así larguísimo rato, hasta que el tictac del reloj que no cejaba en su afán de medir el tiempo, la despertó haciéndole fijar en el movimiento que ya reinaba en su casa.

Era preciso dejarse ver para no llamar la atención, y procurar ocultar á su papá en to-

do lo posible la grave falta de Benjamín. Apenas hubo salido de la alcoba, encontró á Delia que quería entrar allá, en donde había olvidado la novela que estaba leyendo.

Maruja la detuvo rápidamente. Tenía que esperar; mejor fuera que estudiara la lección de piano ó de francés. Se lo dijo enojada, contra su costumbre.

Fuése al balcón, pero volvió en seguida para guardar bien la puerta de su dormitorio.

El Dr. Velázquez la vió y le preguntó por Benjamín:

—¿Aun no se ha levantado? ¡Caray, con el haragán! *Decíle* que venga.

Maruja permaneció en silencio y clavada en la puerta. No sabía qué hacer ni qué decir. Al rato se dirigió á su papaíto y le preguntó si deseaba algo urgente. Velázquez sonrió y le mostró un papel que tenía en las manos.

—Dale esto.

Maruja titubeó, lo tomó, quiso hablar y se retiró. Antes de que pudiera entrar en su cuarto, la doncella le entregó una carta del señor Gutiérrez. ¡Ah! Aquel amigo le iba á dar noticias de su esposo. Seguramente estaba herido y lo habían llevado á su casa. Debía de ser algo muy grave. Rompió el sobre y leyó una tarjetita en la cual le manifestaba que por indisposición repentina no podía entregarle personalmente la adjunta carta. Miróla

y conoció al momento la letra de Benjamín. El corazón le dió brusco salto. Leyó las primeras lineas y un grito desgarrador turbó la tranquilidad que allí reinaba. Todos acudieron. El movimiento fué rápido y espantoso. Parecía el barullo producido en una casa por muerte repentina. El Dr. Velázquez mandó en seguida que Pedro fuese á buscar al médico, y mientras Delia y las *sirvientas* procuraban volver en sí á Maruja, él se había apoderado del papel que estaba en el suelo y se enteraba de su contenido. Su cara iba palideciendo y su respiración haciéndose más breve y ruidosa, como la de la máquina repleta de vapor.

—¡Ah el infame, el perverso!—rugió apagadamente el gran político, con los ojos en extremo abiertos y las uñas clavadas en las palmas de las manos.

Maruja fué trasladada á la alcoba y metida en la cama, en donde se deshizo en lágrimas apenas hubo recobrado los sentidos. Estaba furiosa, loca, desesperada; deseaba morir, aniquilarse, desaparecer, antes que la vergüenza la matase sin piedad.

Cuando el médico llegó, la enferma se hallaba en una crisis espantosa de furia, irritación y locura. Empezó á consolarla y á examinarla, pero Maruja se desesperaba y gritaba entre sollozos. Entonces el médico mirándola fijamente y poniéndole una mano en la frente, dijo con toda tranquilidad:

—Sosiéguese, señora. Su estado no permite ninguna emoción fuerte. Está V. en cinta.

Maruja clavó los ojos en la boca del doctor esperando la sonrisa que desmintiera aquella afirmación, que demostrara que aquello era una broma.

—Esto no es nada;—continuó serio el médico y se fué á recetar.

Entonces era cierto lo que había dicho. La joven quedó aplastada, tuvo un arranque de furia contra el hijo de su marido, pero reaccionó al momento compadeciéndose de aquel sér que aun quizás no tenía vida y á quien ya quería hacer culpable de las faltas del padre. El doctor decía bien: había que sosegarse; desde aquel instante su cuerpo era sagrado, era nuevamente santuario de la maternidad.

Y, mientras pensaba en esto, entró risueña y contenta la traviesa Martita con un lápiz en una mano y un papel en la otra. Subió encima de la cama de Maruja diciendo, como otras mil veces, con su lengua de trapo:

—Mamita, *esquibí* á papá.

Maruja rompió á llorar abrazando á su hijita, mientras caía al suelo el nombramiento de cónsul á favor del Dr. Benjamín Migliore, garabateado por la encantadora niña.

Montevideo, Noviembre y Diciembre de 1893.

ERRATAS NOTABLES

PÁGINAS	LÍNEA	DICE	HA DE DECIR.
43	13	ir	*é ir*
48	2	un	*su*
97	14	febriciente	*febril*
125	15	intimidar	*intimar*
153	23	la soprano	*la contralto*
185	22	dimisión	*destitución*
202	16	de no quedar	*de quedar*

ÍNDICE



